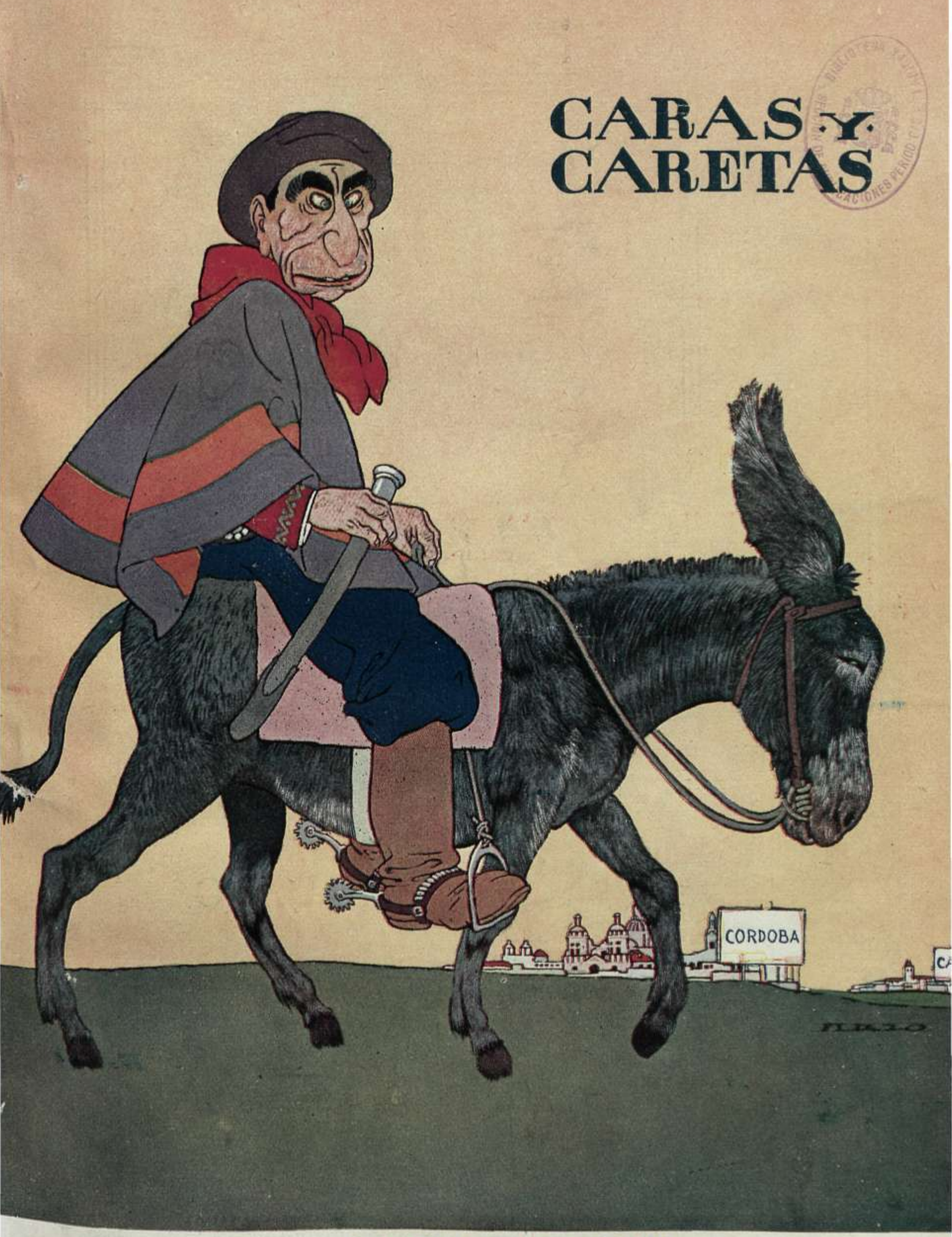


EL RASTREADOR

Su camino inacabable
continúa y va cantando:
— En Córdoba no hubo nada
y Canals fué un fuego fatuo
Rastrea, Elpidio, rastrea,
a ver si encontramos algo.


GINEBRA
BOLS
Su color ámbar pálido
comprueba su vejez.
BOLS
Moss C
LA BEBE
TODO
EL MUNDO
En todas partes y en
cualquier momento
siempre es buena.
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda.
BUENOS AIRES

UN DISPARO MEMORABLE

ESTÁBAMOS de guarnición en el pueblecito X. Todo el mundo conoce la vida de un oficial de tropa de guarnición. Por la mañana, estudio y picadero; la comida en casa del comandante del regimiento o en una fonda judía; por la noche, ponche y juego de naipes.

En X. no había ninguna casa donde reunirse, ni una muchacha; nos reuníamos uno en casa de otros, donde, aparte de nuestros uniformes, no veíamos absolutamente nada.

Un solo hombre civil formaba parte de nuestra sociedad. Contaba unos 35 años, lo que nos hacía considerarle viejo. Su experiencia le daba sobre nosotros superioridad en varios puntos, y, además, su aire sombrío que mostraba habitualmente, sus bruscas costumbres y su lengua mordaz, ejercían una notable influencia sobre nuestras mentes juveniles.

Su destino parecía envuelto en cierto misterio: parecía ruso, aunque llevaba apellido extranjero. Tiempo atrás había servido en los húsares, y hasta con suerte; sin embargo, nadie conocía los motivos que le habían inducido a retirarse del servicio y a ir a establecerse en un mísero pueblucho, donde vivía en la miseria, unida, sin embargo, a cierto despilfarro. Iba continuamente a pie, llevando una chaqueta negra, desgastada por el uso, teniendo siempre su mesa a disposición de todos los oficiales de nuestro regimiento. Sus cenas, sin embargo, no constaban más que de dos o tres platos, aderezados por un militar retirado, pero, con todo eso, el *champagne* solía correr a torrentes durante las comidas.

Nadie sabía los detalles de su fortuna y de sus rentas, ni nadie se atrevía a preguntárselo. Poseía numerosos libros, la mayoría obras de milicia y novelas. Gustoso las prestaba, sin exigir nunca su devolución, como tampoco, por su parte, devolvía nunca los libros prestados.

Su ocupación predilecta consistía en ejercitarse en el tiro a pistola. Las paredes de su cuarto estaban acribilladas a balazos, que parecían panales de una colmena. Una rica colección de pistolas constituía el único lujo de la miserable casucha que habitaba.

La habilidad que había logrado adquirir en el tiro era sencillamente increíble, así es que si se hubiese propuesto acertar de un balazo un objeto colocado sobre la gorra, ninguno de nuestro regimiento hubiera vacilado en ofrecerle su cabeza como blanco.

Nuestras conversaciones referíanse frecuentemente a los duelos. Silvio (así le llamaremos) nunca se mezclaba en ellas. Interrogado acerca de si alguna vez le había tocado batirse, solía contestar secamente que sí, pero nunca entraba en detalles, y saltaba a la vista que tales preguntas le contrariaban. Acabamos por suponer que sobre su conciencia tenía alguna malograda víctima de su siniestra habilidad. Por lo demás, jamás nos pasó por la mente imputarle de algo parecido al temor. Hay personas cuya sola apariencia aleja tales suposiciones.

Un inesperado suceso dejónos a todos consternados.

Un día comíamos en casa de Silvio unos diez oficiales de nuestro regimiento. Bebimos como de costumbre, o sea muchísimo. Terminada la comida rogamos a nuestro anfitrión que jugara una partida con nosotros. Durante largo rato se resistió, porque no solía jugar, pero por último mandó traer las cartas, echó sobre la mesa medio centenar de ducados y abrió la banca. Todos le rodeamos y la partida comenzó. Silvio tenía la costumbre de guardar absoluto silencio durante el juego, sin que jamás hubiera discutido ni hecho observaciones. Si el que apuntaba se descontaba por azar, Silvio pagaba inmediatamente la diferencia o apuntaba el resto. Nosotros ya lo sabíamos y en nada nos oponíamos a su libre arbitrio; pero es el caso que entre nosotros hallábase un oficial recientemente destinado a nuestro regimiento. Tomando parte en el juego, cometió una equivocación de un punto. Silvio cogió el yeso y rectificó la apuntación. El oficial, encendido por los vapores del vino, por el juego y las burlas de sus compañeros, lo consideró como una grave ofensa y, enfurecido, cogió de la mesa un candelabro de bronce y lanzólo contra Silvio, quien apenas consiguió esquivar el golpe. Todos quedamos confusos. Silvio se levantó, pálido de ira, y con los ojos centelleantes exclamó:

—Caballero, hágame el favor de retirarse inmediatamente, y dé gracias a Dios de que esto haya sucedido en mi casa.

No dudamos en lo más mínimo acerca de las consecuencias de esa escena, dando ya por muerto a nuestro compañero. El oficial salió manifestando que estaba dispuesto a dar satisfacción de su ofensa en la forma que estimara el banquero. La partida duró unos cuantos minutos más; dándonos cuenta, sin embargo, de que nuestro anfitrión no estaba para juegos, nos fuimos retirando uno tras otro, hablando de la inminente vacante.

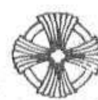
Al día siguiente, estando en el picadero, nos preguntábamos, unos a otros, si respiraba todavía el pobre teniente, cuando se presentó éste mismo en persona.

Interrogado por nosotros, nos contestó que hasta la fecha estaba sin noticias de Silvio. Esto nos dejó asombrados; fuimos a casa de nuestro amigo, a quien hallamos en el patio, metiendo bala tras bala en un as de baraja, pegado en una hoja del portal. Nos recibió como de costumbre, sin mencionar ni con una sola palabra el suceso de la víspera.

Pasaron tres días, y el teniente seguía aún en vida. Preguntábamos extrañados:

—¿No se batirá?

Y en realidad, Silvio no se batió, contentándose con una explicación muy superficial y reconciliándose con el adversario.



Esta circunstancia perjudicó extraordinariamente su fama entre los jóvenes, quienes suelen considerar la valentía la calidad más sublime de un hombre, excusándole toda clase de defectos. Poco a poco, sin embar-

go, se olvidó el suceso, y Silvio recobró su influencia de antes.

Yo fuí el único que no pude tratarle con la misma intimidad. Teniendo, como tenía, una imaginación romántica, me sentía atraído, más que todos mis compañeros, hacia un hombre cuya vida era un enigma, y que me parecía protagonista de alguna historia misteriosa. El me quería, y conmigo deponía sus habituales palabras punzantes, hablando de toda clase de asuntos con gran sinceridad y agrado. Sin embargo, después de aquella infausta velada, la idea de que su honor había sido manchado, y no rehabilitado por propia voluntad, me intranquilizaba, impidiéndome tratarle como antes. Silvio era demasiado erudito y experto para no notar el cambio de mi conducta, pero no adivinaba el motivo. Parecía estar amargamente impresionado. Por lo menos dos veces pude notar en él el deseo de darme su explicación; yo, sin embargo, eludí tales ocasiones, y Silvio acabó por evitar mi trato. Desde entonces solía verle sólo en presencia de mis compañeros, y nuestras sinceras relaciones de otros tiempos quedaron interrumpidas.

Los distraídos habitantes de una capital no pueden formarse idea de muchas impresiones familiares a los moradores de aldeas o pueblecitos, como por ejemplo la espera de la llegada del correo... Los martes y los viernes el despacho de nuestro regimiento estaba atestado de oficiales. Unos aguardaban dinero, otros cartas, otros el diario, etc. Los paquetes solían abrirse allí mismo, participándose unos a otros las noticias, de modo que la oficina ofrecía un golpe de vista de extrema animación. Silvio recibía sus cartas con destino a nuestro regimiento, y solía acudir regularmente a la oficina. Un día le fué entregado un sobre, cuyo sello arrancó con expresión de extrema impaciencia. Al recorrer la carta, sus ojos centelleaban. Los oficiales, todos ocupados en la lectura de sus cartas, no notaron nada.

— Señores — les dijo Silvio: — las circunstancias exigen que me ausente inmediatamente... Parto esta misma noche, y espero que no rehusarán cenar conmigo esta última vez. También a usted le espero — continuó, dirigiéndose a mí; — le espero sin falta.

Dicho esto salió apresuradamente, y nosotros, dispuestos a reunirnos en casa de Silvio, nos fuimos cada cual por un lado.

Me presenté en casa de Silvio a la hora indicada, y allí encontré a casi todo nuestro regimiento. Todos sus muebles estaban ya embalados, y no quedaban más que las paredes, acribilladas a balazos. Nos sentamos a la mesa. Nuestro huésped estaba de excelente humor, no tardando en comunicar su alegría a todos los demás... A cada momento estallaban los tapones de las botellas de Champagne. Los vasos brillaban y espumaban sin cesar, y todos nosotros, con profunda sinceridad, deseábamos al amigo que se ausentaba buen viaje y toda suerte de prosperidades. Nos levantamos de la mesa ya muy entrada la noche. Cuando fuimos a recoger la gorra, Silvio, despidiéndose de todos, cogióme del brazo y me detuvo.

— Necesito hablar con usted — me dijo, bajando la voz.

Los invitados todos habían salido... Quedamos solos, nos sentamos uno frente a otro, fumando sigilosamente nuestras pipas. Silvio estaba visiblemente preocupado; en sus facciones no había ni huellas de su febril alegría de antes. Su palidez sombría, el relampaguear de sus ojos y el espeso humo que salía de su boca, le daban el aspecto de un verdadero demonio. Transcurrieron algunos minutos y Silvio rompió el silemcio

— Quizás no volvamos a vernos — me dijo; — antes de despedirnos, he querido darle una explicación... Ha podido usted notar lo poquísimo que me importa la opinión ajena; pero a usted le quiero, y siento en este momento que me sería penoso dejar en su mente una impresión que sea contraria a la verdad.

Diciendo esto se calló, volviendo a llenar su pipa apagada... Yo me quedé silencioso, bajando los ojos.

— Usted se habrá extrañado — prosiguió — que yo no exigiese satisfacción a aquel insensato borracho de R.... Supongo que convendrá usted conmigo en que, teniendo yo libre elección de armas, su vida estaba en mis manos, mientras que la mía casi no peligraba... Podría atribuír mi prudencia a mi magnanimidad... Sin embargo, no quiero mentir. Si pudiera castigar a R... sin exponer mi vida, no lo hubiera perdonado...

Contemplé a Silvio con aire estupefacto. Esta contestación acabó por consternarme. Silvio continuó:

— Es así. No tengo el derecho de exponerme al peligro de la muerte. Hace seis años recibí una bofetada y mi adversario vive todavía.

Mi curiosidad estaba hondamente excitada.

— ¿De modo que usted no se batió con él? — le pregunté. — Sin duda les separaron las circunstancias.

— Me batí con él, y he aquí el recuerdo de ese duelo.

Silvio se levantó; sacó de una caja de cartón una gorra encarnada con borla de oro y galoneada, lo que los franceses llaman *bonnet de police*. Se la colocó en la cabeza; la gorra estaba agujereada a la altura de la frente.

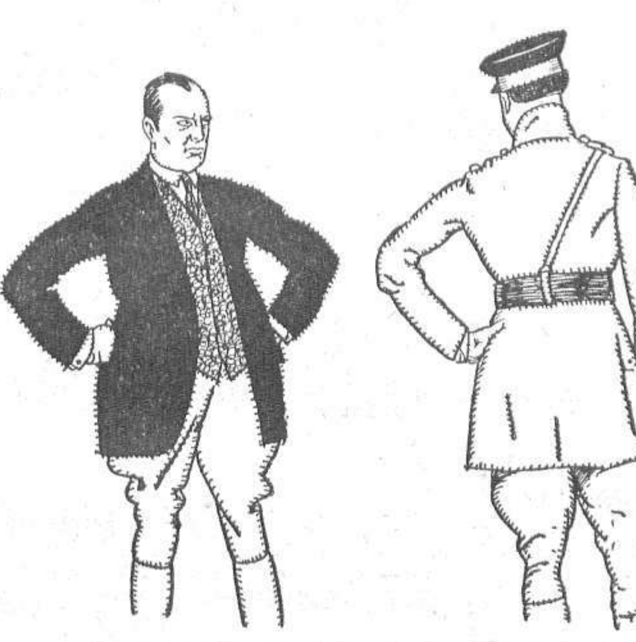
— Usted sabe — prosiguió Silvio — que yo he servido en el regimiento de húsares de X... También conoce usted mi carácter; suelo hacer resaltar mi personalidad en todo, y esta cualidad era una verdadera pasión en mi juventud. En nuestros tiempos solían usarse modales violentos, y entre todos mis compañeros no había quien me ganara. Hacíamos alarde de nuestras orgías, y dejé atrás al famoso Burtsov encomiado por Dionisio Davidov. Los duelos, en nuestro regimiento, entablábanse a cada momento, y a todos asistía yo como testigo o interesado. Mis compañeros me adoraban, y los comandantes del regimiento, que cambiaban a cada instante, me miraban como un mal inevitable.

Tranquilo (o intranquilo), disfrutaba de mi gloria, hasta que fué destinado a nuestro regimiento un joven rico de notable familia (su nombre no importa). ¡En mi vida había encontrado un hombre tan brillantemente halagado por la suerte! Figúrese usted que además de la juventud tenía ingenio, apostura, un carácter alegre, la más despreocupada valentía, un prestigio social envidiable y una fortuna inmensa e inagotable, y podrá imaginarse la impresión que había de causar forzosamente entre nosotros. El predominio de mi personalidad estaba amenazado. Atraído por la fama de que gozaba, comenzó a conquistar ni amistad; pero yo le acogí fríamente y él se apartó de mí con absoluta indiferencia; le tomé odio. Sus éxitos en el regimiento y en el mundo femenino sumiéronme en completa desesperación. Empecé a buscar motivos para provocarle... Sin embargo, a mis epigramas contestaba él con otros que siempre me parecían más chocantes y más agudos que los míos, y que en realidad eran indeciblemente más alegres; él bromeaba y yo manifestaba mi odio. Por último, una vez, asistiendo al baile que daba un hacendado polaco, viendo concentrada en él la atención de todas las damas, y ante todo de la misma ama de la casa, que había



estado antes en relaciones conmigo, le dije al oído cierta trivial grosería. Presa de repentina furia, me dió una bofetada. Inmediatamente buscamos los sables... Las damas se desmayaban... Nos separaron a empellones y aquella misma noche efectuamos el duelo.

Amanecía... Yo me hallaba en el lugar destinado, acompañado de mis tres padrinos... Con una impaciencia inexplicable esperaba a mi adversario. Salió el sol primaveral, y el calor comenzó a hacerse sentir... Le divisé desde lejos... Acercábase a pie, llevando el uniforme sostenido con el sable, y acompañado de un padrino. Aproximóse, sosteniendo con la mano su gorra, llena de cerezas. Los padrinos midieron la distancia de doce pasos. A mí me tocó disparar primero. Sin embargo, la agitación que me causaba la rabia era tan vehemente, que desconfiado de la seguridad de mi pulso le cedí el derecho del primer disparo, deseoso de ganar tiempo para calmarme. Mi adversario rechazó el ofrecimiento. Propusieron echar suertes. El primer número lo sacó él, eterno favorito de la Fortuna. Apuntó y de un balazo atravesó mi gorra. Tocó mi turno... Su vida, por fin, estaba en mis manos. Le miré con devoradora ansia, tratando de descubrir en su cara una sombra de inquietud. El permanecía inmóvil frente al cañón de mi pistola, sacando de la gorra las cerezas maduras, que comía escupiendo los huesos, que por poco me alcanzaban. Su indiferencia me enfureció.



—Necesito hablar con usted, me dijo, bajando la voz.

— ¿Qué voy a conseguir — pensé — privándole de la vida, si él no siente ni el más leve temor por ella?

En aquel momento, una idea diabólica cruzó por mi mente. Dejé caer la pistola.

— Por lo que parece — le dije — usted no está ahora para pensar en la muerte. Como que usted se propone almorzar, no quiero estorbarle...

— No me estorba usted en lo más mínimo — replicó. — Sírvase disparar o haga lo que le parezca. A usted le queda reservado este disparo, y en cuanto a mí, siempre estaré a su disposición.

Y me volví hacia mis padrinos, manifestándoles que por el momento no estaba dispuesto a tirar, y así se acabó el duelo...

Conseguí mi retiro y me establecí en esta aldea. Desde entonces no transcurrió ni un solo día sin que yo no pensara en la venganza. Ahora, por fin, llegó mi hora...

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido por la mañana y me la entregó para que la leyera. Una perssona, probablemente administrador de sus asuntos, le escribía desde Moscú, que el *consabido individuo* debía pronto contraer legítimo matrimonio con una joven de singular belleza.

— Usted habrá ya adivinado — dijo Silvio — quién es este *consabido individuo*. Parto para Moscú... Me gustará ver si acogerá la muerte en vísperas de su casamiento, con la misma indiferencia que en otro tiempo, saboreando las cerezas.

Dichas estas palabras, Silvio se levantó, tiró la gorra al suelo y comenzó a pasear agitado por la habitación como un tigre por su jaula. Yo lo escuchaba sin pestañear; sentimientos horribles y contradictorios me agitaban.

Entró el criado anunciando que los caballos estaban listos para el viaje. Silvio me dió un fuerte apretón de manos... nos abrazamos... Subió a un carruaje, en el que estaban colocadas dos maletas, una con su equipaje, otra con sus pistolas. Nos despedimos por última vez y los caballos arrancaron...

Transcurridos algunos años, circunstancias de familia me obligaron a establecerme en una pobre aldehuela del distrito de N. Dedicándome a la agricultura, no dejaba de suspirar sigilosamente, recordando mi vida pasada, bulliciosa y despreocupada. Lo que se me hacía más difícil era acostumbrarme a pasar las noches, tanto en primavera, invierno, como verano, en soledad absoluta. Hasta la hora de la comida encontraba la manera de matar el tiempo, ora charlando con el alcalde, ora inspeccionando los trabajos de labranza y recorriendo los nuevos establecimientos. Pero tan pronto como empezaba a cerrar el día, no sabía absolutamente dónde meterme. Unos cuantos libros que encontré bajo los armarios y en el depósito de trastos, me los sabía ya de memoria, a fuerza de repetidas lecturas. Todos los cuentos que era capaz de recordar el ama de llaves Kirilovna, ya los conocía, y las canciones de las campesinas sumíanme en lánguida tristeza. Por fin me entregué a la bebida de un concentrado licor vegetal; pero esto me causaba dolor de cabeza, y, además, confieso que temí convertirme en un *borracho melancólico*, como tantos casos había encontrado en nuestro distrito

A mi alrededor no había vecinos próximos, a no ser dos o tres *melancólicos*, cuya conversación consistía en su mayor parte en exhalar hipos y suspiros. La soledad me era más soportable. Por último resolví acostarme cuanto antes, y comer lo más tarde posible; de este modo logré acortar la velada, alargando al mismo tiempo los días... Y «vi todo lo que había hecho y he aquí que era bueno».



A cuatro verstas de mi finca hallábase la

rica propiedad que pertenecía a la condesa de B.; pero allí vivía sólo el administrador, en tanto que la propietaria había visitado su finca sólo una vez, hacía ya mucho tiempo, el primer año de su matrimonio, sin haber pasado allí más que un mes. Sin embargo, durante la segunda primavera de mi vida de ermitaño, propagóse el rumor de que la condesa iba a llegar a la aldea, acompañada de su marido, para pasar el verano. Y realmente, los dos llegaron a principioes de junio.

La llegada de un vecino acaudalado constituye un hecho memorable en la historia de los moradores de una aldehuela. Los propietarios y la gente de su servidumbre suelen hablar de tal acontecimiento dos meses antes y tres años después. En cuanto a mí, confieso francamente que la noticia de la llegada de una vecina joven y hermosa me emocionó fuertemente. Me abrasaba un ardoroso deseo de verla, y, por lo tanto, el primer domingo después de su llegada, me dirigí tras de comer, a la aldea X. para presentar mis respetos a sus Altezas como correspondía al vecino más próximo que les ofrecía sus humildes servicios.

Un lacayo me introdujo en el gabinete del conde y se adelantó para anunciarme. El espacioso despacho estaba puesto con fastuoso lujo; a lo largo de las paredes estaban colocadas algunas bibliotecas, encima de las cuales se veían bustos de bronce. Sobre la chimenea había un anchísimo espejo; el suelo estaba cubierto de paño verde y tapizado de alfombras. Habiéndome desacostumbrado a vivir con lujo en mi humilde rincón, hacía tiempo que no había admirado la esplendidez ajena, y en aquel momento me sentí cohibido. Esperé al conde con un ansia parecida a la del candidato provinciano que espera la salida de un ministro. Abrióse la puerta y entró un hombre de unos treinta años, de hermosa presencia. El conde se acercó con aire de absoluta sinceridad amistosa, en tanto que yo trataba de recobrar mi valor. Empecé por presentarle mis respetos, y, sin darme tiempo para hablar, me indicó que nos sentáramos.

Su conversación, natural y amable pronto llegó a disipar mi solitaria timidez. Yo empezaba ya a recobrar mi estado normal, cuando de pronto apareció la condesa, infundiéndome una nueva confusión, mayor que la de antes. En realidad, era una consumada belleza. El conde me presentó; sin embargo, cuanto más me esforzaba en parecer locuaz, cuanto más trataba de asumir un aire de indiferencia, más turbado me sentía. Para darme tiempo a que me repusiera y acostumbrase a mis nuevos amigos, comenzaron a discutir entre sí, tratándome como a un antiguo vecino, sin ninguna clase de ceremonias. Yo, entretanto, me puse a pasear de un lado a otro, examinando los libros y las pinturas. Aun cuando no soy inteligente en arte pictórico, vi un cuadro que llamó mi atención. Representaba cierto paisaje de Suiza, y lo que me sorprendió no era la parte artística, sino la circunstancia de que el cuadro estaba atravesado por dos balazos, que casi se juntaban.

— ¡Notable disparo! — exclamé, dirigiéndome al conde.

— Sí — me contestó; — ha sido un disparo muy memorable. Pero, dígame usted. ¿Es usted buen tirador?

— Excelente — contesté, satisfecho al notar que la conversación recayera por fin sobre un objeto que me era tan familiar; — a treinta pasos no yerro jamás, teniendo por blanco una carta, si bien la pistola me debe ser conocida.

— ¿Es verdad? — dijo la condesa con aire de gran interés. — Y tú, amigo mío, ¿serías capaz de atravesar una carta a treinta pasos?

— Probaremos — contestó el conde. — He sido un tirador regular; pero hace cuatro años que no he tenido una pistola en la mano.

— ¡Oh! — advertí. — En tal caso apuesto cualquier cosa a que vuestra Alteza no da en una carta ni siquiera a veinte pasos; la pistola exige un ejercicio diario. Lo sé por experiencia. En nuestro regimiento fuí considerado como uno de los mejores tiradores. Una vez dejé de manejar lo pistola durante un mes entero, porque mis armas estaban en reparación. ¿Y qué diría que ocurrió, Alteza? La primera vez que volví a tirar marré cuatro veces seguidas una botella a veinte pasos. En nuestro regimiento había un sargento, hombre muy bromista e ingenioso, que estando presente por casualidad, dijo: «Ya se ve, amiguito, que has perdido la costumbre de habértelas con una botella.» Desengáñese vuestra Alteza. Hay que cultivar esta habilidad, poque el día menos pensado se pierde lo que se ha aprendido. El tirador más excelente que encontré en mi vida practicaba el tiro todos los días, tres veces por lo menos, antes de la comida. Esto estaba en él tan arraigado como la copita de vodka que tomaba como aperitivo.

Los condes se alegraban de mi locuacidad.

— ¿Y cómo tiraba? — preguntóme el conde.

— A veces veía una mosca que acababa de posarse en la pared... ¿Lo toma usted a risa, condesa? Pues es cierto... Veía una mosca y gritaba: «¡Kuzka, mi pistola!» El criado le traía inmediatamente una pistola cargada. El disparaba entonces y hundía la mosca en la pared...

— ¡Asombroso! — dijo el conde. — ¿Y cómo se llamaba?

— Silvio, Alteza.

— ¡Silvio! — exclamó el conde, levantándose de un salto.. — ¿Usted ha conocido a Silvio?

— ¿Que si le he conocido, Alteza? Eramos amigos. En nuestro regimiento fué acogido como un verdadero compañero... pero desde hace cinco años estoy sin noticias de él. De modo que también vuestra alteza le ha conocido, ¿no es verdad?

— Le conocía muy bien. ¿No le contó alguna vez un suceso muy extraño?

— ¿No se trata de una bofetada, Alteza, que recibió en un baile?

— ¿Y no le dijo a usted el nombre?...

— No, Alteza, no me lo dijo... ¡Ah! — proseguí, adivinando la verdad. — ¿Fué acaso vuestra Alteza?

— Yo fuí — contestó el conde con aire extremamente distraído; — esa pintura perforada a balazos es un recuerdo de nuestra última entrevista.

— ¡Ay! — dijo la condesa. — ¡No lo cuentes, por Dios!... Me da horror escucharlo.

— No puedo complacerte — replicó el conde — y lo contaré todo. El señor aquí presente sabe cómo ofendí a su compañero; conviene que sepa también cómo Silvio se vengó de mí.

El conde me ofreció el sillón, y yo, con gran curiosidad, escuché el siguiente relato:

— Hace cinco años me casé. El primer mes, *the honeymoon*, lo pasé aquí en esta aldea. A esta casa debo los instantes más sublimes de mi vida, y al mismo tiempo uno de mis recuerdos más penosos.

Un día, al amanecer, dimos un paseo a caballo. El que montaba mi mujer comenzó a desmandarse, y ella, asustada, me entregó las riendas y se fué a casa a pie. Yo cabalgué delante. En el patio vi un coche de camino, y me dijeron que en mi despacho me estaba esperando un caballero, que había rehusado decir su nombre, declarando solamente que tenía que hablar conmigo sobre cierto asunto. Yo entré en aquella habitación y vi en la penumbra a un hombre con barba cubierto de polvo. Estaba al lado de

la chimenea... Me acerqué a él, tratando de recordar sus facciones...

— ¿No me has conocido, conde? — preguntó con voz temblorosa.

— ¡Silvio! — exclamé, y debo confesar que en aquel momento sentí que mis cabellos se erizaban.

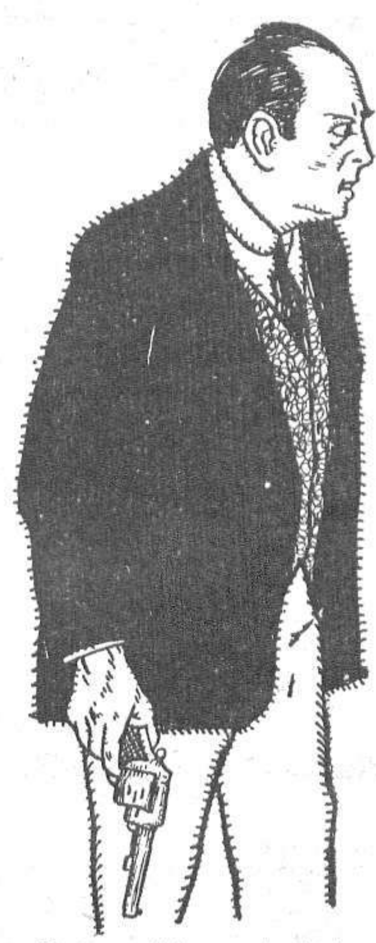
— Exactamente — continuó él. — Reservo un disparo y he venido a disparar. ¿Estás preparado?

Una pistola asomábase del bolsillo lateral de su chaqueta. Yo di doce pasos y me coloqué allí, en el rincón, rogándole que acabara lo más pronto posible, antes de que volviera mi mujer. Vaciló un momento... Me pidió lumbre... Le ofrecieron una vela. Cerré la puerta, mandando que no entrara nadie, y volví a rogarle que disparase. Sacó la pistola y apuntó... Yo conté los segundos... Pensé en ella... ¡Pasé un minuto terrible!... Silvió bajo el brazo.

— Siento muchísimo que la pistola no esté cargada con huesos de cereza. Una bala pesa demasiado... y, a todo esto, me parece que lo que hacemos no es un duelo sino un homicidio. Yo no acostumbro a disparar sobre un indefenso... Empecemos de nuevo. Volvamos a echar suertes, paver a quien corresponde disparar primero.

La cabeza me daba vueltas...

Me parece que me negué...



—Siento muchísimo que la pistola no esté cargada con huesos de cereza. Una bala pesa demasiado...

Por último cargamos una pistola, arrollamos dos papelitos... El los colocó en la gorra, que perforó un día mi balazo... Yo saqué de nuevo el primer número.

— Tienes mala suerte, conde — exclamó él, — con una sonrisa que nunca se me olvidará.

No recuerdo lo que pasó entonces, ni de qué modo pudo él impulsarme a ello... Pero la verdad es que disparé, dando con la bala en ese cuadro...

Y el conde señaló con el dedo la tela perforada. Su rostro parecía estar en llamas. La condesa estaba más pálida que el pañuelo que llevaba. Yo no pude reprimir un grito de espanto.

— Disparé — prosiguió el conde — y, gracias a Dios, no acerté. Entonces Silvio — en aquel momento tenía realmente un aspecto siniestro — apuntó hacia mí... De repente la puerta se abrió... Masha entró precipitadamente y, lanzando un agudo grito, echóse en mis brazos. Su presencia me devolvió por completo la sangre fría.

— Alma mía — le dije, — ¿no ves acaso que estamos bromeando? ¿Te has asustado? Ven, bebe un vaso de agua y acércate... Voy a presentarte a uno de mis antiguos amigos y compañeros.

Masha dudaba todavía de la veracidad de mis palabras.

— Dígame usted, ¿es verdad lo que dice mi marido? — dijo, volviéndose hacia aquel hombre terrible. — ¿Es verdad que bromean ustedes?

— Suele bromear, condesa — le contestó Silvio. — Una vez me dió, bromeando, una bofetada... Bromeando también, me perforó esta gorra, y, bromeando, acaba de errar el tiro. Ahora soy yo quien desea bromear.

Diciendo esto, apuntó sobre mí, ¡en su presencia!

Masha se arrojó a sus pies.

— ¡Levántate, Masha, es vergonzoso! — grité furioso. — Y usted, caballero, ¿cuándo dejará de burlarse de una pobre mujer? ¿Va usted a disparar o no?

— No dispararé — replicó Silvio; — estoy satisfecho. He visto tu confusión, tu timidez. Te he obligado a disparar sobre mí. En cuanto a mí, no pido más. Te acordarás de mí. Te entrego a tu conciencia.

En aquel momento se dirigió a la puerta. Allí, sin embargo, se detuvo, y volviéndose hacia el cuadro agujereado por mí, disparó sobre él, casi sin haber apuntado, y desapareció.

Mi mujer estaba desmayada. Mis gentes no tuvieron valor para detenerle, contemplándole horrorizados. El salió del portal, llamó al cochero y se alejó antes de que yo lograra reponerme.

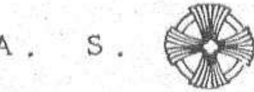
El conde se quedó callado.

De este modo me enteré del final de la historia, cuyo principio tanto me asombró... No volví a encontrar jamás a su protagonista.

Corren rumores de que Silvio, en tiempo de la rebelión de Alejandro Ipsilanti, capitaneó una compañía de «heteristas» (1) griegos, muriendo en un encuentro, cerca de Skulani.

---

(1) «Heteristas», conspiradores contra Turquía, que intentaron libertar a Grecia en 1820.

A. S.  PUSHKIN



VERSIÓN PARA "CARAS Y CARETAS"

Hace una docena de años, yendo a Ginebra, me detuve en la garganta de la Faucille, en el lugar donde la montaña, encogiéndose, permite a la Suiza comunicar con el Alto-Jura.

La mañana de mi arribo habíase formado una niebla espesísima que impedía distinguir el menor objeto a dos metros de distancia. Así, rabiaba yo por no saber en qué ocuparmi día, no atreviéndome a apartarme del hotel por el temor de extraviarme en medio de la casi obscuridad provocada por las nubes.

A la noche me encontraba a la llegada del ómnibus que realiza el servicio de Morez a la Faucille, cuando vi descender de él a dos personas que conocía por haberlas encontrado en casas amigas de París. Eran ellas el abogado Voulard y su mujer. El marido, muy afable y simpático a primera vista, me conoció en el acto. La señora, que tenía un aire «ausente», también me conoció y me extendió la mano. Parecía enferma. Nos separamos al momento, porque deseábamos arreglarnos un poco antes de sentarnos a la mesa, pues la hora de la comida se aproximaba.

Un poco más tarde volvimos a reunirnos en el comedor donde ocupamos los tres una pequeña mesa redonda, sentándome yo entre ambos esposos.

Desde el momento en que esa tarde me le acercara, experimenté la misma impresión que aquella mujer me producía siempre que la encontraba, por lo cual había tratado de evitarla, temiendo avivar un sentimiento que podía apoderarse de mí y llegar a comprometer la tranquila libertad de mi vida de soltero, lo más preciado para mí en el mundo.

La señora Voulard era una mujer preciosa, en quien la dulzura indiferente con que dejaba contemplar sus excepcionales dones de perfección física, contribuía a completar la atracción que ejercía sobre quienes la trataban. Sus ojos, eso sí, tenían una expresión singular; tan singular y extraña que, en ciertos momentos, desfiguraban un tanto su linda cara. Justamente era esa expresión enigmática, ese fondo como de espanto mal reprimido lo que fascinaba.

En París se la tenía por huraña y excesivamente reservada.

Todo lo que ella tenía de reservada lo tenía él de expansivo. Conversamos. Con palabra fácil y cordial manifestóme su afición a los viajes y al movimiento, por lo cual solía tomarse largas vacaciones. La falta de hijos, después de cuatro años de matrimonio, facilitaba esas excursiones. Dirigíanse entonces a Suiza como yo. Por primera vez iba su mujer a las montañas; estaba contentísima por ese placer nuevo, y realizaba encantada un viaje que le prometía maravillas. Mientras me contaba tales cosas con entusiasmo y regocijo, le dirigía de tiempo en tiempo alguna frase, con un tono de dulzura que me sorprendió. Pero me sorprendió más la expresión de espanto que los ojos de ella tenían, y que adquirían mayor intensidad cuando él no la miraba. Un drama, drama terrible sin duda, debe agitar perpetuamente el alma de esta rara y bella criatura — pensé percibiéndolo por primera vez.

Después de la comida nos fuimos a fumar un cigarro en el camino que pasa delante de la puerta del hotel, pero volví pronto a entrar, en busca de mi sobretodo, temiendo el frío de la noche. Dejé a Voulard haciendo sus cien pasos, y me fuí a la salita donde había quedado su mujer. Era ella, más bien que el sobretodo, lo que me hacía abandonar a mi intrépido compañero. Una curiosidad irresistible e indiscreta me atraía, y tuve una vaga intuición de que iba a descubrir un trágico misterio.

Según lo esperaba, hallábase sola. La puerta, empujada por mí, se abrió sin ruido, y pude ver que la señora Voulard lloraba. Me aproximé. Levantó la cabeza y fijó en mí unos ojos azorados, ojos que pedían gracia.

— He dejado a su marido — le dije — y he venido, señora, para hacerle a usted compañía. ¿No soy indiscreto?

— No — murmuró sin moverse.

Continué:

— ¿Es esta la primera vez que viene usted a Suiza?

— Sí.

— ¿Y, naturalmente, está usted encantada de hacer este lindo viaje?

— Sí.

No. Sí. No hubo medio de arrancar dos palabras seguidas a la singular mujer. Resolví precipitar las cosas. Tanto peor si me mostraba incorrecto.

— ¿Qué tiene? — díjele. — Usted lloraba cuando yo entré.

No fué la misma. Levantó la cabeza enloquecida, y, suplicante, exclamó:

— ¿Lo vió usted?... No le diga. ¡No!... ¡no le diga usted, por piedad, que me ha visto llorar!

— Son secretos éstos que no atañen sino a usted, señora, y que he sorprendido involuntariamente. Soy suficientemente caballero para no decir una palabra.

No se cambió una palabra más entre nosotros.

A la espesa niebla sobrevinieron tormentas, nieve, frío, extemporáneos de la estación. Ningún coche iba hasta allí y quedamos aislados varios días, obligados a permanecer encerrados en el interior del hotel. La mayor parte del día lo pasaba yo con los Voulard. ¡Ella hablaba tan poco! Sin em-



bargo, me interesaba más apasionadamente cada día. Mi curiosidad por conocer algo del secreto de sus lágrimas crecía, y de tal modo, que era ya una obsesión. Seguíala, oculto, en sus paseos solitarios en la larga galería cerrada, y espiaba sin escrúpulos todos sus actos. No se desprendía ella de su actitud reservada ni de su melancolía, y no demostraba la menor impaciencia por proseguir su viaje. A esa mujer no parecía interesarle nada.

Entretanto, aquel encierro forzoso, el contacto permanente con un ser fascinador e involuntariamente peligroso en aquel aislamiento donde no me era posible disponer de nada capaz de distraer mi pensamiento fijo, condújome a un estado febril, enfermizo, y mis nervios adquirieron un dominio absoluto sobre mi ánimo. A veces me parecía obedecer a una especie de sugestión.

En vano pedía, suplicaba a quien era causa de mis inquietudes, que me revelara la razón del tormento que su llanto me advertía para buscar la manera de aliviarla a costa de cualquier sacrificio; su silencio sobre el punto persistía.

Nunca pude insinuarle algo siquiera sobre mis sentimientos exaltados. Primero para evitar que pudiera ella pensar que mis insistencias respondían a un interés personal, y luego porque no dudaba que permanecía siempre «ausente», obsesionada por su idea.

Cesaron, por fin, lluvias y tormentas; la atmósfera se serenó, quedando únicamente la niebla obscura que se levantaba al caer la noche y desaparecía al amanecer.

Voulard resolvió partir al siguiente día por la mañana. Así se lo manifestó delante de mí a su compañera en su tono de eterna dulzura.

Yo tenía mis ojos fijos en ella cuando se lo anunció, y vi en el acto a su lindo rostro cambiar de color, empalidecer como el de una muerta, notando que la recorría toda entera un estremecimiento.

Respondió apenas, y sus ojos conservaron hasta el fin de la comida su mirada afanosa de pobre animal temeroso de los golpes y que tiembla delante del amo. Eso me produjo una sensación indefinible.

Horas más tarde encontrábame en la galería donde se paseaba habitualmente, y, cuando menos lo esperaba, la vi aparecer en el extremo opuesto. A la media luz, vestida de blanco con una especie de túnica flotante, larga y de anchas mangas, deslizándose como una sombra, con la cabeza baja, abstraída en su pensamiento, su figura aparecía conmovedora.

Me pareció una de las jóvenes heroínas de Shakespeare que venía a mi encuentro. Pero cuando me le aproximé y ella se detuvo frente a mí, pude comprobar su agitación extraordinaria y ver las lágrimas que le bañaban la cara. Me quedé mudo

y mirándola con una intensidad que su inquietud le impedía percibir. No necesité interrogarla.

Respiró; después muy bajo, como al confesor, me confió, tremante:

— Quiere matarme.

— ¿Eh? — exclamé yo. Y un escalofrío recorrió mi espalda. Nos encontrábamos en plena tragedia. Iba yo a recibir las confidencias. Esperé.

Muy aprisa, asustada y temerosa, me contó su vida: la habían casado muy joven con ese señor Voulard, quien la tomó porque era rica. Sus padres murieron el mismo año de su matrimonio, dejándole una hermosa fortuna, sobre la cual puso la mano su marido. No se atrevía ella a quejarse, temblando delante de aquel hombre que la aterrorizaba, la enclaustraba, impidiéndole ver a sus amigas, a quienes hubiera podido confiar su triste suerte. Pasaba él su vida vigilándola, o más bien vigilando su dinero con un cuidado celoso, no soñando sino con apoderarse de todo él por completo.

— Parece inverosímil — interrumpí. — ¿No tiene usted alguna parienta, alguna prima, alguien a quien pudiera advertir de lo que sucede?

Ella murmuró: — ¡No!, con una voz blanca, enigmática.

Y como yo insistiera:

— ¿A lo menos un sirviente?

— No. No. Nadie. No tengo a nadie.

Entonces le manifesté, observándola para cerciorarme de la verdad inverosímil:

— No obstante, este viaje lo realiza por usted. Ya ve que no la secuestra como quiere hacerlo creer.

— Este viaje — replicó, y sus ojos brillaban de terror — es su salvación. Ha robado, sí, ha robado el dinero confiado por los clientes de su estudio. Lo ha jugado como ha jugado lo que me pertenecía... (Recordé, en efecto, que Voulard tenía la reputación de jugador). — Va a ser descubierto sino devuelve a la caja lo que ha tomado. Entonces, ha asegurado mi vida y la suya también con gruesas primas, un seguro enorme a cobrar por el último sobreviviente... y me ha traído a las montañas... ¡He ahí!... ¿Comprende usted?

Y como yo vacilara en entenderlo, toda estremecida, continuó:

— Desde que salimos de París, tiemblo y lloro; pues yo no quiero morir. ¡La muerte es una cosa horrible! Cada vez que pasamos cerca de un precipicio, me digo: «¡Es aquí! Ahora va a empujarme». Hasta hoy no ha podido hacerlo; ha habido siempre gente. ¿Pero mañana, pasado, cuando estemos solos? Mañana no errará el golpe. ¡Estaremos solos! Hará un gesto. Yo caeré dando un gran grito. Y él cobrará la prima. Llenará su caja. Vivirá feliz, estimado, impune... ¡Oh, el miserable!... ¡el miserable!...

Toda su figura respiraba el espanto, como si tuviera delante la visión siniestra del abismo.

¡Ah! ¡Ciertamente, no creía yo el misterio tan terrible! Y nada podía hacer para impedir ese crimen. ¿Qué hacer, qué hacer? ¿Denunciar a Voulard? Primero, no se me creería. Segundo, era demasiado tarde. ¿Decirle que conocía sus proyectos? ¿Amenazarlo con perderlo, en el caso en que los pusiera en ejecución? Nada tenía que temer. Sus precauciones estaban demasiado bien tomadas para que pudiera creerse en otra cosa que en un accidente: las dos pólizas de seguros, ese viaje que convenía a la joven... ¿Qué entonces? No veía nada. Y sin embargo, era necesario hacer algo.

Ella callaba, caída de nuevo en su entorpecimiento. Y la dejé.

En el hotel todo estaba en silencio. Salí sin ruido, y en la niebla, siempre densa, percibí un punto rojo; el cigarro encendido de Voulard. Me le reuní. Dimos algunos pasos en la ruta de Morez.

— ¿Ha conversado usted con mi mujer? — díjome bruscamente.

Adivinaba el tema de nuestra conversación; estaba seguro; su voz, al hablarme, había temblado como la de un culpable que se siente descubierto. Su cara estaba pálida, su expresión jovial había desaparecido.

Todo lo que me había contado la desgraciada era verdad. Y una idea, poco a poco, germinaba en mi cerebro.

Trepado sobre la barranca, su mirada sondeaba la noche. Cien metros, doscientos, trescientos tal vez, abríanse debajo de sus pies. Un paso en falso y caía: el matador desaparecía. La víctima renacía a la vida, a la esperanza, a la dicha.

Entonces, lo que dormía de malo — o de bueno — allá en el fondo de mí mismo, subió a la superficie, incitándome a obrar. Extendí la mano... Resbaló sobre el césped, lanzando un grito que se perdió en la niebla. Su cigarro, que sus labios habían soltado, rayó la noche con un rápido relámpago. Sus manos asieron desesperadamente una rama de pino que se doblegó, pronta a romperse. Me incliné hacia el abismo y miré: sus fuerzas lo abandonaban. Su boca jadeaba, impotente para gritar. Yo adiviné en las tinieblas que sus ojos me suplicaban. Un gesto, bastaba un gesto de mi parte para que fuera salvado. No lo hice y me alejé, muy pálido, mientras que, detrás de mí, bruscamente, la rama se levantaba, desgranando a su alrededor gotas de rocío.

No volví a verla, y dejé al alba la Faucille.

Meses más tarde quise pasar por allí. El hotelero, que me reconoció, díjome en seguida:

— ¿Sabe usted lo que sucedió a su amigo?

— ¿Mi amigo?

— Sí, ese caballero con quien usted conversaba cuando vino aquí por primera vez, hace algún tiempo; el marido de aquella joven señora tan linda.

— ¡Ah! sí. ¿Y bien?

— Se le encontró al día siguiente de que usted partiera, en el abismo, del lado de Mijoux. En el lugar de su cara había una especie de pasta informe, roja de sangre y amarillenta de tierra. Sus miembros estaban quebrados, no se yo en cuantas partes.

— ¡Eso es terrible! — dije, tratando de parecer sorprendido y conmovido.

— Tuvo él la culpa — continuó mi interlocutor — por haber ido hasta allí, de noche, y con semejante niebla — ¿la recuerda usted? — sin conocer el país. Se apartó del camino y cayó. ¡Ah, caramba! es eso muy peligroso por acá. Un accidente llega siempre pronto.

— ¿Y la esposa? — pregunté.

— ¡Ah, la pobre señora!... Estaba loca.

— ¡Loca!

— Sí. El, que la quería entrañablemente, la hacía viajar para distraerla. Velaba por ella, la cuidaba. La infeliz no comprendió casi nada de lo que pasó. La tuvimos con nosotros hasta que su familia vino a buscarla. Y después, no me he ocupado de lo que ha sido de ella.

Se alejó. Y yo, yo permanecí allí estúpido, incapaz de moverme.

¡Era loca la desgraciada criatura por quien me había interesado! ¿Todo lo que me había referido aquella noche trágica no era, pues, sino el sueño de una imaginación en delirio? ¿O bien su razón no había sucumbido sino después de esa muerte inesperada, al anuncio brutal de su liberación? ¿Era yo un asesino? ¿Era un justiciero? No lo sabía... Desde hace diez años esta duda me tortura.

F I N

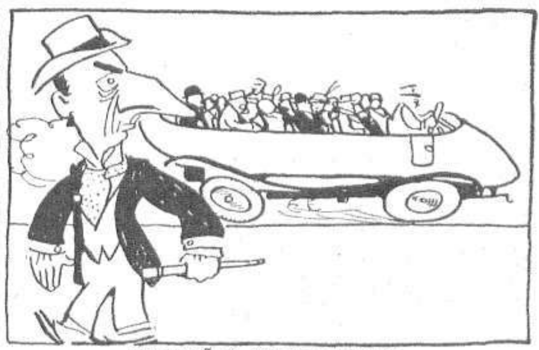
DICHO Y HECHO, POR MACAYA
ÓMNIBUS Y AUTOMÓVILES



EN EL LEJANO SUR

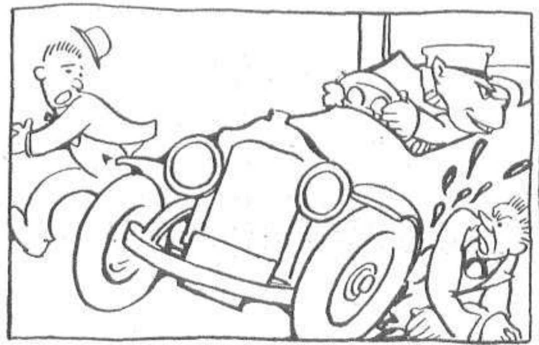
Le Breton. — ¿Y qué es lo mejor que ha encontrado en los mares australes?

Gallardo. — El que por allí no hay ómnibus ni automóviles.



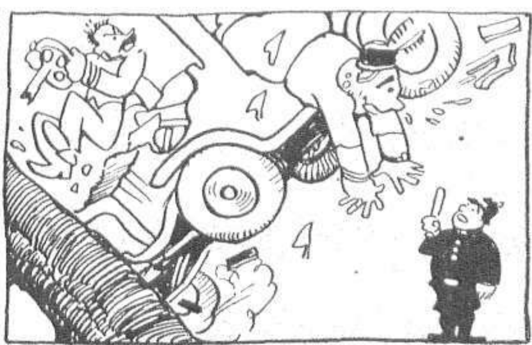
PEQUEÑAS ASPIRACIONES

Noel. — El Concejo Deliberante metido en un ómnibus y yo manejando: ese sería mi ideal.



UN ATROPELLO

Lo de todos los días y algunas noches.



UN VUELCO

Lo de todas las noches y algunos días.



ADIVINANZA

— ¿En qué se parecen los proyectos de Cantilo a los ómnibus-automóviles?

— En que no tienen base.



EL HOMBRE INGENIOSO

Vigilante. — ¡Siempre hay accidentes! ¿Cómo se podrían evitar?

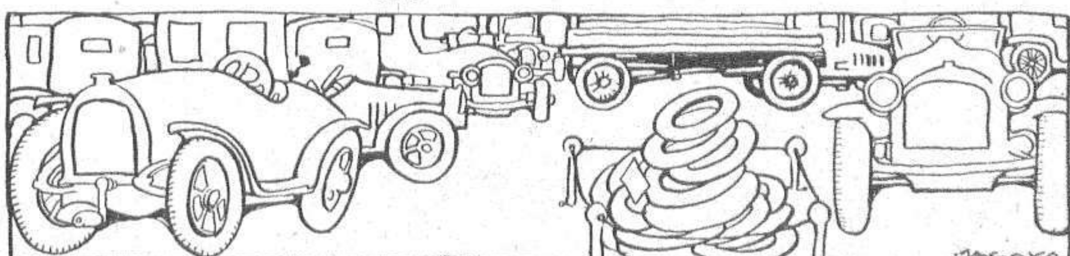
Bombero. — Sacándoles los neumáticos y fabricando mangueras con ellos.



ENTRE CHICOS

— ¿En qué se diferencian el Vesubio y un ómnibus?

— En que el primero es un volcán y el segundo es un volcón.



CURIOSIDADES DE BUENOS AIRES

Museo de automóviles robados.

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA

LA REINA ANA

Fué virtuosa, de buen carácter, sin dobleces, débil a ratos y a ratos áspera, y obstinada cuando se proponía llegar a un fin determinado». En estos términos pintó un historiador a la reina que desde 1702 hasta 1714 rigió los destinos de Inglaterra, gobernando en una época en que esa nación tuvo un desenvolvimiento tan sin precedentes como los progresos que por entonces realizó.

Ana — pues a ella nos referimos— era la segunda hija de Jacobo II y hermana de María, casada con el príncipe Guillermo de Orange. Este reinaba conjuntamente con su esposa y, al fallecer María, siguió en el trono. Muerto Guillermo, Ana le sucedió. Tenía entonces la princesa 38 años de edad y estaba casada con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca. Antes de convertirse en reina, Ana tenía una amiga íntima entre todas: Lady Churchill, más tarde duquesa de Mariborough. Esta hábil mujer dominó a la soberana durante la mayor parte de aquel reinado y fué tenazmente ayudada por su esposo, que era un gran general y talentoso estadista. Fué ese jefe quien comandó las tropas en Blenheim, alcanzando una victoria que redujo considerablemente el poder de Francia en Europa y por la cual fué premiado con el título de duque de Mariborough. La influencia ejercida por ese general gracias a la acción de su mujer hizo que se llegase a considerarlo el verdadero soberano de Inglaterra.

Entre los hechos salientes del reinado de Ana figura la adquisición de Gibraltar. Durante él se realizó también la unión de Escocia con Inglaterra bajo el nombre de Gran Bretaña. Fuera de los progresos alcanzados en el campo de la política y en las empresas militares, la reina Ana estimuló poderosamente las artes y las letras. En su tiempo florecieron ingenios literarios tan brillantes como los de Addison, Swift, Pope y Defoe. Además, durante el reinado de «la buena reina Ana» apareció en Inglaterra el primer órgano de publicidad cotidiana.

Algunos historiadores han pretendido que Ana se preocupó siempre mucho más de satisfacer sus caprichos y gustos y de fomentar a su alrededor la adulación, que de fomentar la literatura y las artes, pero es lo cierto que durante su reinado el país avanzó considerablemente en todo sentido. Tuvo, sobre todo, un mérito que no sería posible desconocerle: el de rodearse de ministros hábiles y adictos, que planearon y ejecutaron una gran obra de progreso general.

La reina Ana tuvo no menos de 17 hijos, pero ninguno de ellos vivió lo bastante para sucederla en el trono. Su médico, al referirse a la salud de la reina, dijo que ésta le había dado siempre la impresión de un viajero fatigado, ansioso de descanso. Acaso la pérdida de todos sus hijos y la imposibilidad de criarlos más allá de la niñez contribuyeron a modificar su carácter en la edad madura, despojándolo de toda ambición.

Homenaje



Señor Pedro F. Alvarez

Prestigioso profesor de la Universidad de La Plata, vicedirector de la Escuela Nacional Superior de Comercio de dicha ciudad; caballero que ha sido objeto de diversos actos de homenaje al acogerse a los beneficios de la jubilación, y como reconocimiento por su destacada labor en la enseñanza.

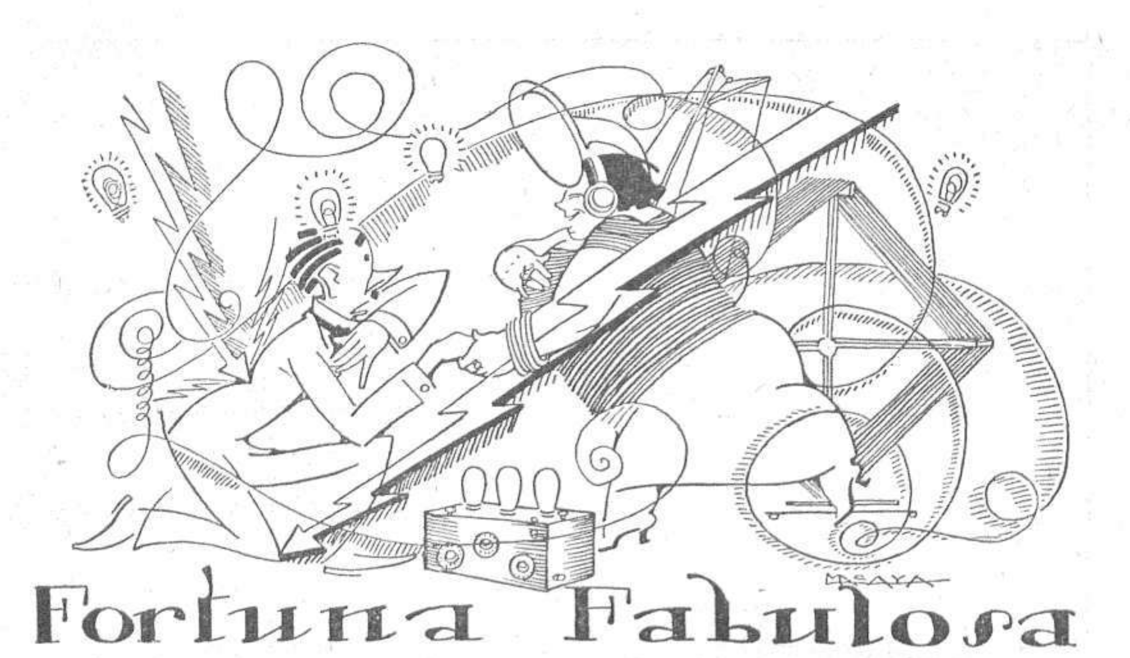
Club de Regatas de Avellaneda

Señora Lina de Bardessi de Loizaga, señorita Sara de Bardessi, María Esther de Bardessi y señores Juan J. Tapasakis y Manuel Rodríguez que obtuvieron el primer puesto en la sexta carrera.

Señor Victor A. Marini que ganó la 1.ª eliminatoria de "Single Scoul Clinker".

Grupo de entusiastas deportistas.

Jóvenes que participaron en la primer carrera de 1.000 metros



Fortuna Fabulosa

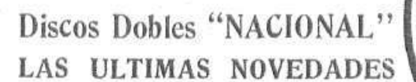
— La viuda es macanuda.
— ¿Pero es rica?
— Sin duda;
más de lo que se piensa.
Su fortuna es inmensa.
Que te cases con ella es necesario
y serás millonario.
— ¡Eso que Vd. me dice es una ofensa!
No soy ni interesado ni angurriento.
— ¡Cállate! Te conviene el casamiento.
Vas a ser poderoso.
— ¿Y dichoso también?
— También dichoso.
Escúchame un momento.
Esa viuda admirable
tiene algo muy notable.
Tiene condensadores.
— ¿Y para qué? Me deja Vd. pasmado.
— ¡Oye y no me interrumpas, desgraciado!
Tiene separadores.
— ¡Cómo!
— ¡Y de los mejores!
Y unos altoparlantes
que son muy elegantes.
Su reóstato me admira
y respeto me inspira.
— ¿Una viuda con reóstato? Es curioso.
— No seas fastidioso.
Su jack simple...
— ¿Se trata de un lacayo?
— ¡Así te parta un rayo!
Su jack simple es precioso.
¡Y hay que ver su galena!
— Vamos, la viuda es buena, buena, buena.
— Mira, en ese terreno
vale más la galena que el galeno.
¿Qué te puedo decir de sus audiones?
¿Y qué de sus bobinas?
Son dos cosas divinas
y que hoy día se venden a montones.
Su micrófono asombra. Sus contactos
de bronce están intactos.
Conserva un juego de ejes
capaz de convertir a los herejes.
¡Son unos estupendos artefactos!
Aunque artísticamente los adornes
nunca serán tus bornes
como los de la viuda.
— ¿No?
— ¡Y sus diales,
sus núcleos, potenciales,
correderas...
— ¡Dios mío!
—... clavijas, terminales
y enchufes... No te rías.
— No me río.
— Son la última palabra de la ciencia.
E igual su resistencia
de grilla.
— ¡Oh maravilla!
¡Resistencia de grilla!
— Me estás probando así tu incompetencia.
¿También vas a asombrarte
de la «baja frecuencia»?
— Discúlpeme.
— No quiero disculparte.
Escúchame primero con paciencia.
¡Si vieres su soberbio potenciómetro
y su lindo variómetro!
¡Su cristal, sus tornillos! Hoy ninguno
los puede superar.
— ¿Le falta alguno?
— No consiguen tener muchas señoras
lámparas transmisoras
como las suyas. ¡Me entusiasman tanto!
Sus antenas sorprenden
a los que de ello entienden.
— ¡Es viuda y con antenas, cielo santo!
— Y de su vibración no digo nada.
— Ha de ser, de seguro, una monada.
— Cantidad infinita
tiene de receptores,
pilas, transformadores,
topes, y filamento y ebonita.
¡Cásate, pues, con ella
y bendice tu estrella.
Su panel...
— ¡Por favor! descanse un poco.
Yo creo que estoy loco,
y la fiebre me abrasa.
Me casaré con ella. Convenido.
Y será, cuando sea su marido,
un radiomanicomio nuestra casa.

LUIS GARCÍA

DIBUJO DE MACAYA

CHISPA

SHIMMY DE Fco. PRACÁNICO POR LA JAZZ-BAND F. CANARO Nº 6948



Discos Dobles "NACIONAL"
LAS ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18087 { **Tu Vieja Ventana.** Vals. Dúo. Río-Barbieri.
Desdichas. Tango. Solo Gardel. Contursi-Gentile.

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica y Jazz-Band
Discos dobles «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.—

6230 { **Muchachita.** Tango. Típica. E. Delfino.
Midnight Rose. Fox Trot. Jazz. L. Pallack.

6231 { **Donde canta la Alondra.** Vals. Típica. F. Lehar
El 10.º. Tango. Típica. L. Brignolo.

FRANCISCO CANARO. — Orquesta Típica y Jazz-Band

6947 { **Sacate la Caretita.** Tango. Típica. Cosenza-Schumaker.
China. Tango. Típica. J. Canaro.

6948 { **Chispa...** Shimmy. Jazz-Band. F. Pracánico.
Pico a Pico. Tango. H. Canaro.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7412 { **Fuera del Ring.** Tango. A. Fernández.
Mon Aimer. (Mi querer). Fox Trot. J. Maglio.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8013 { **Chispa...** Shimmy. F. Pracánico.
Je Pleure d'Amour. Shimmy. M. I. G.

8014 { **Margot.** Schotis. N. Verona.
In a Tent. Fox Trot. Koehler.

MARIO A. PARDO. — Tenor con Acomp. de guitarra

6574 { **Que el otro te quiera igual.** Tango. Bayón-Herrera-Jovés.
Las Cabras. Zamba. Cuadros-Pardo.

A. MAIZANI. (Cancionista criolla).
Con acompañamiento de ORQUESTA CANARO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.25

11001 { **Yo Tuve un Cariño.** Tango. R. Hicken.
Padre Nuestro. Tango. Vacarezza-Delfino.

Fonógrafo Glücksmann sin bocina

La máquina parlante más perfecta y más barata.
Precio, con 200 púas .... $ 45.-

MAX GLÜCKSMANN

CALLAO Y Bmé MITRE - BUENOS AIRES - FLORIDA Y LAVALLE

ROSARIO — CORDOBA 1048

MONTEVIDEO — 18 de JULIO 966

Nuevos Discos Nacional — Odeon — Nuevos Discos Nacional

De San Isidro

Diversos aspectos de la brillante fiesta infantil, que el doctor Rafael Noceti, ofreció en su mansión, a un selecto núcleo de niños, los que han de guardar gratísimos recuerdos de esos momentos que les proporcionaron franca y sana alegría.

Belleza Perpetua

El secreto de asegurarla por medios caseros Sencillos y Eficaces

por

Charlotte Rouvier.



De cómo una mujer puede conservar su juventud.

La mujer que desee parecer joven debe abstenerse de usar cremas y coloretes, porque, de lo contrario, sólo conseguirá endurecer el aspecto de su cara y destruir los tejidos de su cutis. Médicos autorizados declaran que si la mujer abusa de métodos artificiales, ella arriesga su salud. El tratamiento perfecto a que puede someterse un mal cutis es el de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), pues ésta nada agrega a la piel, sino que, en cambio, le quita algo: toda la cutícula superficial, vieja, descolorida y manchada. De esta manera va apareciendo, en su lugar, el nuevo cutis delicado que surge gradualmente de las capas inferiores para revelarse a la superficie. Esto es lo que se consigue con la cera mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. La cera procede con toda suavidad y sin ocasionar daño alguno al nuevo cutis, proporcionando a la tez un aspecto sonrosado y brillante, completamente distinto al que presenta una piel arreglada con afeites. Este es el método que debe seguirse para que una mujer pueda conservar su juventud.

Neutralización de los molestos olores ocasionados por el sudor.

Las mujeres que se sientan molestadas por las agudas y chocantes emanaciones producidas por la excesiva transpiración de su cuerpo sabrán apreciar en su justo valor la indicación de emplear borite en polvo, cuyos efectos instantáneamente neutralizadores podrán constatar al hacerse con él un empolvoramiento general del cuerpo. El borite es un polvo blanco de un uso sumamente agradable. Puede conseguírsele en casi todas las farmacias.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Un maravilloso shampoo.

Una amiga me escribe:

"He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente. Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice la señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina. Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan."

Por pocos centavos pueden obtenerse paquetitos de muestra en cualquier farmacia.

Para evitar el vello.

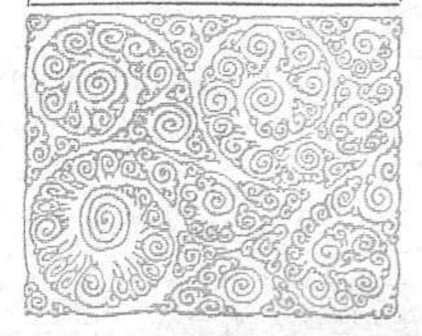
Es cosa muy difícil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.



Socios del Círculo Italiano que efectuaron una atrayente excursión náutica en el vapor San Fernando.

Comisión directiva y socios de la antedicha entidad, después de su desembarco en Zárate.

VALE LA PENA VIVIRLA



Dentro de tres horas — pensó — Elsa tendrá dos balas en el cerebro. Acaso a mí me baste con una sola. Dentro de tres horas...

Almer cruzó la calle Florida en dirección a la plaza San Martín. Miraba en torno como quien mira un velo que pronto tendrá que caer. Sentía bajo su pie muy leve el asfalto y en las grandes vidrieras de las tiendas advertía una claridad extraña, parecida a la del sol de otoño sobre las copas amarillentas de los plátanos. La verdad era que observaba a los viandantes con el más profundo desprecio. Dentro de tres horas sería un suicida. Su frente reposaría en inimitable calma y, pocos días después, en el rojo agujero de su herida en la sien, pulularían las larvas. Con mirada voluptuosamente fúnebre contemplaba a los paseantes y no podía contener una sonrisa atroz ante la futilidad del gomoso que entraba en una tienda de corbatas o del viejo pisaverde que se colocaba deliciosamente el monóculo sobre el ojo izquierdo. ¿Qué eran para él, próximo a entrar en lo profundo de la vida, sino pobres títeres, carnales envolturas de un definitivo esqueleto?

Así razonando, dióse a ver un esqueleto en cada uno de los viandantes y convirtió la calle Florida en ridícula necrópolis. Despreciable humanidad, llena de orgullo, atenta a engordar y a enriquecerse ¿por qué es tanto tu estruendo si inevitablemente irás a parar a un ataúd lleno de podre? Esto pensaba Almer, acariciándose la barba rubia, esa barba que dentro de tres horas — imaginaba — sería un cuajarón de sangre. Encendió un cigarro. Este acto mínimo se le antojó frente al no sé qué insondable donde dentro de poco iba a desaparecer no menos insignificante que la batalla del Marne o la teoría de Einstein. ¡Vanidad! ¡todo es irremediable vanidad y la calle Florida está llena de verdosos esqueletos!

Compró violetas a un florista y aspiró deliciosamente el delicado aroma. — Huelo, veo, palpo: dentro de ciento ochenta minutos no tendré ni olfato, ni vista, ni tacto, y este espléndido mundo con mi muerte habrá muerto también — se dijo. Cruzaba una bocacalle. Rápida visión de mástiles y chimeneas, el cielo azul moteado de oro que resplandecía sobre el puerto, le subyugaron en fugaz dulzura. Calculaba que dentro de media hora Elsa saldría de su casa para dirigirse al Hotel donde, juntos, se suicidarían. Puesto que los ricos padres de ella no consentían que se casara con el pobre diablo que era él, ambos enamorados habían resuelto abrazarse nupcialmente ante el abismo de la muerte. Evocó embriagado de ternura a Elsa, ese lirio humano dispuesto a sacrificarse en aras de un sublime e imposible amor. ¡Tan hermosa como era en su vestido de terciopelo azul y su sombrero ornado de rosas claras!

Entró en el despacho de Juan Pitre, uno de sus más afables amigos. Sonrió. Se echó suavemente atrás los cabellos y tendió con cariño la mano a Pitre. Arrojadamente se daba a probar las experiencias de unos veinte minutos de conversación fútil con ese amigo, muy lejano de sospechar que quien le daba la mano estaba próximo a ser bocado de sepulcro.

Al interlocutor de Almer se le había caído un libro de contabilidad sobre el ojo izquierdo y tenía el párpado completamente negro. Recogió la mano de aquél con alguna displicencia: que le disculpara si no lo podía atender mucho tiempo, pues su principal acababa de llamarle. ¿Cómo seguía esa salud? Pitre miraba al Almer fuliginosamente con su único ojo sano.

— La salud excelente. Dentro de poco haría un viaje.

— ¿Corto?

— Largo.

Pitre se sonrió. ¡Feliz del amigo Almer a quien su principal enviaba a hacer viajes largos! El, en cambio, acababa de pedir al gerente le aumentara el sueldo y éste se había limitado a despuntar la ceniza del cigarro...

Almer se veía en el ataúd, cubierta por piadoso sudario la faz sangrienta... Pero esas son pequeñeces, dijo un poco aturdido.

— ¿Pequeñeces? ¡Sí, para él, favorecido con viajes a Europa! El tono de la voz de Pitre se hizo profundamente despectivo: ¡Vaya con esa cara de hombre sin tragedia! Almer se despidió atolondrado. Ya en la calle el viento frío y la gruesa cadena de oro de una dama le aproximaron un tanto a la realidad. Comprendió que no debía irritarse contra Pitre. Si el dolor es mucho en el mundo ello se debe a que no puede ser adivinado, no sólo a la innata perversidad del hombre. ¿Acaso Pitre de haber sospechado que quien le tendía cariñosamente la mano iba a suicidarse dentro de poco se

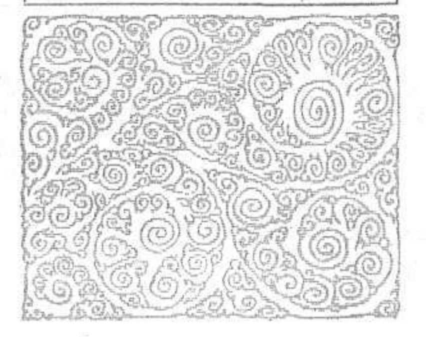


— Y [illegible] Liza: ¿Tú no [illegible]



— En caso de que uno de los dos perezca, ¿qué debo decirle a tu familia, Ruperto?





hubiera expedido tan cruelmente?— ¡Sin duda que no! Del padecimiento que provoca un principal avariento y desdeñoso a un suicidio por amor, media distancia que ni un corazón de monstruo deja de comprender, pero ¿qué culpa tenía Pitre si el rostro de Almer no había reflejado sino impasibilidad dichosa? El problema del altruísmo es un problema muscular. Sólo cuando la expresión de los sentimientos humanos haya alcanzado la exactitud evidente de un semáforo, será legítimo afirmar que la más profunda alegría que puede experimentar el hombre es la que le produce la desgracia acontecida a un semejante. Almer comprendía, perdonaba, absolvía. Para su corazón inundado de generosidad, el egoísmo, la calumnia, la estupidez, la intriga, todas las manifestaciones de la humanidad inferior eran justificables y hasta santas. Pitre, que no tenía más culpa que la de pertenecer a una especie que sólo dentro de medio millón de años alcanzará su pleno desenvolvimiento intelectual y altruísta, merecía su cariño.

Contemplaba la calle, los edificios, los viandantes *con mirada suprema.* ¡*Adiós!* ¡*adiós!*, decían sus ojos sin lágrimas. Ante él resbalaban las imágenes de la infancia. Su recuerdo saltó luego a cierta vez en que estuvo a pique de ahogarse mientras remaba en uno de los riachos del Tigre.

Elsa acababa de salir de la casa paterna y sin duda después de dar un beso profundo a su madre, rechazaba el automóvil para irse furtivamente al Hotel donde habían convenido hallarse. Almer oprimió el cabo de nácar de su revólver y apresuró el paso. ¡Elsa! ¡Elsa adorada! Llegó a la Avenida de Mayo. Para contener el torbellino interior fijó tenazmente los ojos en la cúpula del Congreso que se esfumaba en una nube de escarlata y oro.

Ya veía al «groom» galoneado de plata que esperaba a la puerta del Hotel. Su corazón latía atrozmente. Elsa debía estar en el jardín de invierno. Le asaltó un amargo sentimiento. ¡Sí! ¡con todo, él era miserablemente egoísta puesto que arrastraba a la muerte a su idolatrada Elsa! Su amor estaba lejos de ser sublimemente puro. De serlo hubiera soportado el sacrificio de apartarse de Elsa dejando que la hermosa joven siguiese en la vida el camino triunfal que su riqueza y hermosura le prometían. ¿No hubiera sido más digno de un corazón heroico disuadir a la enamorada doncella de su siniestro intento y suicidarse solo, en la mente esta idea: «Yo sucumbo por ti, Elsa, sin quién la vida me es insoportable. Tú no tienes sino diez y ocho años. Ya me olvidarás y serás feliz». Almer sintió que su cerebro ardía como si fuera una masa de fósforo en combustión. Sobre su tumba solitaria Elsa y Pitre depositarían sentimentales siemprevivas.

Entró en el Hotel. ¡No! ¡Atrás las ideas cobardes! Debía aceptar el suicidio de Elsa como una glorificación de la propia vida. Su amada no estaba en el jardín de invierno. Sin duda, con el corazón como arañado por una zarpa feroz, la pobrecita venía con lento paso entre las rumorosas calles centrales, donde reía la vida, para recibir del amado el amor y la muerte. Almer, compadecido, quiso lanzarse en su busca, pero reprimió su impulso. La esperaría sentado. ¡Qué trágica belleza la de esos dos corazones que se acercaban delirantes de pasión y de ansia fúnebre!

El portero se aproximó respetuosamente. Traía una carta. Almer la recogió con desdén. ¿Qué asunto de este mundo podía ya interesarle? Desgarró el sobre y leyó la misiva. Decía así:

«Amor mío. Perdóname. Yo no me mato. Tengo miedo al suicidio. ELSA».

Volvió a leer la carta. Luego la guardó lentamente en el bolsillo izquierdo del chaleco. Miró en torno. Se dió cuenta de que estaba perfectamente vivo. Llamó al portero y le entregó su revólver de cabo de nácar.

—Empéñelo si gusta, amigo.

Tambaleando se alejó. Vale la pena vivirla, dijo pensando en la sarcástica vida, y mirando como si contemplara una augusta faz. Tampoco él se suicidaría. Cargaría con su montaña de dolor y de burla. Digno es caer bajo el peso de la tragedia. ¡Miserable de aquél que se rinde cuando quien le acosa es el todopoderoso Sarcasmo, ese demonio invisible que a veces se transforma en la displicencia de Pitre, el amigo del ojo golpeado y en la *fragilidad de Elsa, la enamorada tímida,* tan hermosa con su vestido de terciopelo azul y su sombrero ornado de rosas claras!



El editor: — ¿Por qué dibuja usted los personajes con vestidos de hace un siglo?
El dibujante: — Porque hace cien años que apareció por vez primera este chiste.



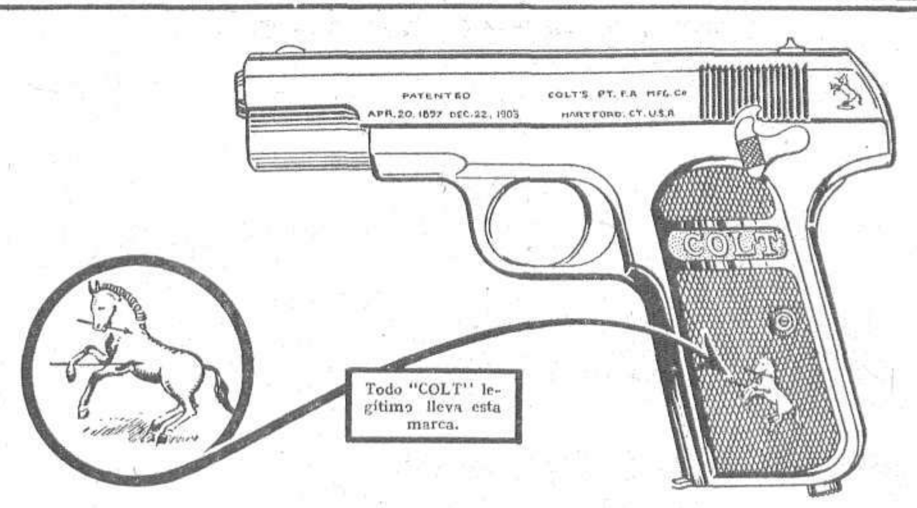
— Hay momentos en que el hombre más prudente escucha la imperiosa voz de la naturaleza.
— ¡Oh, pero usted debe ser muy duro de oído!

De Vicente López



El ex Intendente municipal, señor Jacinto Pineda, rodeado por un núcleo de amigos y correligionarios que le ofrecieron una demostración de aprecio por su descollante actuación al frente de la Comuna.

El obsequiado presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por las más destacadas personalidades de esta localidad.



¿Es o no es un "COLT" legítimo?

EL revólver o la pistola que no lleve las marcas de la Fábrica Colt, **no es un "COLT" verdadero.**

HAY muchas armas de fuego que a primera vista tienen la misma apariencia que un "COLT", siendo, por lo tanto, muy fácil ofrecerlas como de **Sistema o de Tipo "COLT"**, pero **ninguno de estos titulados sistemas y tipos "COLT"** constituye la misma cosa que las armas verdaderamente fabricadas por Colt. Estas últimas llevan como signo distintivo y como marca de fábrica un "potro rampante" y la siguiente inscripción: "COLT'S PT. F. A. MFG. Co., HARTFORD, CT., U. S. A.", grabadas en el cañón.

EL verdadero mérito de un "COLT" legítimo no puede juzgarse con un simple golpe de vista, pues está en la **calidad** de los materiales de que está hecha el arma y en la exacta **precisión** de su fabricación, factores que hacen de todo "COLT" legítimo un arma que jamás falla y que siempre es segura; un arma en la que se puede depositar la máxima confianza y a la que se puede confiar sin titubeo alguno la propia defensa.

¡Todo esto es lo que ha dado a los "COLT" **legítimos** la fama mundial de que gozan!

HAY un revólver o una pistola "COLT" para todos los usos. Provéase de armas solamente en una armería de confianza y, al hacer una adquisición, ponga mucho cuidado en comprobar las marcas de fábrica más arriba indicadas.

Colt's Patent Fire Arms Mfg. Co.

HARTFORD, CONN., E. U. A.



De Lomas de Zamora



Niñas que tomaron parte en la comedia "Una visita al Niño Jesús", representada con brillante éxito en la fiesta que con motivo de la finalización de los cursos escolares organizaron las directoras del Colegio de la Inmaculada Concepción.

Aspecto de la sala del Teatro Español durante el desarrollo de la fiesta antedicha, en la cual se hizo la distribución de los premios escolares.


EL VESTIDO
MÁS HERMOSO
para un niño es su cutis terso, fresco, suave, gracias al uso del
Jabón
Heno de Pravia
Es, por su pureza, el jabón ideal para niños y personas de cutis fino y sensible.
DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA
REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY:
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES
Perfumería Gal
MADRID
Heno de Pravia
GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID

Del Tigre



Llegada a la isla Santa María, Tigre, del vaporcito que conducía a los excursionistas en el paseo fluvial organizado por los Empleados Municipales de la Capital, al fin de estrechar vínculos de camaradería y para solaz y esparcimiento de las familias.

EL DOMINIO DEL AIRE

La marina francesa acaba de adoptar un nuevo aparato que podrá servir para las operaciones militares tanto como para el transporte pacífico de pasajeros. Después de las pruebas oficiales, el avión fué aprobado por la comisión de estudios prácticos de aviación naval. Su longitud es de 22 metros y su altura de 6.40. Su potencia es de 1.000 caballos. Su velocidad de 130 kilómetros. Puede transportar 20 pasajeros. El avión tiene cuatro planos y cuatro motores. La disposición multiplana ofrece ventajas: facilidad de construcción y manejabilidad. De todas las máquinas de transporte aéreo: dirigible, avión terrestre o hidroplano, éste último es el que ofrece las más halagadoras perspectivas comerciales, porque su único competidor es el barco, que camina lentamente, mientras que los competidores del dirigible y el avión terrestre son los trenes y los automóviles, medios rápidos de transporte. La navegación aérea de noche, por encima de la tierra es prácticamente imposible mientras que no se disponga de líneas de conducción electromagnética de Loth. Suceden las cosas de distinta manera con las grandes travesías marítimas, porque las distancias que se tienen que recorrer son mucho más largas que en tierra, y la velocidad superior del hidroavión sobre el barco, justificará la preferencia de que seguramente gozará el primero, en un futuro próximo. Hay, pues, motivos para creer que las grandes líneas aéreas que se piensa establecer para que crucen el Mediterráneo serán remuneradas.



LA ABSOLUCION

Oyendo la lectura de la sentencia que lo absolvía, Pegulan apretó fuertemente el reborde de la barra; el rubor le coloreó el rostro y un sollozo estranguló su garganta. Avergonzado de esta debilidad, enderezó el busto y exclamó con voz fuerte:

— Señores jueces, tenía fe en vuestra justicia, y en vuestra clarividencia. Gracias.

No dijo nada más. La emoción cortábale la palabra. Algunos silbidos se oyeron. Venían del público. Pegulan hizo un gesto con los hombros. Poco le importaba ahora la estupidez popular. Después de cinco meses de arresto, salía con la frente alta, con un honor, si no nuevo, al menos bien reparado, y él mismo no estaba lejos de creerse inocente. Momentos antes dirigíase a su abogado humilde como los débiles, ahora se inclinaba hacia él con la familiaridad de un vencedor y le daba su larga mano. Pero el abogado Billot la apretó apenas con dos dedos blandos y como Pegulan se le acercaba a la salida díjole entre labios:

— Ahórreme sus signos de simpatía. Usted y yo sabemcs...

— Como usted quiera — dijo Pegulan frotándose un poco de polvo en la manga del saco. — Es usted un ingrato. Eso es todo...

Alejóse. Un vendedor de diarios gritaba los periódicos de la noche, y habiéndolo reconocido por el retrato que habían publicado los diarios de esa mañana, lo miró despectivamente y dijo luego a media voz:

— ¡Va, canallita!...

Luego fué una mujer que había visto sentada en el primer rango del público que, señalándolo con un gesto, dijo a su acompañante:

— No deja de tener una cara repugnante...

Midiendo el abismo que separa la justicia de las leyes de todos los hombres, Pegulan suspiró. El pensamiento de que era un hombre libre, que volvería a ver su esposa, su hija, su casa de campo con su surtidor, lo consoló de la constatación desconsolante, y con los pulgares en los bolsillos del chaleco repitiéndose su frase favorita *Los perros ladran, la caravana pasa*, atravesó la calle con un paso firme y entró en una oficina de correos. En el momento de redactar su telegrama dudó un instante. Por hermosa que fuera la palabra «absuelto», le encontró un cierto aire equívoco y capaz de preocupar al telegrafista. Usó una perífrasis, un poco más costosa, pero que cumplía al mismo tiempo con su delicadeza y con la verdad: *Todo terminado mejor del mundo. Llegaré mañana a las once diez y siete. Cariños, Julio.* Dos horas le faltaban hasta la de la salida del tren. Las ocupó en dar una vuelta por el bulevar Saint Michel y en tomar un vaso de cerveza en un café de estudiantes. En la mesa de al lado comentaban el fallo sin benevolencia. Estuvo a punto de hacerles comprender mejor los hechos de su proceso, pero juzgó este esfuerzo de elocuencia inútil y se levantó.

Todo esto ponía en su alma un poco de amargura. Su felicidad le pareció menos grande que la que había supuesto, mitigada cuando menos de cierta melancolía, y su imaginación le traía desde su infancia hasta sus ligerezas — prefería esta palabra a la de estafa — que lo habían llevado hasta el tribunal, y enterneciése evocando las alegrías de la familia y la intimidad del hogar.

El tren avanzaba. Entre un señor decorado y una dama obesa que afirmaba la posesión de su vientre al protegerlo con sus manos cruzadas sobre él, soñaba con el pasado que estaba lejos; el presente apenas lo contaba; el porvenir, en cambio, mostrábase magnífico.

De antemano saboreaba su delicia. A esta hora, la señora de Pegulan ya debía haber recibido su telegrama. Oía el grito que se le había escapado al abrirlo y la veía abrazando a su hija contra su pecho, enterneciéndose con el presentimiento de sus lágrimas y de sus sonrisas mezcladas.

Miró su reloj. Medianoche. Pensó: «No duermen aún. Están impacientes y se hablan de un cuarto al otro. Apenas nazca la aurora bajarán al jardín para cortar flores, elegir en el gallinero al pato más gordo, en la despensa los mejores dulces, en la bodega, una botella de ese viejo vino de Burdeos que prefiero entre todos».



El alba emergió. Una aurora de victoria violeta y rosa que hacía titilar los huertos. El aire natal echaba lejos el humo de la locomotora, y los paisanos, apoyados sobre sus palas, parecían interrumpir su tarea expresamente para saludarla. ¿Una cortesía no obligaba a la otra, después de todo? Un campanario; luego un montón de techos surgió entre la neblina. El señor decorado se despertó. La gruesa señora asomóse a la ventanilla; entraba el tren en la estación. Agil como un muchacho, Pegulan saltó al andén. Y en seguida la sorpresa entumeció su rostro. ¿Cómo? ¿La señora de Pegulan no lo esperaba? La valija en la mano, echóse a correr, presa de extraños presentimientos y temores. El aspecto de su casa lo serenó a causa de sus postigos abiertos, y del parasol rojo abierto en me-

dio del jardín. Entonces, empujando la puerta, llamó: —¡Valentina! ¡Felicia!

La señora de Pegulan apareció, vestida con un batón de cretona, la frente ornada de mariposas de papel que iban de una oreja a la otra. Su rostro era severo, sus ojos fríos. Pegulan quedó estupefacto. Ella, siempre inmóvil, le miraba acercarse. Creyó que la emoción lo retenía y dijo azorado:

—¡Valentina! ¡Mi querida compañera!

Ella, impasible. Entonces Pegulan preguntó balbuceante, tartamudo:

—¿No recibiste mi telegrama?... ¿No sabes entonces lo que ha pasado?

—Sí—repuso ella con una voz glacial.

—¿Entonces?

Y como ella callaba, él incomodóse, perdiendo la paciencia.

—¡Cómo!... ¿Vuelvo libre, honorable, y es así cómo se me recibe? Se dijera que mi retorno te molesta y que mi absolución te mortifica. ¡Sería algo increíble!...

—Es así no más, como lo dices—dijo la señora Pegulan.



Arrancóse el sombrero, lo arrojó lejos, secóse la transpiración de su frente y la señora de Pegulan añadió:

—¡Naturalmente!... Siempre el mismo. Sólo piensas en ti. ¿Sabes tú lo que nos cuesta tu absolución? ¡La felicidad de nuestra hija! Sí... ¡Así como suena! El hijo de los Mirandol me ha pedido su mano hace ocho días...

—¿El hijo de ese canalla, de ese bandido que ha estado preso seis meses por abuso de confianza?

—Sí—hombre honesto—¡el hijo de ese «canalla» que posee más de quinientos mil francos! Felicia prefería al chico Ridel, pero los Ridel que no tienen plata y son burgueses, no querían saber nada y habíala ya convencido que jamás consentirían que su hijo se casara con la hija de un hombre tarado. Ahora que te han absuelto, es ella la pretenciosa y no quiere saber nada de Mirandol. ¡Tu hija lloraba ayer; oye como ríe esta mañana!...

—Decididamente, no he de tener nunca suerte—exclamó Pegulan.

MAURICE LEVEL

TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN.

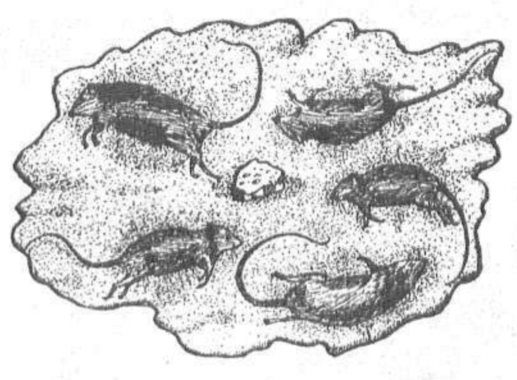
Triunfe en la vida con su rostro encantador. Si lo desea, emplee constantemente el

POLVO GRASOSO

Brissac.

y no oirá más que admiraciones por su hermoso cutis.

L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
UNIÓN TELEF. 2045, BELGRANO





NOTABLE PRODUCTO INGLES PARA CAZAR

RATAS Y LAUCHAS

Con una capa de "RATSTICKER" extendida sobre una tabla de madera de 40x50 cms. y colocando un pedazo de queso u otro cebo en el medio

¡LAS RATAS QUEDAN PEGADAS COMO MOSCAS!

Lata chica	de	1/4 libra,	$	1.50 c/l	
» mediana	»	1/2	»	» 2.50 »	
» grande	»	1	»	» 3.50 »	
» Ex. grande	»	2	»	» 6.30 »	

La lata chica es solamente recomendable para cazar lauchas. Envíenos un giro postal o el importe en efectivo y le enviaremos una lata para ensayo.

SOLICITENSE PRECIOS POR MAYOR

"RATSTICKER" NO ES VENENOSO. ES SEGURO. LIMPIO Y COMPRUEBA SU EFECTO DIARIAMENTE

IMPORTADORES: **ANDERSON, LEVANTI & Co.**
ALSINA 471 — BS. AIRES

Enlaces



Señorita Raquel Capparelli con el señor José Lía. — Capital.



Señorita Rosalía Arribillaga con el señor Eugenio Rajo. — Trenque Lauquen.



Señorita M. Gómez Jones con el señor Julio Ruiz. — Resistencia.



Señorita Isabel Alonso con el señor Alberto Vionnet. — Santa Fe.



Señorita Hortensia Garnica con el señor Juan Stempili. — C. Casares.

LAS LAVANDERAS DE EL RINCON



EL Rincón!... ¡Qué bonito lugar aquél, con tantos pinos, tantos hierbazales, y una arena tan blanca, tan blanca que enceguecía al sol!...

Allí nacieron los más membrudos mancornadores y los más aptos fabricantes de alpargatas por el más primitivo de los procedimientos. Allí nacieron también dos célebres seminaristas que paseaban su meditación por los atajos, comentando en voz alta a San Agustín. Allí vieron la luz primera los primeros comerciantes en almendrucos y otros comestibles de cascaruja, que cargaban en carretones de mano para hacer de la sabrosa mercadería nacional fuente de no muy pingües rentas por cierto. Y allí el cura de la parroquia, don Ubaldo Crisóstomo y Bermedares, impuso a tres «chivatas» rubias, hijas de Juan el de la sacristía y de Cándida Mieres la de los rizos, los nombres de Teresa, Milagro y Caridad, bajo las naves mal ensambladas de la iglesia empezada a contruír a principios del XIV mediante subscripción popular encabezada, si no mienten los cronistas, con treinta mil ducados por un monje de latines excelentes y excelentes doctrinas escoliastas.

Teresa, Milagro y Caridad, a los diez y seis, diez y siete y diez y ocho años de su envidiable juventud, lavaban en «El Meñique», arroyo que a río no llegaba, pero que tampoco se podría motejar, sin injusticia manifiesta, de riachuelo. Era «El Meñique» zanja de sorprendente anchura, corta como el meñique — de ahí el mote, — a través de cuya linfa, turbia en marzo y clara que daba gloria verla en noviembre, observábase una gran sábana de guijarrales negruzcos y bruñidos como botones empavonados, de tal guisa y artística variación entre sí que no guijarros comunes, sino tabletas de mosaico parecían. Y decíase, por lengua de curanderos y científica consideración de lugareñas profetisas, que aquellos guijarros, hoy panacea contra la palúdica y el garrotillo, curarían a la larga «ataques malancónicos y amagos de gastritis».

En un santiamén corrió por El Rincón la sugestiva especie de que Teresa, Milagro y Caridad, lavando en el río, despertaban caninas hambres, y allá fuéronse como lebreles tras el venado los mozos del hombruno plantel, a la oreja el clavelón recién cortado para prenda de amores y a la espalda la bota de añeja arropía para testimonio de paz y de concordia. Tomaban los altos el mejor puesto por mejor dotados de músculos con qué defender la conquistada plataforma, y se resignaban los demás a discurrir en segunda fila, seguros de que fuera inútil contender, tanto más cuanto que de la refriega saldrían en dirección a la farmacia del Licenciado doctor Fructuoso M. C. Guiñazú, solicitando a gritos árnicas, éteres y vendas que el mismo licenciado les suministraría a mínimos precios hablándoles en indescifrable jerigonza: «Hijos, hijos, los que peleáis a Dios ofendéis. Válgaos el Infinito y el Cosmo. Otra raza os sucederá peor que repeor. «Homo, homini, lupus», hijos míos. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Aprended a sufrir. Procurad multiplicaos... ¡Y no me tiréis piedras al rótulo, mostrencos!...»

Teresa, de un rubio áspero, despeinada siempre y siempre saltarina, charlaba de intimidades con el agua del río, y como las hermanas no entendían su jerga, echábalas espuma de jabón castigando así los agresivos dicharachos con que la remedaban y los desesperantes rezongos cambiados a su costa.

Milagro, fina, icono para un paisaje de abanico, recogía de su cutis el vellón de la espuma y, risa va, risa viene, se frotaba con él la cara, irisándose como perla adherida a valvas de marfil.

Caridad, cenceña, amiga de reflexiones, delicada, frágil y soñadora, reprendía pacíficamente los retozos de las otras dos, intercalando en sus reprimendas algún gracejo de singular enjundia o alguna máxima de singular gracejo.

Y los mozos, apostados a la orilla del frente, las enviaban por el aire los clavelones, pronto bermeja alfombra en las márgenes odoríferas de «El Meñique», que las tres fraternales lavanderas de «El Rincón» hollaban inclinándose de cuando en cuando para elegir las flores de su gusto: Teresa amaba los claveles rojos, rojos, rojos, Milagro, de tinte discreto, mitad amapola y mitad rosicler, y Caridad de arrebol novicio, de colegiala, que no se ruborizó nunca, y un buen día quiso la suerte probarla el pudor por medio del zaragatero y ñoño petimetre pueblerino, mula de feria en domingo, que es fiesta de guardar, y asno de viandante de lunes a sábado, que no comulgan con el ocio y la indolencia.

En los viñedos del cacique apuntaban uvas primerizas. Del reverdecido parral colgaban granados racimos de albillo, y la uva negra, famosa por lo agridulce del jugo y lo acartonado del ollejo, cundía que era un primor, encerrada en bolsines de gasa para que la mosca borriquera, el mosquito y las avispas no devorasen la inicial confitura del delicioso grano.

Por las mañanas, a la hora de los condumios frugales — sopa de pan, collejas y pucherete — las mozas festejaban el sobrio banquetazo metiendo el puño en hondos toneles de dorada uva, y el marro de los heliogábalos rezumaba almíbares de mostosa baba, cual si Dyonisos presidiera en sitial de pámpanos la ebria expansión de sus servidores.

A la merienda, hora ésta de sonoridad y algarera greguería de volátiles — contestaba el pardal o la tórtola, la tórtola al mirlo, el mirlo al canario, el canario a la calandria y la calandria al tordo, — las mujeres, atraídas por el olor a mosto y a lagar, bailaban alrededor de artesones de uvas, y coronábanse de racimos las sienes en báquico desbarajuste.

Ya la cena, en la casa del padre ancianico, antiguo cabeza de motín cuando se asestaban mortíferos golpes al régimen derrocando monarquías para elevar a la suprema jefatura del Estado repúblicas democráticas, la familia trabajadora y honesta, por capital dos gallinas y un capón y por ahorro la acrisolada honradez de intachable consistencia, dividía el racimo aurinegro en grupos de quince a veinte granos, repartidos por el regidor de la familiar ínsula con mesura de hombre equitativo y tacañería de económico menestral.

Cursaba, pues, la estación de los moscateles, y andaba la prole de El Rincón a brincos y zapatetas, donaires y decires, arrancando a bandurrias y guitarras lagoterías de fandango y rebolera, y a dulzainas, zampoñas y caramillos tarantelas pastoriles de adormecedora resonancia pueril.

Duraban aún en los galanteadores de Teresa, Milagro y Caridad, las libaciones y abusos de la noche anterior. Habían bebido como esponjas, y el relente de la mañana no les despejó el «torrao». De traspiés en traspiés y de tumbo en tumbo, acamparon a orillas de «El Meñique», coloradas las carotas de alcohólicos ternes, asmático el alentar, desvaídos e irresponsables, aun cuando las tres apetecibles lavanderas les conminaban con gárrulo y zaheridor palabrerío, ridiculizándoles el empaque de gigantones derrengados que pedían permiso a una abarca para sostenerse en la otra. De una banda partían inofensivos balines de chacota suspensos en carcajadas menudas, no disparados para que hirieran el amor propio de nadie trocando en campo de Agramante la tranquila melopea del río, sino disparados al azar por aquello de que quien a la necedad no se acoge y de la broma por pura broma hace gala, no pierde un átomo de virtud. A este tenor, en las donosas reticencias y moceriles retruécanos no inflaban el buche malévolas águilas, y así como en el fondo de «El Meñique» mosaico parecía la sábana de guijarrales, en las ingeniosidades de las tres hermanas parecía estampa de cromo o veta de ágata el brazalete de maquiavelismos, layes y jugarretas de buena crianza.

—¡Ay, el cojitranco Ginés!... ¿A que no te atreves a nadar por Teresa?...

—¡Hola, corcobadico Cristobalón!... Ahora no te enganchan a la noria... Te caes de borracho y Caridad te protege.

—¡Hala, hala, potro desbocado, Zoilo barbudo!... Ya te ensillaré yo, ya, que a potros cerriles ensilló Milagro y no coceáronla...

Y en las burbujas del jabón que albeaba la lencería, quebraba la solanera del estío sus rejones, carbonizando la carne broncínea de las tres mujeres rubias, talladas en cobre.

—¿Dijísteme cojitranco, Teresa?...

—¿Dijísteme corcobadico, Caridad?...

—¿Dijísteme potro, Milagro?...

Y ellas:

—Dijimos, dijimos, dijimos.

—¡Pues para Navidad, ya seréis «defuntas»!...

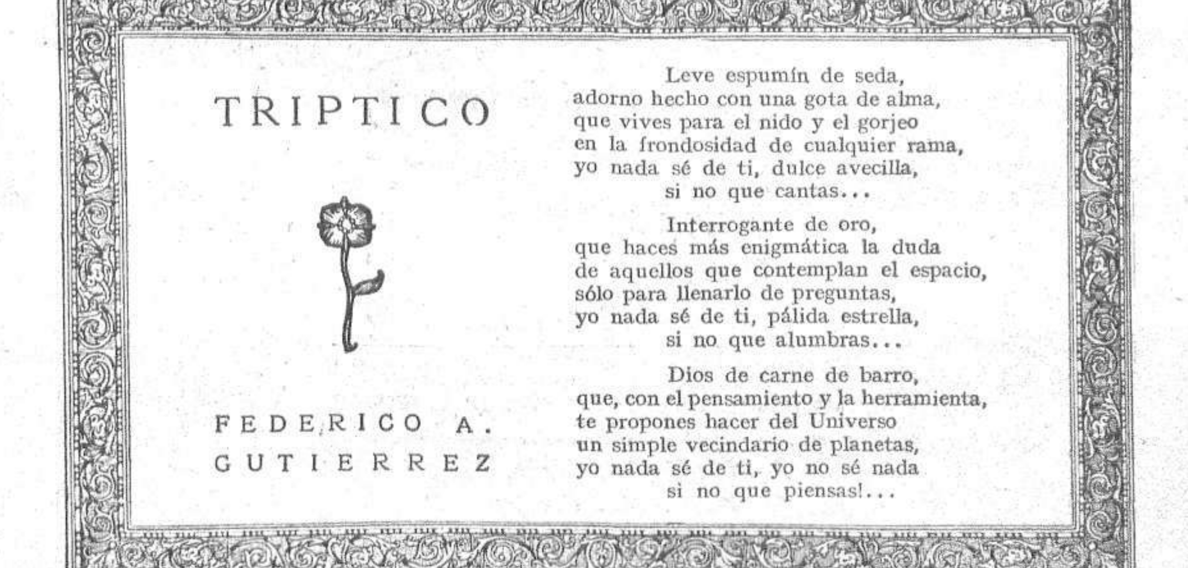
Y tres navajones lanzados a revuelo hincáronse en el corazón de las tres lavanderas inocentes.

Hubo sangre en el río. Aulló el lobo. Doblaron a funeral las campanas de la parroquia En las cepas del cacique apuntaban tueras. Y lloraron las mujeres y los hombres de El Rincón, acurrucándose en las casonas, signándose y santiguándose en los tenduchos de almacenaje.

Al entierro de Teresa, Milagro y Caridad — tres ataúdes de roble, pobrísima carroza fúnebre, polvo, sol de justicia y pujos de tormenta por el horizonte — concurrió en romería la gente mísera, quién con sus violetas tristes, quién con sus lirios castos, quién con el aceite para la lamparita del angosto nicho, quién con sus peticiones al Señor «que ampare a las malaventuradas y líbrelas de la pena eterna por los siglos de los siglos, Amén.»

¡Ensenadas, paseos y vías centrales de El Rincón; copudos pinos y blanca arena; tramos montuosos, follajes compactos, terraplenes y desviaciones: la sombra de las tres lavanderas os asiste y vela por la conservación de la progenie femenina que lava la ropa en aguas de «El Meñique»!... Los niños ven las sombras, los hombres las presienten, las mujeres las adivinan. Canuto el del organillo y la vihuela, sabe la historia del crimen, y cuéntala por dos céntimos para rosquete de centeno. Pasa el día, enlutado. Pasa, enlutada, la tarde... Ya las doce de la noche, la media luna tiene apariencias de navajón tirado a revoleo, que surca el espacio en pos de un corazón de mujer...

FELIX PAREDES



TRIPTICO

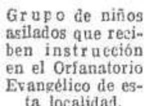
Leve espumín de seda,
adorno hecho con una gota de alma,
que vives para el nido y el gorjeo
en la frondosidad de cualquier rama,
yo nada sé de ti, dulce avecilla,
si no que cantas...

Interrogante de oro,
que haces más enigmática la duda
de aquellos que contemplan el espacio,
sólo para llenarlo de preguntas,
yo nada sé de ti, pálida estrella,
si no que alumbras...

Dios de carne de barro,
que, con el pensamiento y la herramienta,
te propones hacer del Universo
un simple vecindario de planetas,
yo nada sé de ti, yo no sé nada
si no que piensas!...

FEDERICO A. GUTIERREZ

De Tres Arroyos


Grupo de niños asilados que reciben instrucción en el Orfanatorio Evangélico de esta localidad.



Doma de potros patrocinada por la Sociedad Española de Socorros Mutuos a beneficio del hospital local.

Socios del centro recreativo Unión y Progreso que asistieron al picnic ofrecido por la Comisión Directiva en honor de las familias de sus asociados.

¿No ha reparado aun en que todo el encanto de su cara se ha perdido?

Los granos, los sarpullidos y las erupciones en general que maltratan el cutis, son el motivo de la desesperación de miles de mujeres que se concretan, para curarlas, a un tratamiento local que si les sana la erupción en un lugar, vuelve la misma a aparecer en otro. No sucedería así si ellas bebieran la

Levadura de Frutas GIBSON

el específico de riquísimo sabor que no cura las erupciones superficialmente, sino que ataca el mal en el propio origen.

Pídanos folletos ilustrativos sobre esta especialidad que le enviaremos gratis a vuelta de correo.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192.

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes).

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



De Mercedes



Alumnos del Colegio San Patricio que han obtenido señalados triunfos en el pasado campeonato de "hurling".

Niños que tomaron parte en la fiesta realizada en el Colegio San Patricio, con motivo de la distribución anual de premios.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS





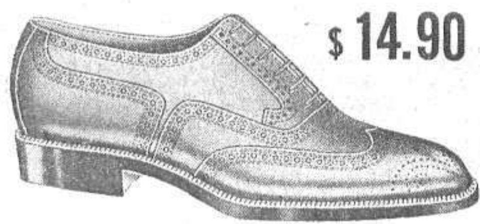
MODELO N.° 195
Botín gum metal, color, caña de gabardina marrón, beige claro, beige oscuro, liso o picado, con cordones o botones

$ 14.90



MODELO N.° 199.
BOTIN O ZAPATO
En gum metal color, negro, liso o picado

$ 14.90



$ 14.90

N.° 59 COMO ESTE MODELO. *BOTIN O ZAPATO*
En anca de potro negro, en gum metal negro, color, todo cosido alrededor, doble suela



$ 14.90

N.° 129 COMO ESTE MODELO
En cabritilla charolada, gum metal negro, color, liso o picado, doble suela o sencilla



$ 14.90

MODELO N.° 156
En gamuza blanca, gris, marrón o negra. En cabritilla negra, marrón, charolada o bronceada



$ 14.90

MODELO N.° 168
En gamuza blanca, gris, marrón o negra. En cabritilla negra, blanca, gris aceituna, marrón charolada o bronceada,

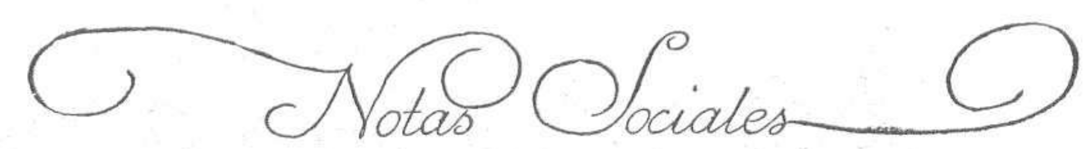
$ 14.90

MODELO N.° 160
En gamuza blanca, gris, marrón o negra En cabritilla negra, marrón, charolada o bronceada

$ 14.90

MODELO N.° 170
En gamuza blanca, gris, marrón o negra. En cabritilla negra, blanca, gris aceituna, marrón, charolada, bronceada

Para pedir cualquiera de los modelos expuestos en esta página, no es necesario cortar el dibujo: basta con indicar el número del modelo. Sírvase solicitar nuestro catálogo número 17 A, que contiene 60 modelos distintos.



Días pasados, entre las noticias transmitidas desde Madrid, un breve telegrama anunciaba la ceremonia tradicional de la «Toma de Almohada», que se celebra, con rigurosa solemnidad, en el Palacio de Oriente... Un nuevo grupo de damas, pertenecientes a la aristocracia, ha de incorporarse, pues, a la grandeza de España, y reviste hoy esta ceremonia inusitado interés para ustedes, lectoras amigas, porque figurarán, al lado de personalidades netamente españolas, como lo son la duquesa de Almenara, las marquesas de Urquijo y Aldamar, tres damas extranjeras, esposas de grandes de España, como la hija de monsieur de Lesseps, casada con el conde de Mora; la princesa Sforza, hoy duquesa de Irvin, y nuestra compatriota doña María Julia Martínez de Hoz, marquesa de Salamanca...

La suntuosa y brillante ceremonia se celebra en el Regio Alcázar muy de tarde en tarde, y constituye, por consiguiente, uno de los acontecimientos más solemnes, en la vida cortesana, el que Su Majestad la Reina conceda tan señalada distinción a las esposas de los grandes de España. Y es que el acto de «Tomar la Almohada» ante la augusta dama perdura como un símbolo de la vieja tradición, ya que el rígido ceremonial que impusiera Felipe II se ha ido modificando en el transcurso de los siglos... Cuentan las viejas crónicas que las damas de honor de Su Majestad Católica, obligadas a permanecer de pie constantemente, como lo imponían las leyes de la absurda etiqueta cortesana, llegaban hasta a perder el conocimiento, abrumadas de fatiga. No sé, en verdad, si fué Fernando VII el monarca que se condolió de la tortura impuesta a las más eminentes figuras femeninas de la vida de palacio, o si se debió tal inspiración al espíritu democrático de José Bonaparte. El hecho es que la ceremonia de la «Toma de Almohada» rememora un acto de cortesía, por el que la reina de España concede a las damas que forman su círculo el derecho de sentarse en su presencia...

En la regia antecámara se alinean, a los lados del sillón que ha de ocupar la soberana, los taburetes rectangulares, cubiertos de terciopelo rojo, y sobre cada uno de esos taburetes, un almohadón del mismo terciopelo, o sea la «almohada» tradicional...

Las damas que, dada su preclara estirpe, han sido designadas para recibir la almohada, se congregan en la antecámara, vistiendo traje de gala, mientras que las que han sido invitadas a presenciar la ceremonia esperan en la sala inmediata que se anuncie la llegada de Su Majestad, a quien acompañan los altos dignatarios de Palacio. Al instalarse la reina doña Victoria en su sillón, se dirige a las damas que la han esperado de pie, diciendo:

—Sentaos.

Entonces, el secretario de la Camarería Mayor de Palacio, obtenida la venia de Su Majestad, anuncia a la primera dama que se presenta en la regia antecámara, llevada de la mano por la madrina de la ceremonia; la etiqueta actual las exige avanzar, inclinándose para las tres reverencias de rigor; luego ocupa el taburete colocado ante la soberana, que al autorizarla a sentarse, la dirige algunas frases de cortesía. Inmediatamente debe alzarse la dama, para ceder el privilegio del taburete ante la reina a la que le corresponde, de acuerdo con la antigüedad de la muy noble casa que representa...

Se oye anunciar entonces los títulos cuyo origen y privilegios se anotan desde cuatro o cinco centurias en la gloriosa historia de España, nombres tradicionales muchas veces también en las crónicas de Francia o de Inglaterra, y vinculados a la más rancia nobleza de Aragón o de Castilla... Hay casos en que se perpetúa en un título castellano el nombre ilustrado por el talento y la integridad de un hombre de Estado eminente...

Pero las damas que lucen con tan íntima satisfacción el lazo rojo de Dama de Honor de la Reina, no acostumbran exponer ante su soberana, al «tomar la almohada», los méritos y privilegios que consignan los blasones de su raza. Esa tradición incumbe a los caballeros, cuando se celebra en Palacio el acto de «cobertura» de los grandes de España: el verbo entusiasta o ceremonioso de los caballeros modernos vibra en la regia antecámara tapizada de damasco azul, relatando la crónica heroica de sus casas, enalteciendo las proezas de cada uno de sus antepasados, leales servidores de la patria, de la dinastía...

Y no podría dejar de recordar hoy, en estos breves apuntes de mi crónica, como nobilísima profesión de fe, un párrafo del discurso pronunciado en tan solemne acto por el descendiente de Guzmán el Bueno, duque actual de Medina Sidonia, cuya casa diera a España, al correr de los siglos, embajadores, patriarcas, generales y obispos...

Respondiendo a la frase tradicional del Rey de España: «cubrios y hablad», el duque de Medina Sidonia hizo, como es de práctica, la reseña de su genealogía ilustre, exposición que cerró en esta forma:

«Lo mudable de los tiempos ha transformado por completo el vivir de la aristocracia; perdidas las jurisdicciones y disipadas las riquezas, los nombres, por gloriosos que sean, no pueden, de suyo, significar hoy lo que antaño significaban... *La sociedad discurre por cauces que conducen a la nobleza que cada cual sepa crearse con su actuación ciudadana en la vida pública*, y éste es el estímulo de los grandes de hoy, que, respondiendo al legado de honra, deben continuar enalteciendo la historia de su patria.»

Y bien, lectoras amigas: quisiera que las Damas de la Reina, que han de acompañar siempre a la serena y bellísima figura que ha sabido conquistar el respeto y el cariño de su pueblo, pudieran expresar, ante su soberana, no los privilegios y derechos de su preclara estirpe... ¡no! Sólo los propósitos de su corazón, los anhelos del espíritu generoso ávido de acortar distancias, de nivelar injusticias... Si cada una de las nuevas Damas de la Reina pudiera expresar en la brillante ceremonia que ha de celebrarse en breve el bien que haya realizado personalmente, los antecedentes del lejano y dulce hogar, nuestra gentil y bondadosa compatriota podría hacer presente a Su Graciosa Majestad, que las damas argentinas saben organizar también obras sociales que son el orgullo de su patria, y que merecen exteriorizarse como un modelo, sobre todo cuando ellas encarnan el propósito de facilitar a las madres humildes su misión de amor y sacrificio...



Buenos Aires, enero 15 1924.

A N G E L R U B I O

Angel rubio, tu sueño será el mio.

Bajarás a mi espíritu que es como una alcoba triste donde nunca han brillado dos ojos de mujer.

Y entonces ¡cómo será hermosa la noche para mi! ¡Cómo me sentiré poseído de una extraordinaria misión de vida! Me llenaré de un polen fecundo de amor y seré eterno como las cosas.

Si tu vida es la vida de mi esperanza, si nadie que no sea yo puede amarte, ¿por qué, ángel rubio, podrías seguir siendo un extraño, allá, en lo más alto del cielo infinito y completamente mío en la vida profunda de mi corazón?

J O S E M A N U E L D E L F I N O



Perfumes Excelsior

de

Griet



Entre su exquisita variedad se halla el finísimo y delicado

POLVO DE TOCADOR

CHELA

El perfume de moda.

La caja $ 1.90

En los tonos blanco, rosa, rachel y ocre.

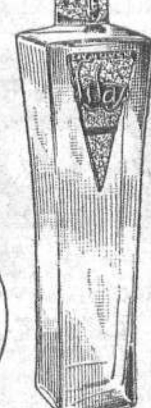
GRATIS se envían muestras de estos productos.



COLONIA
Excelsior
Extra concentrée.



COLONIA
CHELA
El perfume de moda.



COLONIA
Lilas
Excelsior.

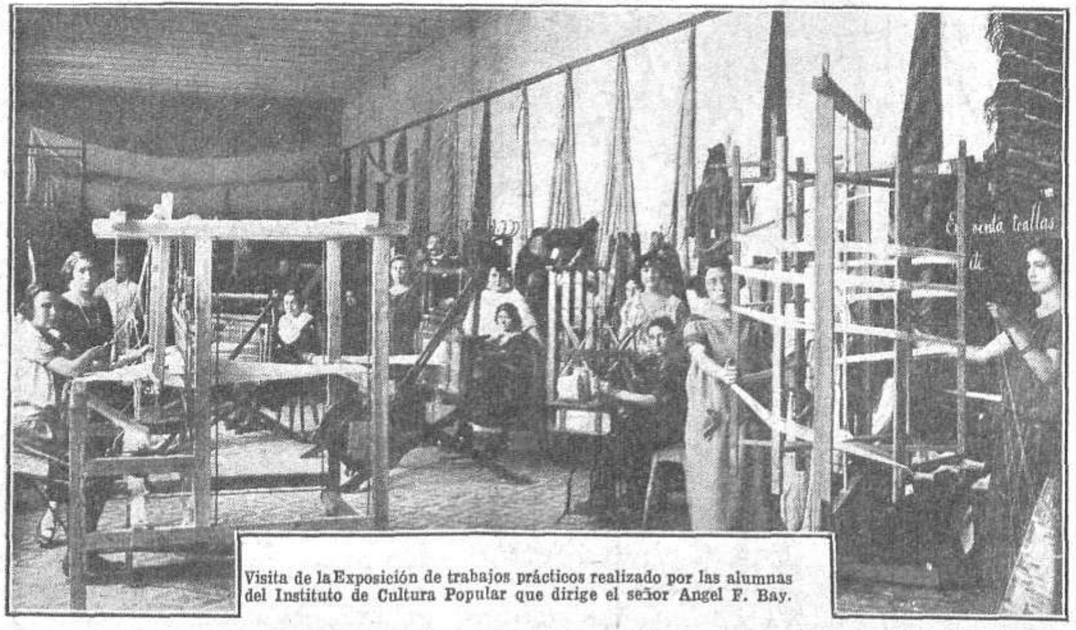
Poudre de Beauté
Parfumerie Excelsior
M. GRIET & Cie

La caja $ 1.70

Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible

PERFUMERIA
Griet
PRODUCTOS EXCELSIOR

LAVALLE 717 — BUENOS AIRES.



Visita de la Exposición de trabajos prácticos realizado por las alumnas del Instituto de Cultura Popular que dirige el señor Angel F. Bay.

FACILITA LA VIDA DE LOS OTROS

Bella tarea es toda aquella que facilita la vida de los otros.

Gentil acto es aquel que facilita la vida de los otros.

Noble y gracioso movimiento el del pie o de la mano que remueven el obstáculo colocado por la naturaleza o por los hombres en medio del camino, desde la cáscara de fruta en en que se resbala, hasta la rama de espino que desgarra las carnes; desde el guijarro puntiagudo hasta las lianas que cierran los senderos y que a través de ellos parecen serpientes.

¡Qué alegre, qué ágil marcha el que va apartando de los caminos, de los senderos y las veredas todo lo que es impedimento y obstáculo para la marcha de los otros!

Cantando va el peregrino.

¡Sin sentir recorre las rutas, y al atardecer se da cuenta, con jubilosa sorpresa, de que al apartar y remover los obstáculos que entorpecían los caminos de los otros, él despejó maravillosamente su propio camino!

AMADO NERVO.

Señora:

Una sola visita a la

Casa Izquierdo

Carlos Pellegrini, 490

especialista en CORSES y FAJAS de calidad, dará a usted la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.

◆◆

Solicite nuestro nuevo Catálogo.



FAJA MODELO "AIDA" muy cómoda y elegante. Especial para sostener y reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico de seda en la parte delantera y 4 ligas también de seda, $ **25.-**

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMÉRICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

UNION TELEF. 38, MAYO 0313, LIBERTAD

De Tandil

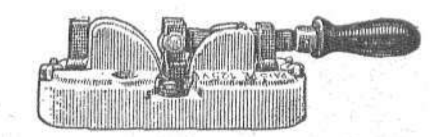


Miembros del Magisterio provincial reunidos en el salón de recepciones de la Municipalidad.

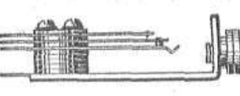
Lunch servido en el Hotel Francés en honor a las maestras egresadas últimamente.

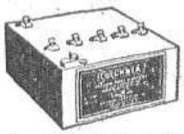

$ 3.30


$ 0.20

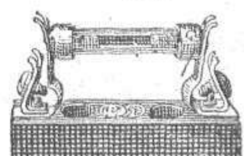

$ 0.90


$ 3.90


$ 1.50 $ 2.20


$ 10.80


$ 5.50


$ 4.20

RADIOTELEFONIA

Estos son los artículos que a Vd. le interesan.

La modicidad de nuestros precios permiten a toda persona con mínimo desembolso disfrutar de las maravillas Radiotelefónicas.

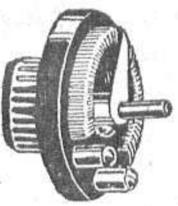
GRATIS remitimos el CATALOGO General de Radio y utensilios eléctricos, solicítelo, es un libro tan útil como interesante que no le cuesta nada.

Más de 20.000 Aparatos Radiotelefónicos construídos con materiales vendidos por esta casa funcionan con óptimos resultados en toda la República.

Con un gasto de $ 15.- en adelante puede adquirirse el material completo para construírse un aparato receptor.

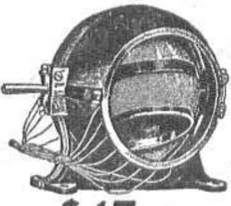
B. MAGDALENA

Maipú, 669 — Buenos Aires.


$ 2.10


$ 0.10


$ 8.50

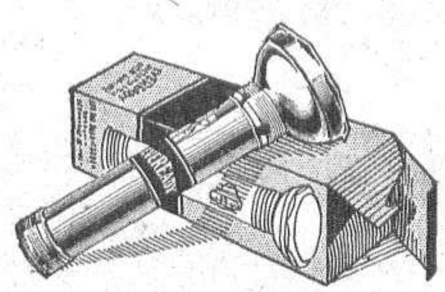

$ 17.-

$ 3.80


$ 1.10


$ 12.50

$ 1.20


$ 6.80 $ 4.40


$ 20.-





CUANDO nos dieron posesión de la casa que habíamos alquilado en un pueblo suburbano, su propietario, Giácomo Cicarelli, detective de tercera en el Departamento Central y hombre de muchos recursos verbales, creyó poner digno fin al asunto diciendo estas palabras:

— Les dejo todo en perfecto estado; hay un galpón, sobran las comodidades, empieza a crecer la parra; es ésta una casa espléndida, y sufro al dejarla. Además — continuó después de una pequeña pausa—les queda ahí esa magnífica perra de policía.

Encontrábase el animal atado al tronco de una higuera; tenía una húmeda mirada de resignación y sus agudas orejas le colgaban, flácidas y tristes. A pesar de su pelo tupido podían contársele las costillas; tal era su flacura. Yo y mi compañero Jaime Cristiñade observamos a la perra, que puso en nosotros una opaca mirada de indiferencia. Cristiñade dijo:

— ¿Cómo se llama este flaco animalucho?

Amoscóse el detective con estas palabras, y se puso a contar una rara historia para justificar la delgadez de la perra.

— Señores míos — comenzó, — parece mentira que los animales tengan, como nosotros, hermosos sentimientos; pero es así. «Fanny» está flaca, no por que permanezca atada día y noche y menos porque le falte su buena comida. Es una pena grande lo que la va consumiendo; el dolor de la viudez se apoderó de su corazón y nada hay que la consuele. Fíjense ustedes en la tristeza de esos ojos.

Luego Giácomo Cicarelli explicó detalladamente el caso. La perra «Fanny» tenía un compañero. Era, como ella, un animal de pesada cola, hocico largo, agudas orejas y discretas aptitudes para ladrar a los extraños. Según el detective, aquel perro habíale ayudado exitosamente en la captura de algunos peligrosos delincuentes... Un día, «Piston» — así se llamaba, — saltando el alambrado del fondo, penetró en la quinta de un marinero vecino. La esposa de este lobo de mar atravesaba por el estado más interesante en que puede hallarse una mujer, y el marinero, creyendo que el perro podía asustarla, lo mató de un tiro. Entonces fué que la pobre señora se asustó de veras, muriendo después a consecuencias de un mal parto. Esta absurda tragedia dejó el dolor de la viudez en dos corazones, siendo uno de ellos el de la perra Fanny que enflaquecía con la irremediable ausencia de «Pistón». El marinero ahogó sus penas en los alucinantes abismos de la embriaguez.

Explicados así los motivos de la estupenda flacura del animal que estaba atado a la higuera, Cicarelli se marchó. Entonces mi amigo Cristiñade, dando expansión a sus arraigados sentimientos liberales, exclamó:

— Ese policía es un farsante; ahora mismo soltaremos a la perra

Y tal como lo dijo se puso a hacerlo. Yo, creyéndome ecuánime, aventuré esta opinión:

— Me parece que si además de la libertad le diéramos unas buenas raciones de puchero, el animal acabaría por olvidar sus penas.

— Exacto, el puchero la hará engordar — asintió Cristiñade.

Pronto se puso redonda y cambió de pelo la perra «Fanny». Correteaba por la finca con loca alegría y se dedicó al puchero con el entusiasmo de las verdaderas iniciaciones. Este animal, a pesar de las alabanzas del detective Cicarelli, no se singularizaba por sus grandes habilidades. Giácomo posiblemente fuera un genio inventando delincuentes, y en este sentido se recordaba que había detenido una vez en el teatro Colón a un banquero confundiéndolo con un asaltante; pero como maestro de perros valía poca cosa, pues la «Fanny» apenas sabía hacer lo siguiente: se tiraba una piedra y corría a buscarla; se le pedía la pata derecha y daba la izquierda; su olfato resultaba dudoso, y sentía por los gatos del vecindario una bondadosa indiferencia. Lo que sí realizaba con espontánea decisión, era ladrar al tero del vecino y a los chicos que pasaban por la calle y le gritaban: «Fanny fea, coluda». Principalmente con el tero parecía tener una permanente cuestión personal. El indiscreto avechucho gritaba y la perra se ponía furiosa, abriendo en un ladrido continuo su negra boca de loba.

No adornaban, pues, a esta bestezuela cualidades extraordinarias; pero era dócil, tenía una mirada limpia y tierna y yo llegué a sentir por ella la profunda simpatía que suelen inspirarnos los seres capaces de aceptar pasivamente todas las arbitrariedades de nuestro corazón. En este sentido debo recordar una época en que quedamos solos en la quinta la «Fanny» y yo. Habíanse ido a casa de sus parientes las mujeres, según decía a su cónyuge y a la mía el amigo Cristiñade, y como éste cultivaba el nocturno parrandeo, tocábame a mí ser la única persona que iba normalmente a la quinta después de las tareas del día. Cuando yo

llegaba, la perra «Fanny» estaba en la puerta; gravemente me ofrecía la pata y luego caminaba delante moviendo la hermosa cola. Cumplido este deber de cortesía íbase a tratar su vieja cuestión con el tero del vecino; pero pronto volvía a mi lado.

Yo pasaba el tiempo dando vueltas por la pequeña finca, mirando a las estrellas y sin pensar en nada. Eran unas noches de agosto, claras y tranquilas, de un dilatado cielo en el que parecía palpitar el presentimiento de la primavera. Reinaba un silencio pueblerino, pero de rato en rato se llenaba el espacio con el rumor de los trenes distantes. Algunas veces en un templo evangelista cercano los fieles cantaban, elevando sobre la profunda voz del armonio una ardiente plegaria que parecía expresar un anhelo de perfección y arrepentimiento. En estas circunstancias la «Fanny» se acercaba a mí y se quedaba mirándome con extraña fijeza; y yo no sé si la lírica oración de los evangelistas influía en la angustiosa hosquedad de mi alma, predisponiéndome a la ternura; pero lo cierto es que en aquellos instantes me parecía fraternalmente humana la mirada de la perra. Mas se produjeron todavía otros hechos que aceleraron el obscuro proceso del cariño que luego sentí por aquél animal.

Como a veces hasta los hombres más justos sufren una absurda necesidad de ser crueles, yo, que posiblemente soy un infeliz, me puse una tarde a martirizar a la «Fanny». Sabiendo que era dócil quise probar su paciencia, e hice sobre ella experimentación de todas las calculadas y miserables torturas de que es capaz cualquier pobre hombre atormentado por la conciencia de su debilidad, cuando el azar le presenta una víctima indefensa. Primero le apreté el hocico; pero esto, aunque le hacía sufrir, no enojaba a la perra. Luego tomé un bastón y empecé a darle pequeños golpes en la cabeza. El animal cerró los ojos, y se le encogieron las orejas. ¿Cómo era posible que resistiera? Seguí pegándole con más fuerza, y entonces la perra se apartó un poco. Ah, yo quería saber si acabaría por rebelarse, y grité:

— ¡«Fanny», «Fanny» aquí!...

«Fanny» se acercó, y esto me produjo una desconocida sensación de vergüenza y de ira. Y así fué que ciegamente, con ese malvado furor que tanto se desarrolla en la impunidad, descargué nuevos golpes sobre el animal. Debía pegarle con mucha fuerza, porque la pobre bestia, en un instante, como si se olvidase de sí misma, me mostró los largos colmillos. Esto acabó por idiotizarme más, y le pegué sin tino, hasta que la piadosa fatiga aquietó mi brazo. Luego me senté en un banco y la perra quedó acurrucada, no muy lejos. Una indefinible sensación de tristeza y abatimiento me dominaba; y es que no podía ocultar a mi corazón que la estúpida crueldad con que martiricé al animal constituía un terrible testimonio de mi pequeñez y mi impotencia. Así estuve un rato, y de pronto, sin darme cuenta, pronuncié estas palabras:

— Perdóname, «Fanny», perdóname.

Y entonces fué que sucedió una cosa trivial y corriente, que resultó para mí una revelación. Se dice que los perros son serviles y rastreros y que acarician la mano que los castiga; pero si esto fuera absolutamente cierto, habría que señalar a «Fanny» como una excepción. Cuando yo pronuncié su nombre, como si estuviera esperando mi palabra de reconciliación, se acercó a mí, lentamente. Sentóse mirándome, y en sus ojos castaños no había miedo ni rencor. Era la suya una mirada tranquila de animal bondadoso capaz de comprender y perdonar. Estuvo así un rato y luego me ofreció la pata, como diciéndome:

— Eh... pobrecito, tú también sufres...

Después de este penoso acaecido, la perra «Fanny» se impuso a mi consideración. Me pareció que era un animal digno de respeto, y lo cierto es que entre los dos se estableció esa estimación que suele unir a los seres que llegaron a confesarse recíprocamente sus penas y flaquezas.

Así pensaba yo, y si los actos, aun tratándose de las bestias, tienen algún significado, debo confesar que la «Fanny» no dejó de corresponder a mis simpatías. Hizo lo posible por serme grata, y recuerdo la emoción de profunda y simple cordialidad que me producía su constancia para recibirme a la puerta, a cualquier hora que llegase a la quinta, y ofrecerme su áspera pata con grave deferencia.

Habíamos llegado, pues, a estar unidos por una silenciosa amistad. Pero un buen día el pesquisante Cicarelli tuvo una riña con el amigo Cristiñade, y resultó que hubimos de abandonar aquella casa. Cicarelli era, como se ha sugerido, un policía inferior, y pensaba que a pesar de haber alquilado su quinta, seguía teniendo derecho a gobernar en ella. Esto hirió los principios liberales de Cristiñade, quien quiso pegar al pesquisa.

— El perro infame — me decía — cree que soy un pobre diablo. Pero, bendito Cristo, haré que lo echen del empleo. Yo tengo influencias...

No realizó mi amigo el bello acto de justicia que supone pegar a un mal sujeto, y en cambio tuvimos que buscar nuevo domicilio. En el día anterior al de la mudanza, la perra «Fanny», observando el desusado movimiento de muebles y cachivaches — como si fuera una mujer tocada por el presentimiento de la desgracia — se puso triste y nerviosa. Andaba de un lado para otro y nos dirigía la interrogación de sus ojos implorantes. ¿Cómo, se van a ir? ¿Quizá ha llegado el momento de que regresen Cicarelli y los suyos? ¿Me atarán nuevamente a la higuera?... Vino, en efecto, el pesquisante de tercera, y viendo que la «Fanny» estaba gruesa y linda recordó que era su propietario.

—A este animal hay que atarlo. Venga aquí;—dijo.

Pero la «Fanny» se dió vuelta desdeñosamente, y se fué moviendo la cola. Aquello no gustó a Cicarelli y quiso pegar a la perra. Entonces mi amigo Cristiñade, no pudiendo contener su invariable liberalismo sentimental, gritó:

— Usted no le pegará, porque la perra es nuestra.

La malquerencia que separaba a los dos hombres casi hace crisis en una tanda de puñadas, y, para evitarlo, yo propuse una solución.

— Es cierto, señor Cicarelli, que la «Fanny» estaba aquí, pero nosotros la hemos mantenido durante un año. ¿No ha notado usted alguna diferencia?...

El pesquisa contestó, de mal modo:

— Es cierto que está más gruesa.

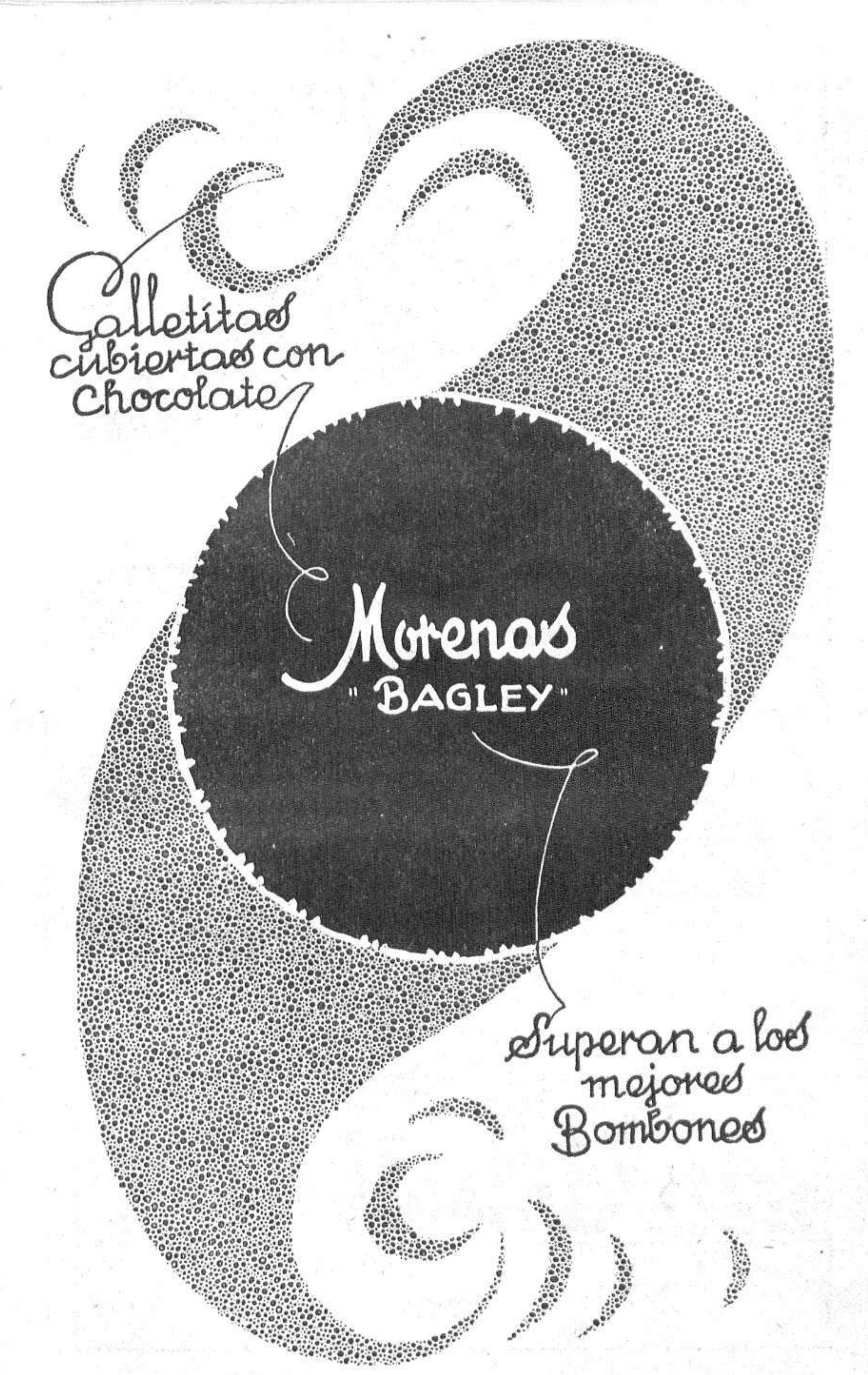
— Bien; entonces — continué — dejemos este asunto librado al instinto del animal. Cuando nos vayamos, nos pondremos en mitad de la calle y usted la llamará. Si no le hace caso y se viene con nosotros, la perra es nuestra.

El carácter salomónico de la propuesta no convencía al tortuoso Cicarelli; pero no había otra solución.

Se hizo, por lo tanto, la prueba... y la perra «Fanny» ladra ahora a los chicos que pasan frente a la nueva casa en que vivimos.

D E L I O M O R A L E S

Cuadro alegórico "El Bazar de Muñecas", integrado por alumnos de la Escuela N.° 3 en la velada infantil organizada por la Comisión Pro Fomento Escolar.

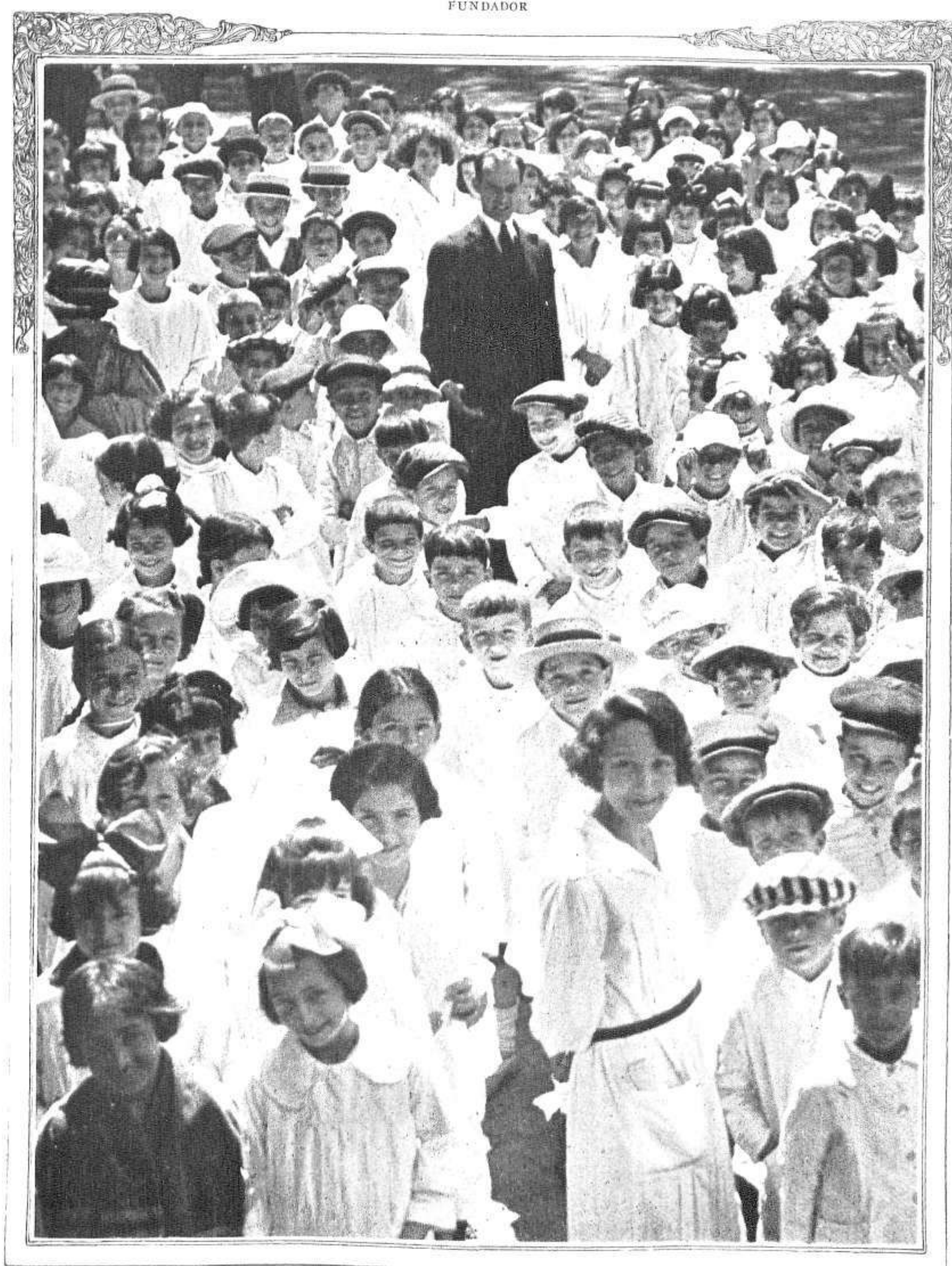

Galletitas cubiertas con chocolate
Morenas
"BAGLEY"
Superan a los mejores Bombones


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 26 DE ENERO DE 1924

AÑO XXVII CARAS Y CARETAS N.º 1321

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



COLONIA DE VACACIONES PARA NIÑOS DÉBILES

LA INAUGURACION ANUAL EN EL PARQUE AVELLANEDA

Siguiendo la humanitaria práctica establecida por nuestras autoridades municipales, los niños de la clase media podrán divertirse a sus anchas por las dependencias del Parque, respirando aire puro y fortaleciendo sus tiernos organismos con juegos y ejercicios saludables en que el sol, el oxígeno y los buenos alimentos harán su obra regeneradora. Sus sonrisas de ingenua satisfacción muestran el agrado con que han acogido las infantiles vacaciones.

FOTO DE VARGAS



Señor Mignaqui y señora.



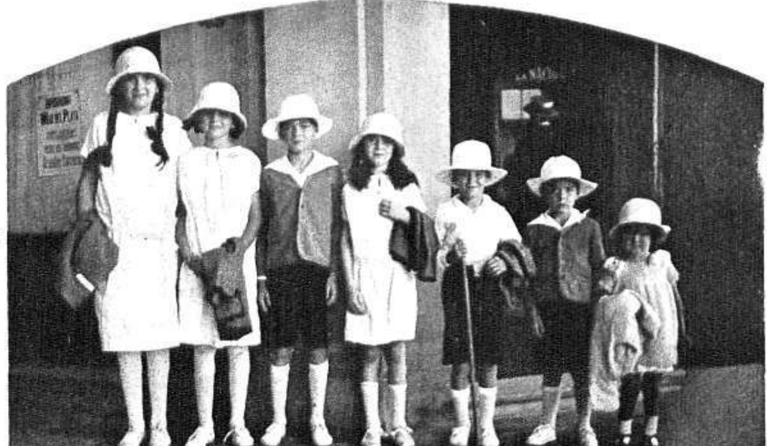
Señora de Eddy, señor Garrow y señor Eddy, gerente del F. C. Sud.



El embajador de Norte América, señor J. W. Riddle y el consejero W. Spencer.



La niña A. Bergalli.



Toda una numerosa aunque «pequeña» familia en «escalera»: Elvirita, Angélica, Francito, Matildita, Federiquito, Ricardito y María Teresa Ayerza Gómez Molina, de mayor a menor.



Beba Carranza Devoto.



Señor Alberto A. Maciel Rúa y señora.

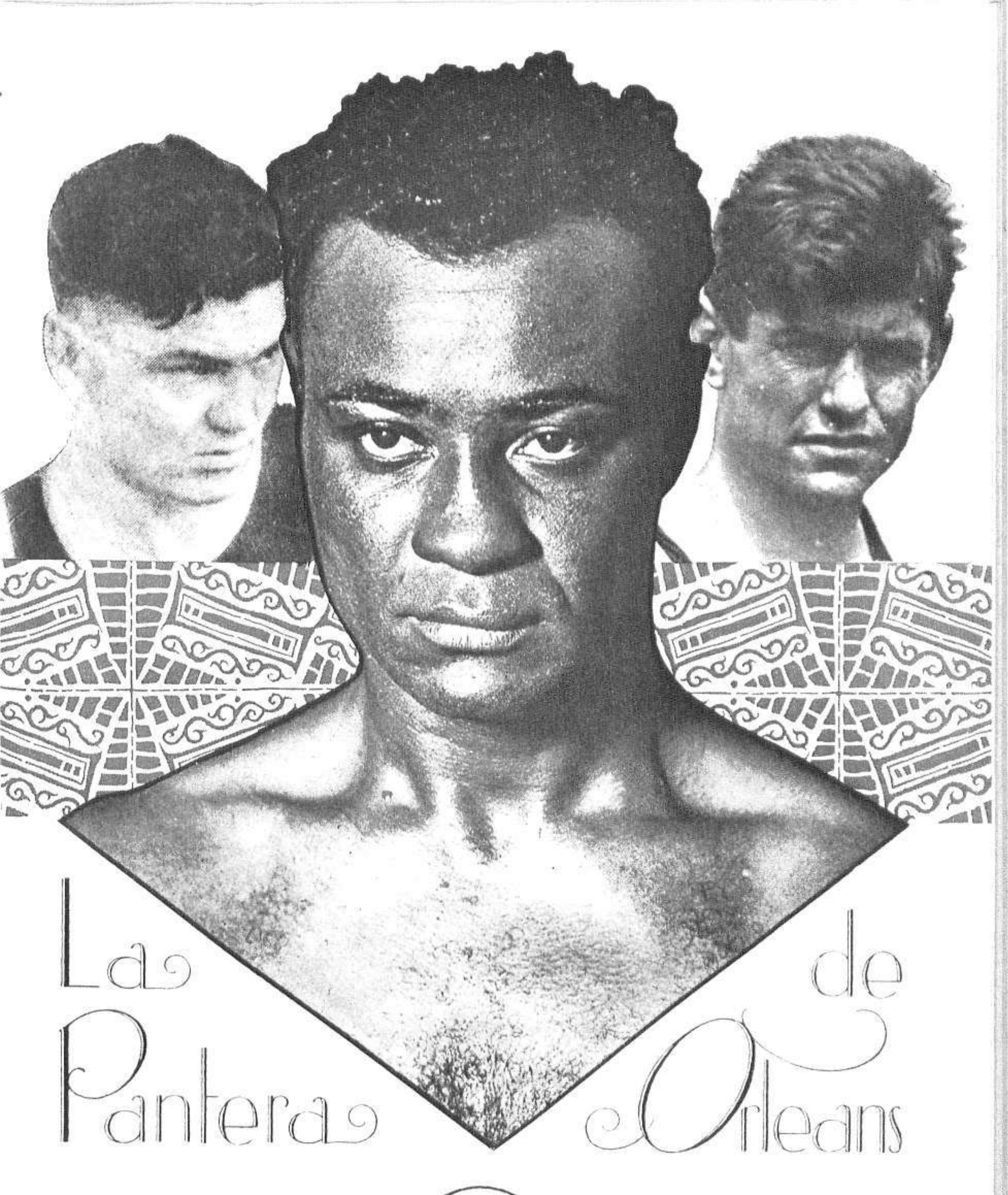


Niños de Alvear, Barreto, Ibarlucea y Gainza Paz, que también han querido remojarse en el mar.

TEMPORADA DE MAR DEL PLATA



Sr. Humberto De Nobili y su hijito.



La Pantera de Orleans

HAY tres puntos en el horizonte boxístico, tres luminosos puntos que han logrado atraer la atención de todo el mundo aficionado al viril deporte: Dempsey, Firpo y Wills, la llamada pantera negra de Nueva Orleáns, de cuya resistencia, agilidad y destreza se cuentan maravillas. Los tres, como potencias que son en el arte del puñetazo, esperan con impaciencia la ocasión propicia para medir sus fuerzas; y aunque parece ser que se trata de prohibir que los negros luchen con los blancos en Norte América, sin embargo, es posible que el temido y elástico combatiente logre medir sus fuerzas contra las de Dempsey, como son sus más fervientes deseos, y luego competir con cuanto adversario «digno» quiera enfrentársele, en cuyo caso tendría que hacerse presente nuestro campeón.

Es una incógnita todavía este tresillo de ases; quién de ellos logrará imponerse es aventurado profetizarlo, pero que la «sombra» proyectada por Wills es capaz de obscurecer cualquier esperanza, por firme y legítima que sea, resulta innegable para los conocedores de las aptitudes del agresivo púgil de color. Las actividades de los «managers» de las dos figuras yanquis y el entrenamiento del argentino, hacen presumir, para un próximo futuro, sensacionales luchas en el «ring», tan esperadas por el público, que tan de cerca y con tanto entusiasmo sigue el proceso deportivo de este terceto.



La señorita Bobbie Breslaw con su gallo "Japonés Cola Negra", que es su mascota y que, además, le sirve de original peineta. La fotografía la sorprende tal como se presentó en la Exposición celebrada en Mádison Square Garden.

Mujeres y Gallos

MITAD por natural ternura y mitad por seguir los dictados de S. M. la Moda, lo cierto es que las mujeres sienten decidida inclinación por los animales que, como los perros, los gatos, los monos y los gallos, son fácilmente manejables en el hogar y saben prestarse complacidos a las atenciones y cariños femeniles de sus dueñas. En efecto; se puede ser muy «animal» y se puede sentir esa rudimentaria virtud que consiste en agradecer, sin dar un mordisco, un arañazo o un picotazo, los mimos prodigados por el delicado sexo débil. En Nueva York, de un [illegible]

«Johnny Dewar», un elegante y presumido ejemplar de albo plumaje y de hermosa cresta rosada que se pone erecta apenas un rival se le atraviesa en el camino.

Azeada Charconie, bella princesa egipcia que se dedica al teatro, mostrando su «Rostand», tipo «chantecler», el primer animal de su raza que se exhibe en N. América.

todas las posibilidades, es frecuente contemplar encopetadas damas llevando en su regazo un «baby» de cualquier familia zoológica, ya sea un chimpancé, un diminuto perrito chihuahuense, un minino de Angora o un orgulloso caballero con espolones, nativo de la rubia Albión. Las artistas, principalmente las de cine, abusan un poquitín de esta noble manía, exhibiéndose con sus mascotas a toda hora y en todo lugar; pero hay que perdonarles tales extremos en gracia a que les sirve de reclamo efectivo, sin el cual ¡ay! muchas «estrellas» se eclipsarían.

La señora R. R. Hamer, dama que concurrió a la exhibición con «Top Notch», un pollo que se llevó un premio y cuyo abundante plumaje es suficiente para rellenar una almohada.



INGENIEROS AGRÓNOMOS

FACULTAD DE AGRONOMIA Y VE


Sr. Heraclio A. Devoto


Sr. Gmo. P. Ecke.


Señor E. R. Ferro.


Señor A. Altgelt.


Señor Isaac Darquier.


Señor Fco. Citarella.


Sr. V. C. Brunini.


Sr. F. Arana (hijo).


Sr. H. P. Apollonio.


Señor Bence Pieres.


Señor Luis Sigel.


Señor A. E. Arias.


Sr. M. A. Fernández.


Señor R. Altgelt.


Sr. Gustavo C. Torres.


Señor Raúl Ramella.


Señor Fco. Arigos.


Sr. Héctor B. Kuhr.


Señor M. Boucher.


Sr. Santiago Graffigna.


Señor Jorge P. Pearson.


Sr. Guillermo Ahumada.


Sr. Joaquín Allende (h.).


Sr. Abel Basavilbaso.

DE PUENTE


Señora Vignola de Martinez e hija.


Doctor Henry y familia y la señorita Molly Ferrari, de excur-
sión [illegible]


Doctor Facio y señora.

EGRESADOS EN 1922

TERINARIA DE BUENOS AIRES






Señor Marcial Zabala. Sr. Jorge E. Wirth. Sr. P. C. Gorostiaga. Sr. F. B. Naugués. Sr. Eduardo Veniard.







Señor Javier Torres. Sr. Félix E. Mathet. Sr. Carlos Ferrari. Sr. B. D. Legeren. Sr. Héctor R. Gaete.







Sr. Luis A. Tagliaferri. Sr. F. Herrmann. Señor José Bayona. Sr. R. J. Fernández. Señor José Isola Tosi.







Sr. Oscar M. Lacasa. Señor Roger Fabre. Sr. Pedro N. Gardey. Sr. Alberto V. Pico. Sr. J. B. de Llamas.







Señor Bruno Santini. Señor Alfredo Arduino. Señor Alfonso La Banca. Señor Blas Gamenara.

DEL INCA



Señora de Ferrari y su hija Molly en la terraza del hotel Inca.




Doctor Henry y señora y los doctores Thompson y E. Fratti en la laguna de los Horcones.



Sr. Héctor R. Brizuela y señora en la cascada bajo el Puente del Inca.

Enlaces



Señorita María Julia Rebollar con el capitán de ingenieros Lorenzo C. Yódice, en la residencia de la novia.



Señorita Magdalena Pastrana Ruiz con el doctor Juan V. Dufau, en la residencia de la novia.



Señorita Blanca Warren Cabral con el teniente 1.º Alejandro Ojeda, en la residencia de la novia.



Señorita Ildara María Goñi con el teniente Juan Héctor Mauriño, en la residencia de la novia.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. HORACIO CASCO

Nuevo Presidente del Concejo Deliberante

por Sirio

Por las condiciones de rectitud y ecuanimidad que tanto correligionarios como adversarios políticos reconocen en el distinguido concejal radical, espérase de su gestión en el delicado cargo, una obra serena, justa y encomiable.



Página de la Moda

LA BELLA MARÍA MINDZSENTY, DANZARINA DE LA ÓPERA VIENESA, LUCIENDO UN ELEGANTE VESTIDO DE VERANO CONFECCIONADO CON SEDA ROSA PÁLIDO, QUE HACE JUEGO CON UN SENCILLO SOMBRERO VERDE Y UNA COQUETONA SOMBRILLA «MODERN STYLE».



HOMBRES CÉLEBRES

CROMWELL

El cervecero británico Roberto Crómwell fué padre de diez hijos. El segundo se llamaba Oliverio y había nacido en Huntingdon el 25 de abril de 1599.

Decía él que cuando niño se le apareció un fantasma augurándole sus futuros triunfos y grandezas. Esto indica la precocidad ambiciosa de Oliverio.

Terminados los estudios primarios, ingresó a los diez y seis años en la universidad de Cambridge, donde estuvo un año solamente, hasta el fallecimiento de su padre. Luego fué a Londres para estudiar Derecho, y se torció, es decir, hízose un muchacho vicioso. Como no podía hacer carrera de él la madre se lo llevó a Huntingdon. Allí estuvo algún tiempo dedicado a divertirse escandalosamente. Sus virtuosos convecinos le señalaban con el dedo y la madre de Crómwell no se cansaba de llorar. De pronto ese pecador, arrepentido, se convierte en un hombre ejemplar, que acude diariamente a las iglesias, estudia mucho y se casa con Isabel Bourchier.

En 1628 los mismos vecinos que tanto habían censurado la mala conducta de Oliverio lo eligen para que los represente en el Parlamento. Como diputado se distinguió poco, realizando una campaña en pro de la libertad religiosa y política de los puritanos. Disueltas las Cámaras, Crómwell vuelve a Huntingdon y en 1630 le nombran juez de paz.

Heredó unas ricas tierras y dedicóse a la agricultura, afiliándose a los presbiterianos, una de las sectas en que se habían dividido los protestantes ingleses. Al estallar la revolución provocada por los puritanos y presbiterianos escoceses, fué elegido diputado al Parlamento por la ciudad de Cambridge. Allí comenzó a demostrar sus admirables condiciones para la política. Rápidamente convirtióse en cabecilla de los diputados rebeldes a las autoridades de Carlos I.

La lucha entre el Parlamento y este monarca, es decir, la Revolución Inglesa comenzó decididamente por aquellos tiempos. Crómwell hizo el sacrificio de toda su fortuna logrando organizar una compañía de jinetes conocidos por los *costillas de hierro*. El Parlamento le nombró capitán y él demostró sus maravillosas condiciones de estratega. Apoderóse de Cambridge y realizó otras hazañas que le valieron el grado de coronel.

Era el alma de la revolución. Recorría los condados al frente de sus jinetes fanáticos y heroicos derrotando a las tropas reales.



Gobernador de la isla de Gly supo dar excelente organización a las fuerzas revolucionarias de numerosos condados. En la batalla de Winceby, en el asedio de York y sobre todo en la batalla de Longmarston Moor, su intervención fué decisiva. Dos terribles cargas de los *costillas de hierro* quebrantaron la resistencia de los realistas que desde esa batalla pudieron considerar la guerra como perdida.

Por disposiciones que él mismo había hecho aprobar terminaba su mando de coronel en 1645.

El Parlamento prorrogó varias veces el plazo, pues Crómwell era el único jefe capaz de dirigir la caballería. Siempre al frente de sus soldados tomó parte en las batallas victoriosas contra el rey. Las Cámaras le concedieron el título de barón y una renta vitalicia cuantiosa.



Carlos I fué sitiado en Oxford, huyendo después a Escocia. Crómwell formó parte de la comisión que obtuvo la entrega del infeliz monarca. Los distintos partidos políticos exigían que se les entregara el rey, disputando entre ellos. Crómwell a fuerza de intrigas políticas logró imponerse, y se apoderó inesperadamente de Carlos I.

Como parte de las tropas republicanas querían pactar con el rey, Crómwell cortó por lo sano, convirtiéndose en dictador. Hizo un Parlamento a su gusto al que obligó a juzgar a Carlos I.

Muchos de los diputados no querían condenar a muerte al exrey, pero Crómwell hizo que Carlos I fuese decapitado.

Apoyado en el ejército que le era adicto, el tirano realizó cosas buenas y malas. La guerra contra Irlanda es un modelo de crueldad, así como las ejecuciones numerosas que mandó hacer. Una junta de oficiales le proclamó Protector de los Tres Reinos.

Comenzó a influir en la política europea. La actual grandeza del Imperio Británico tuvo origen en sus campañas diplomáticas y guerreras.

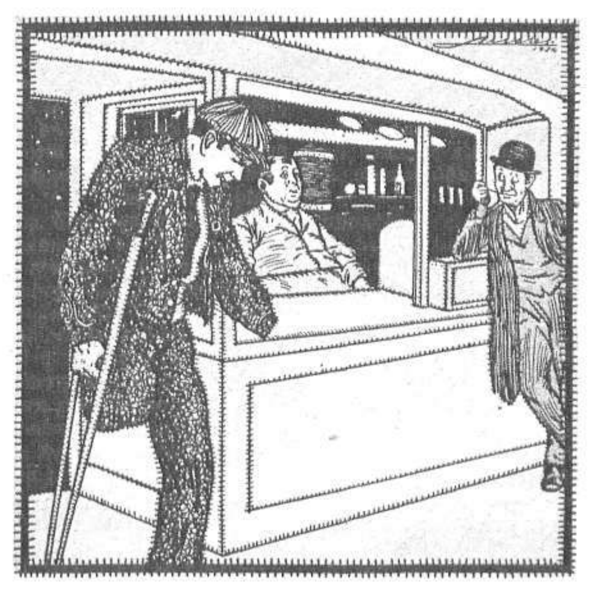
En el interior siguió dominando a fuerza de castigos y de astucia. A veces se amansaba y hacía política tolerante. En 1657 se atentó contra su vida, escapando por milagro.

El Parlamento le ofreció entonces el título de rey de Inglaterra. En vista de que las tropas eran republicanas no aceptó la corona.

Murió el 3 de septiembre de 1658..

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA





ILUSTRACIONES DE BESARES

EL crepúsculo vespertino empezaba a envolver el horizonte, y el barco no llegaba todavía... La gente que allí esperaba la llegada comenzó a dispersarse... Se fué también un chicuelo, vendedor de duros panecillos, y la esposa de un capitán, marchita de rostro... Alejáronse, además, dos ayudantes de oficina, con Marco el ebanista, no sin haber reprendido antes al fondista allí presente, por haberles servido el miércoles la cerveza medio evaporada... Desaparecieron también los cocheros, que se ofrecían a los clientes para llevarles a la ciudad por dos *grosh* de pago... La mayoría, sin embargo, unos por considerarlo «un buen aperitivo» y otros «para desperezar las piernas», se fueron a pie, con el bastón al hombro, y con el pulgar de la mano izquierda hundido en el bolsillo bajo de su chaleco... Ni siquiera la esposa del acaudalado tendero Marinko quiso subir al coche, siguiendo a pie su camino, rodeada de algunas personas que la acompañaban... De vez en cuando volvía la espalda a sus interlocutores, lo que hacía no por descortesía, sino, sencillamente, por lucir su collar de perlas, que resplandecía en su ingenua esplendidez, como lucen miriadas de flores en un prado, o la cinta de plata que forma el río luminoso que lo atraviesa...

Los rayos del sol fueron inundando la vasta llanura del Sava, y encima del terreno, que ya estaba sumido en la penumbra, elevábanse hacia el cielo gigantescas fajas luminosas, como si una mano misteriosa y enorme se alzara hacia el firmamento, abriendo sus dedos erguidos, exactamente como lo representaría un pintor, fuera bueno o malo... El río Sava, cuyas aguas estaban en aquella época tan bajas que casi por todas partes podía vadearse, seguía su curso soñoliento, reflejando sobre su superficie un débil resplandor rojizo, que se filtraba a través de las elevadas nubecillas...

Pocos momentos después, el muelle quedó desierto... Fuera de algunos mozos y empleados de la Compañía de vapores, quedaron en la orilla sólo dos personas: una tocada con un fez y llevando anchos calzones soberbios; otra vistiendo una guerrera y calzando espuelas... La del fez, que no era otra que Blagoie el calderero, había paseado todo el día impaciente de un lado para otro, dirigiendo constantemente preguntas a los transeuntes y moviéndose sin cesar, dando la impresión de un hombre que siente insoportable comezón en todo el cuerpo sin saber cómo aliviarla... Por fin, entró éste en la fonda de la estación. Como si temiera perder la llegada del vapor, salía ansioso a cada momento, clavando su mirada en la vasta extensión en ambas orillas del apacible río...

Su rostro, bien afeitado y reluciente, cuajado de arrugas apenas perceptibles, que recordaban las ligeras fibras que turban la transparencia del ámbar; sus canosos rizos y su blanco bigote, formaban cierto contraste con sus ojos diminutos, de vivo azul claro, los cuales, con vivacidad no exenta de cierta sagacidad, se posaban nerviosamente sobre los objetos que le rodeaban. Durante todo este tiempo seguía sosteniendo su larga pipa entre los dientes, llenándola de vez en cuando de tabaco rubio A cada momento volvía a preguntar a los mozos y a la gente:

—¿Cómo es que no ha llegado el buque?... ¿No hay, acaso, aviso telegráfico?... ¿O tal vez están las aguas demasiado bajas? ¿Estará remolcando el vapor alguna carga muy pesada?...

A estas y otras preguntas contestábanle los mozos y los agentes de la Compañía con la altivez propia de los funcionarios extranjeros, de una manera brusca y ruda.

El capitán, llamado Atanasio Yelichich, permanecía casi todo el día inmóvil en el mismo sitio, apoyándose contra el sable; volvía su cara hacia el lado por donde debía abordar el buque, y sus ojos fatigados vagaban inconstantes por aquel punto, semejantes a dos cubos de ruedas desvencijadas, girando sin fijeza alrededor de sus ejes. En su rostro no se notaba aquella expresión heroica que suele distinguir a un teniente coronel retirado, dando al mismo tiempo la impresión amenazadora de un cielo nublado anunciando la tempestad, que en su furia se lleva las tejas de los tejados y los sombreros de la cabeza de los transeuntes... Su bigote, poblado y fino, recortado de ambos lados; su nariz menuda, pero carnosa; sus ojos de ligero matiz castaño; sus cejas rubias; su mentón redondo y cuidadosamente afeitado; sus mejillas, de tez fina y color amarillento; su boca chiquita, cuya forma denotaba seriedad y confianza; sus manos grandes; el uniforme deshilachado, en extraño contraste con la blancura deslumbradora de su camisa y la nitidez brillante de su sable, todo esto indicaba un hombre noble y ordinario a la vez, una persona de quien se podría suponer que sabía dirigir un rigodón y comer ostras, pero que a nadie hubiese sorprendido que se hubiera vuelto de espaldas a una dama durante la conversación, o que hubiese confundido una servilleta con un pañuelo. Permanecía, pues, sin movimiento, en tanto que el calderero continuaba agitado. Por último, cuando la llegada de la obscuridad se hizo mayor que la del vapor que se esperaba, tanto que ni siquiera el ribete dorado de la gorra del agente podía distinguirse, los dos, malhumo-







rados, volvieron a entrar en la fonda.

— No llega, no llega — dijo el calderero, contrariado como un jugador a quien la suerte es contraria.

— No llega — repitió el oficial, pero con el quedo acento de un funcionario de Estado, que sabe que después de cinco años le espera infaliblemente el ascenso.

— ¡Dios mío! — seguía razonando Blagoie, — quizá... puede que... pero allí supongo que no hay peligro de los turcos... y creo que no habrá podido ser bombardeado el buque.

El capitán permaneció silencioso.

— ¿A quién espera usted? — preguntó el calderero.

— A mi mujer...

— Y yo a mi hijo... Está herido...

Al pronunciar estas palabras estremecióse ligeramente, poniéndose a vaciar rápidamente su pipa, casi llena todavía, y terminada esta operación, volvió a llenarla y encenderla, sosteniéndola siempre entre los dientes.

— Está herido, pero levemente, muy levemente. Su amigo Yele acaba de escribirme una carta... Aquí... y aquí... — y el calderero hizo con la mano una vaga indicación, primeramente al hombro izquierdo, y luego a lo largo de la pierna derecha. — La bala le ha rozado solamente... Acaba de salir de la enfermería con licencia para que se reponga, y luego, con ayuda de Dios, volverá al servicio... Es preciso... Hay que escarmentar a esos paganos... ¡Dios nos oiga!...

— ¿Y qué es su hijo? — dijo el capitán, empezando a interesarse por la historia de su interlocutor.

— ¿Mi hijo? ¿Qué va a ser? ¡Calderero! ¡Oh, si viera usted cómo sabe trabajar! ¡Su brazo aquí, donde ve usted, es más grueso que mi muslo! Aquellos tiempos penosos me obligaron a vender todo cuanto poseía... ¿Para qué me sirve a mí todo eso? Solamente he guardado las herramientas... Estoy seguro de que mientras no falten sus brazos y las herramientas, no nos faltará nunca el pan a los dos, ni aunque fuéramos diez.

— Lo comprendo, lo comprendo — replicó el capitán; — pero quiero decir: ¿qué rango tiene en el ejército?

— ¿En el ejército?... Simple soldado de infantería... ¡Eso es! Estoy cansado de decirle: Tú, amigo, tendrías que hacerte artillero... Que bien podrías arrastrar la cureña con el cañón... Cuando empiezan a rugir las piezas... ¡es un encanto oírlo! Pero no, prefiere la infantería... Dice siempre: «Eso es lo que vale; tan pronto te bates con el fusil como cuerpo a cuerpo...» Da miedo mirarle cuando se enfurece; donde pone el pie, no crece más la hierba.

— ¿Y en qué encuentro ha sido herido?

— La verdad, no lo sé... En vano he indagado... no lo sé... Me lo escribió su amigo Yele, pero ya lo he olvidado... Pone unos nombres tan estrambóticos... ¡He aquí la carta!... En dos batallas ha sido... en dos...

El viejo sacó de su abrigo de pieles una carta grasienta y arrugada, alargándola al capitán, quien la cogió y la leyó a la luz de la vela, en la fonda.

Entraron en el local, donde se veían varias mesas oblongas, manchadas de grasa, las paredes ennegrecidas por el humo y un reloj sucio por las moscas. En la puerta que daba al patio no faltaba la indispensable inscripción: «Buen Año Nuevo», etc., y debajo una nota que decía: «Ilia Sremchevich debe 14 grosh por el aguardiente consumido».

Del techo pendía una lámpara, cuya llama humeaba, filtrando difícilmente su claror a través del cristal, casi completamente opaco por el hollín. En medio del local hallábase una silla de madera, de asiento roto y con una pata que se desprendía del resto de un modo pintoresco.

El capitán se sentó sobre el largo banco, al lado de la ventana, y se puso a descifrar los garabatos del arrugado escrito... Blagoie apartó, ante todo, la referida silla, renegando contra el «monstruo» que le obstruía el paso, y seguidamente sentóse al lado del capitán, arremángandose la casaca y buscando sobre la mesa algún punto donde pudiera apoyarse. Pero, de repente, retrocedió bruscamente al percibir sobre la mesa una enorme mancha rojiza y grasienta.

— ¡Eh, mozo! ¡Eso ya es el colmo! ¡Mira, mira, por favor!... Por poco me mancho la casaca.... ¿Oyes? ¡Ven aquí y limpia eso!

Desde un obscuro rincón avanzó arrastrándose un desaliñado individuo.

— ¿Qué es esa grasa? ¿La ves, burro?

— Pero si esto es una fonda, gazda (1) Blagoie — replicó el interrogado con tan marcada indiferencia, que Blagoie acabó por perder la paciencia.

— ¡Esto sí que está bien! ¡Valiente filósofo eres tú! ¿Crees, acaso, que en una fonda se reunen los cerdos?

El lector caería en una grave equivocación si creyera que Blagoie era un pendenciero. No, ¡vive Dio! Es que en esos momentos hallábase en una excitación febril provocada por su ansiosa espera, y de este modo trataba de distraerse. Entonces encontrábase dispuesto a liarse a palos con cualquiera, aunque le hubiese tocado la peor parte; todo eso sólo para matar el tiempo... No era, además, de carácter muy expansivo; la impetuosa furia con que acometía aquella noche a todo ser viviente que se le ponía por delante no era más que un desesperado esfuerzo para desahogarse de su penosa congoja. En esta situación volvió a insistir:

— ¿Ha visto usted a aquel de la pierna?

— ¿A quién de la pierna?

— Pues a aquel *sin* pierna.

— ¿A quién sin pierna?

— A ese de la muleta...

— ¿A quién de la muleta?

— ¡A ese de la muleta, a quien le han amputado una pierna!

— ¿Y por qué?

— ¡Bah! Dicen que estaba a punto de morir a consecuencia de una herida que recibió en el encuentro de Yavor... ¡Por eso le amputaron entonces la pierna, y hora va sin ella! ¿De modo que no conoce usted a ese de la pierna?

— No le conozco — dijo el capitán — ni le he visto jamás.

— Pero si todo el día se le ve pidiendo limosna a la puerta de la iglesia.

— ¡Hum!

— ¡Ay, Dios mío! — y Blagoie se estremeció. — ¡Quedar así, mutilado! ¡Más le hubiera valido morir! Y, sin embargo, ¡vive! ¡Fuma!... Dice que ya nada le duele...

— ¡Claro!

— Lo único que no me gusta es verle mendigar...

— ¡Pero bien tiene qué comer!

— ¡Lo sé! Pero puesto que la pierna la ha perdido en la guerra, hay que recompensarle... Precisaría decirle: «¡Amigo, bendito seas por haber derra-



(1) Señor.





mado tu sangre por nosotros!...» o algo por el estilo. Ese hombre, no hay duda de que ha perdido una pierna, y anda con una muleta... Es preciso que coma y que beba... También a él le gusta una pipa de tabaco... Es un hombre como otro cualquiera...

El capitán sintióse obligado a dar una aclaración al calderero acerca de la situación de los inválidos.

— Está muy bien que se haya sacrificado en pro de su patria... Pero no por esto puede exigir que le hagan consejero de Estado... Mire usted: Todo hombre que ha derramado su sangre por la patria, debe sentirse dichoso por el hecho de haber defendido a su madre, a su terruño... Todos venimos obligados a servir a nuestra patria, en tanto que ella no debe nada a nadie...

— ¡Bah, conozco esa filosofía vuestra!... Sé, además, aquello de «¡polvo eres y en polvo te convertirás!» Pero vale más, amigo, un poco de comer. Mire usted, ¡causa horror mirarlo!... Hasta aquí le amputaron la pierna... y, después de todo, ¡el pobre no pide más que un pedazo de pan! ¿Y cómo no pedir limosna? ¡Está obligado! No puede labrar, no puede cavar la tierra... Y puede que algunos días no recoja lo suficiente para atender a sus necesidades... ¡Oh, si yo tuviera el poder suficiente, ya sabría qué hacer!... Iría sencillamente de puerta en puerta... Entro en una casa... el gazda está saboreando a la mesa un pastel de nueces... — ¿De modo que estás comiendo pasteles?

— ¡Si! — ¿Y te parece que la sangre vale menos que un pastel? Pero, dime: ¿dónde hay un pedazo para este lisiado? — ¿Y a mí que me importa? — ¡Ah! ¿de modo que no te importa, verdad? ¡Que vengan los médicos! Uno, dos, cinco... cuantos hagan falta... ¡A cortar! ¡Amputadle ambas piernas!... No, no pregunto si es indispensable o no... ¡Seguid cortando tranquilamente! Así... ahora se dará cuenta del estado espiritual de ese hombre...

El capitán quedó convencido de que no había manera de poder entenderse con Blagoie por medio de razones.

— ¡Así es, así es! — replicó con aire corroborativo. — Pero también es cierto que todos estos recibirán el subsidio correspondiente de la Caja de Estado, cuando se acabe la guerra... ¡No hay duda!

— Bueno, bueno, pero, ¿va a recibir realmente lo bastante para no tener que volver a mendigar, a la puerta de la iglesia, o vagar por las ferias? En cuanto a mí, si alguien perdiera por mi causa aunque sólo fuera el dedo meñique, yo... Aquí en cambio, el Estado... ¿Oye usted?... ¡Ha sonado un silbido!



— No oigo nada — replicó el capitán.

— Sí que ha sonado, ¡Vive Dios!

Blagoie salió precipitadamente. Pocos momentos después volvió con aire malhumorado.

— Habrá sido algún cazador de piojos. Como que hay a veces perillanes que se entretienen en hacer silbar una llave... Así por ejemplo, el otro día, cuando mi amigo Sreta iba a Belgrado, aquel pícaro de Miguel se escondió tras una viga, y se le ocurrió dar un silbido con una llave... Todos se levantaron de un salto, hasta el mismo prefecto allí presente... Luego todos volvieron y el prefecto con ellos... ¡Cómo renegaban contra aquel malvado!... También el prefecto renegaba, pero sin enterarse de quién había sido... No, no... no sé, amigo, no comprendo cómo puede venir con tanto retraso... ¿Ha ocurrido eso otras veces? ¡Eh! ¡Mozo! Ven aquí.

El miserable mozo volvió a presentarse.

— ¿Ha ocurrido alguna vez que un vapor se retrasara tanto?

— No sé — replicó el individuo.

— ¿Cómo que no sabes, cabeza de chorlito?... ¿Qué sabes, pues?... ¿Qué hay para beber?

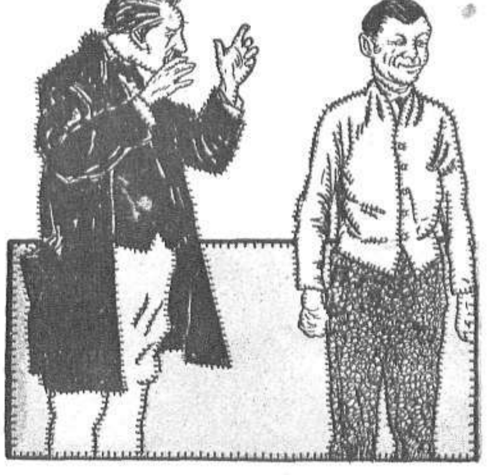
— Todo lo que quiera usted — replicó el interpelado con sonrisa estúpida.

— ¿Bebe usted aguardiente? — preguntó Blagoie volviéndose hacia el capitán.

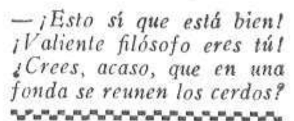
— No bebo...

— Yo tampoco bebo mucho... Pero, ¿qué quiere usted que uno haga en estas circunstancias?... ¡Espere!... ¿No ha sonado otro silbido?

Blagoie se calló escuchando...



— ¡Esto sí que está bien! ¡Valiente filósofo eres tú! ¿Crees, acaso, que en una fonda se reunen los cerdos?



— No... trae aguardiente... Ni siquiera fumar puede ya uno... como si hasta el corazón estuviera ahumado de tanto fumar... ¡Qué malo es ese brebaje!... ¡Qué asco! ¡Brrr!...

Diciendo esto vació el vaso de un trago, y sus ojos volvieron a animarse suavemente en tanto en su semblante se notaba una tranquila seriedad.

— ¡Valiente vapor! Un carro va más de prisa. Avanzando en la grupa de un miserable rocín, ¿dónde estaría uno ya a estas horas?... ¡Bah!... ¡Y con un buen caballo!...

A todos los oficiales de caballería les gusta hablar de equitación, aunque sea con una monja... Los ojos de nuestro capitán se avivaron... De seguro que en aquel momento pensaba en algún potro de pura sangre, ya que contestó:

— ¡En ocho horas lo tiene recorrido!

— ¡En ocho horas! Ya lo creo — dijo Blagoie, aceptando con agrado la afirmación del capitán. — ¿Qué hora tenemos?... Si yo lo hubiera previsto... Sí, pero por otra parte, no hubiera podido cargar a mi hijo en un carro... Por cierto que, según dice su amigo Yele, está herido levemente, muy levemente... Pero ya sabe usted que una herida es una herida... y, ¿cómo voy a acostarle en un carro? ¡Ah! ¡Qué yegua poseía mi maestro!... Ven acá lechuza... Trae más aguardiente... Era más ágil que una corza... Ponía la cabeza así, cuando galopaba...



Diciendo esto hizo involuntariamente



con la mano un ademán exagerado, como para representar un caballo cuyo cuello tuviera rota la crisma.

— Pero, ¿es que no tienes realmente más aguardiente?... Oye ,zopenco; ve a decir a tu amo David que quiero aguardiente... Dile que sea de buena calidad, es para *gazda Blagoie*... Ponía la cabeza así... Había que tener fuertes brazos para manejarla... Tiraba de las riendas hasta más no poder. Cuando emprendía el galope poníase siempre así — al decirlo bajó la cabeza hasta las rodillas — y yo aguanta que aguanta... Y, por último, cuando ya no había remedio, el cuadrúpedo y yo dimos contra un montón de gavillas, o contra un seto o una pared, o lo que estuviera delante. Una vez tomado el ímpetu, avanzó como ciega a campo traviesa, y yo di con la cabeza contra la empalizada, creyendo que yo, la yegua, el carro y todo junto se había ido al diablo... ¡Pero cá! Luego andaba como un corderito... Verdad que no había otro que supiera manejarla como yo... Vidak, que era dependiente de una tienda, iba un día cabalgando a orillas del Sava, para comprar cobre, y la yegua hace así: — Blagoie volvió a poner la cabeza entre las rodillas, con la mandíbula inferior sobresaliente como la de un caballo que muerde el bocado. — Vidak soltó la rienda, dejóse caer en el carro, en tanto que el animal siguió atravesando los fosos y los cerros, en loca carrera... ¡Suena la campanilla!... ¿No es verdad que suena? ¡Cobra, mozo!...

Y salió por segunda vez corriendo... Cuando volvió, de su rostro había desaparecido ya la ansiosa impaciencia de antes, y una estúpida alegría resaltaba en sus ojos, los cuales, como decían los de mi provincia, «empezaban a chorrear aguardiente».

— ¡Qué caballo!, o, mejor dicho, ¡qué yegua!... Mi maestro cargó un día sobre el carro una caja así de grande... — no sé qué intención tenía... — y la yegua, con el bocado entre los dientes, hace así... ¡Qué carrera más loca! Atascóse el carro, las ruedas traseras quedáronse delante del portal, el maestro en medio, y la caja le dió directamente en la cabeza... Las ruedas delanteras llegaron hasta el nogal que estaba delante, mientras la yegua seguía inmóvil junto a la entrada de la casa... Quedamos medio muertos de... pero, ¿por qué me has quitado las cerillas de aquí?... ¡Dame una cerilla!...



El capitán ya no le oía... Sus pensamientos erraban muy lejos, en Kñazhevaz... Allí vivía su mujer, en compañía de su madre, esperando dar a luz... Pero entonces estaban allí los enemigos, los circasianos... Terribles combinaciones pasaban por la mente del capitán... Todas las barbaridades, que habían consumado esos «favoritos» de Europa, surgían, en vivos colores, de su fantasía... Y encima de todo dominaba la desesperada incertidumbre: desde que se fué a la guerra, no recibió más que dos cartas de su esposa, diciéndole que no tardaría en llegar, cuando diese a luz y se restableciese... Desde la última carta, sin embargo, transcurrieron cinco semanas... Entre tanto, los turcos llegaron hasta las sierras de Tresibaba, y los circasianos estarían quizá destruyendo a estas horas su casa, incendiando tal vez la misma casa donde descansaba su esposa... A pesar de ello seguía esperándola... En el hombre hay un viejo resorte engañoso como el azar, que solemos llamar presentimiento. Un jugador de lotería experimenta en cada sorteo el presentimiento de ganar, y, a pesar de todo, una vez realizado el sorteo, no se extraña nunca de que ese presentimiento le haya engañado... Si una sola vez queda agraciado por la ciega Fortuna, trata de hacer creer a todo el mundo que tenía la seguridad de que ganaría, que así lo había supuesto, y no de otra manera...



Y el capitán Anastasio había recorrido en vano ya por tercera vez la distancia de su puesto al embarcadero, después de haber conseguido penosamente el permiso del comandante de su regimiento, y cada vez le parecía que este día no le engañarían sus esperanzas... Pero, precisamente, en este momento le parecía que aquel vapor ya no llegaría... Igual que a Blagoie, invadióle la impaciencia... Trataba de dominar sus pensamientos, desechando todas las negras ideas de su mente. Sentíase trasladado a Kñazhevaz, a su lugar natal, volvía a entrar en su casa, volvía a sentarse a la sombra del nogal, que fué plantado el día del nacimiento del capitán, y que ahora ya ostentaba algunas ramas secas en los extremos de su copa... Allí enterró sus queridos padres; allí, cerca de aquel árbol, acarició por primera vez el ideal de sus ensueños, allí cerca de la casa fué donde entregó a su padrino el «limón de bodas», que significaba, según las antiguas costumbres serbias, una invitación a los desposorios... ¡Oh, qué caro le era todo esto! El viejo armario de nogal, aquellas valiosas prendas procedentes de un botín cogido a algún bajá turco, durante la primera rebelión serbia, el catre medio roto, echado en un rincón de la cueva, detrás del barril; icono que representaba a San Nicolás, con la nariz partida y retorcida de los dos lados en forma de caracol; el traje típico de su madre, con el que fué al altar, y tantas cosas más... Y sobre todo destacábase la cara alegre, graciosa y regordeta de su mujer, y la tímida alegría que experimentaba él con la esperanza de que iba a ser padre... Pero no, no, ¡es imposible! Aunque sean turcos, no dejan de ser seres humanos...

El capitán se pasó la mano por la frente como para desechar aquellos pensamientos.

Blagoie, entretanto, seguía razonando, siguiendo con la mirada fija en el punto





— ¡Lo sé! Pero puesto que la pierna la ha perdido en la guerra, hay que recompensarle... Precisaría decirle: "¡Amigo, bendito seas por haber derramado tu sangre por nosotros!..."



donde se había sentado el capitán al principio.

—Es un gran maestro, ya lo creo, y no desea más que la yegua tenga cría... ¡Vive Dios!... Un verdadero dragón más que un caballo... Pero así...

El capitán seguía escuchándole con la misma indiferencia con que se escucha el monótono son de un péndulo... Ambos parecían haber interrumpido el hilo de sus pensamientos...

El capitán volvió a sentirse trasladado al mismo sitio... Volvió a ver casas incendiadas, y las calles sembradas de cadáveres mutilados...

Hasta cerca de media noche acostóse sobre el banco, cerca de la ventana, lanzando su postrera ojeada sobre la lámpara, cuyo brillo fué debilitándose cada vez más, aumentándose gradualmente el mal olor que despedía, y luego, mirando a Blagoie que estaba roncando con la cabeza metida entre las rodillas, y con las dos manos extendidas hacia delante, como si sostuviera las bridas de su caballo.

El capitán trataba en vano de dormirse... Su sueño se lo habían robado los circasianos... Empezaba a alborear cuando acabó por conciliar un ligero sueño... De repente oyóse en el silencio sepulcral de la noche el chapoteo uniforme de las ruedas laterales de un vapor, y el vociferar de los marineros que estaban ocupados en elevar agua en la proa... Inmediatamente después hendió el aire el son del pito de mando, despertando al personal acostado sobre la barcaza que sostenía el desembarcadero... El capitán levantóse de un salto, dejando chocar su sable ruidosamente contra el suelo. También Blagoie movióse bruscamente.

—¡Ya te domaré! —exclamó haciendo un movimiento como si volviera a tirar de las riendas... Luego se durmió de nuevo...

El capitán salió agitado de la posada al fresco aire matinal... Apenas respiraba, sintiéndose dominado por un ansia indecible...

Corriendo llegó a la barcaza del desembarcadero, cogió el cable, que le fué echado desde el vapor que se aproximaba, y púsose a tirar de él...

Al momento, cuando iba a amarrarlo en la argolla, advirtió entre el gentío una mujer que sostenía en alto la cabeza de un niño en pañales...

El capitán lanzó la cuerda hacia los mozos de servicio, los cuales quedaron asombrados de la actividad del oficial... El capitán tambaleóse y poco le faltó para desplomarse y caer al agua. Y cuando, en aquella confusión y barullo su mujer colgósele de los brazos, entregándole a su hijo, las lágrimas saltaron de sus ojos y empezó a cubrir de una infinidad de besos el rostro mofletudo del nene, el cual, por su parte, mostrábase harto satisfecho al encontrarse cara a cara con su padre hasta entonces desconocido...

También la esposa prorrumpió en llanto... ¡ya se sabe!... Lo propio hizo otra mujer de edad que la seguía... es lo indispensable en tales casos... y, por último, también el nene comenzó a lloriquear.

Rápidamente atravesaron la pasarela, apartándose hacia un lado para dejar pasar a los demás viajeros, los cuales atropellábanse unos a otros luchando por cargar sus equipajes, puesto que en aquella hora temprana no se veía aún ni un coche ni un mozo de cuerda...

El capitán hubiera querido dirigir una infinidad de preguntas a su mujer, pero las palabras se le morían en la garganta... Por último recobró el habla y exclamó:

—¿De modo que vives aún, eh?

Al decirlo cogióla del brazo como para cerciorarse de si todo aquello era una realidad...



—¿Y tú, pequeñín?... ¡A mis brazos, héroe! ¡Cuántas cosas imaginé de vosotros! ¡Dios mío, Dios mío!

¡Sosteniendo a su hijito en los brazos, frotóse los ojos con la manga de su guerrera!...

—Sabía, perfectamente, que llegarías... Mis cálculos no han fallado. ¿Y mamá?...

En aquel momento divisó a una anciana cerca de él y tendióle la mano...

—¡Alabado sea Dios, pues que vuelvo a veros buenos y sanos! ¡Qué contento estoy!

La anciana prorrumpió en llanto...

—Estamos lejos de estar bien, querido hijo... Nos quedamos sin hogar y sin vivienda...

El capitán sintió como si una mano helada le hubiera agarrado de pronto el corazón, soltándole con la misma rapidez: en aquel mismo instante vió avanzar por la pasarela a un mutilado que vestía sencillo uniforme militar, al cual le faltaba la pierna derecha y la mano izquierda...

—¡Silencio! —exclamó el capitán, y un gran asombro se dibujó en su rostro... En al acto entregó el niño a su mujer, corriendo al encuentro del inválido... Sosteniéndole con la mano debajo del brazo, le ayudó a pasar un travesaño que obstruía la pasarela...

—Pero, ¿no eres tú el hijo de *gazdza* Blagoie?

—Ciertamente, señor capitán, —contestó el interrogado, volviendo a acompasar la muleta con la pierna sana y haciendo el saludo militar... Pero al saludar desviósele la muleta, viéndose obligado a cogerse de una señora que pasaba por delante, llevando una cesta y seguida de un perro, la cual lanzó un grito, apartándose a un lado...

—¡Aquí está tu padre! Espera un momento, que le avisaré...

El día apenas había amanecido, y los viajeros quedáronse esperando indecisos en el muelle, dirigiendo su atención instintivamente hacia aquella escena...

El capitán adelantóse hacia la posada para despertar a Blagoie... El gentío apartóse hacia ambos lados dando paso al inválido. Era un mozo guapo y robusto, de facciones viriles, y una sonrisa melancólica en los labios... Todo lo había poseído: la fuerza, la salud y la hermosura... Pero ahora era un ser inútil... como un precioso jarrón de porcelana destrozado...

Avanzó ligeramente, seguido de la capitana con el niño en sus brazos y de la anciana, y, por último, acompañado de los demás viajeros, guardando profundo silencio, como si se tratara de una comitiva fúnebre...

En aquel momento Blagoie, con la cabeza descubierta, salió de la fonda.

Acudió el capitán agarrándole de un brazo.

—¡Alto! Está gravemente herido, muy gravemente herido...

—¿Gravemente? ¡Cómo! ¿Quién lo dice?... Si aquí tengo la carta de su amigo Yele...

Y mirando ávidamente en torno suyo, adelantóse hacia el inválido, deteniéndose al borde del grupo.

—¿Dónde está?

—¡Padre! —exclamó el soldado en tono cariñoso, dando media vuelta sobre la única pierna que le quedaba y manteniendo el equilibrio con su muleta...

—¡Padre! ¡Aquí estoy!

Blagoie volvióse con la rapidez del rayo, encontrándose frente a frente con su hijo... Le miró, le miró... y de





súbito se desplomó. Abandonando sus quehaceres acudieron todos a prestarle auxilio, rociándole con agua las sienes... La mujer de la cesta y del perro acercósele y le hizo aspirar cierto líquido... Pronto volvió en sí y logró sostenerse. Ante todo enjugóse el rostro, húmedo por el agua que le habían echado, y luego estrechó entre sus brazos a su hijo con tanta vehemencia como si temiese que se le escapase.

Durante largo rato permaneció así... Y luego, después de haberse separado de él, quedóse mirándole fijamente a los ojos, sin atreverse a bajarlos al sitio en que antes se encontraba la pierna...

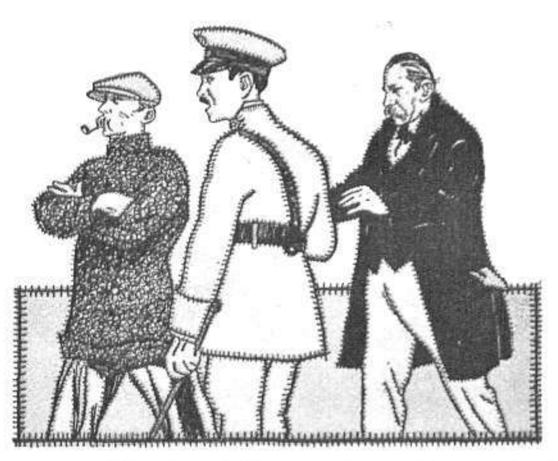
—¡Alabado sea Dios, al menos te encuentro vivo! Todo se arreglará... Y eso — añadió, cogiendo la muleta — la nación te lo cubrirá de oro... ¿no es verdad, hermanos?

Todos se apresuraron a confirmar estas palabras... ..

—Yo seré el primero en obsequiarte — dijo el capitán examinando sus bolsillos, sin encontrar más que algunas monedas de cobre; — te doy mi reloj y mi cadena... ¡ahí va!

—Gracias, señor capitán — exclamó el soldado, volviendo a saludarle militarmente. — Tómalo, padre; me falta la otra mano...

—Mira, yo te regalo mi pipa de ámbar... Vale dos ducados... — dijo acercándose Stevo, un empleado de comercio.



Blagoie volvióse con la rapidez del rayo, encontrándose frente a frente con su hijo... Se miró, le miró... y de súbito se desplomó.

—Gracias, hermanos... ¡Toma, papá!

—Eso es de mi parte, para tabaco — añadió el tendero Marinko, alargándole unos cuantos ducados.

El soldado, sosteniendo penosamente la muleta, descubrióse, ofreciendo su gorra al donante, para que en ella echara las monedas...

—Gracias, hermanos... ¡Toma, padre!

Blagoie cogió con ambas manos el kepis, echando dentro los regalos recibidos.

Los circunstantes, uno por uno comenzaron a desfilar, depositando sus obsequios en el kepis que Blagoie sostenía... Entre la gente había también varios acaudalados rusos, de «innata magnanimidad», como ellos dicen, los cuales con indiferencia contribuyeron con sus dádivas...

El soldado seguía expresando continuamente su agradecimiento...

— ¡Gracias, hermanos! ¡Gracias, hermanos!...



Pero su voz iba velándose cada vez más... Aquellas palabras empezaban a adquirir el ritmo pausado y monótono de las de un mendigo ciego en la feria... Y el infortunado sintió por vez primera, con toda la dureza de una irrefutable convicción, que era un mendigo y un ser inútil... Por último, de sus ojos brotaron lágrimas abundantes y silenciosas, como lluvia de primavera...

—¡Bah, bah, bah! — dijo Blagoie. — No hay que llorar por tal pequeñez... Total, ¿qué? ¡Una pierna! ¡Ja, ja!... Todo esto volverá... — Casi iba a decir «a crecer», pero detúvose a tiempo. — Todo esto volverá... Pero, ¿no te dije, acaso, que la nación te la cubriría de oro?

Mas de repente también él mismo rompió a llorar...

—Pero, ¿qué significa todo esto?

Al decir estas palabras tiró al suelo la gorra llena de dádivas dirigiendo una mirada al cielo, como si de las alturas esperase una contestación.

—Vámonos de aquí — dijo la esposa del capitán. — Aquí no hay más que desgracias, mientras nosotros... — Y sin acabar la frase miró a ambas piernas de su esposo y luego la carilla mofletuda de su hijito. — Somos, gracias a Dios, dichosos, inmensamente dichosos...

Después Blagoie y su obsequiado hijo fueron llevados en un carro a la ciudad. Gentes compasivas seguían agasajándoles de vez en cuando... Sin embargo, los ojos de las gentes acostúmbranse poco a poco a ver miserias humanas... Todo se va desvaneciendo... el entusiasmo, el amor, el sentimiento del deber, y hasta la compasión, y nadie vuelve a acordarse de esos sentimientos... Como nadie reconocería a aquel potro del vecino Topuz, que, habiendo ganado tantas carreras tiraba de una noria...

El capitán volvió a reconstruír su casa en Kñazhevaz... Por más que, según decía la gente, parecía un juguete de cartón, aquella casa cobijaba a su mujer alegre y contenta y a su hijo rebosante de salud, que se entretenía en tirarle de los bigotes...

En cuanto a Blagoie, aun repetía de vez en cuando aquello de «todo eso, la nación te lo cubrirá de oro...

El pobre acabó por darse a la bebida y murió en breve...

Y su hijo, por más que recibiera una «pensión» de la Caja de Inválidos, sigue mendigando...

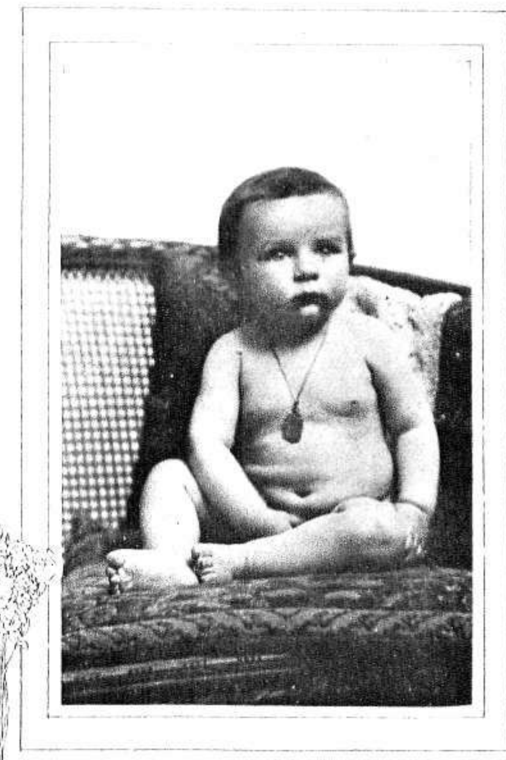
También ustedes, si quieren, pueden darle una limosna. La mía es este relato.



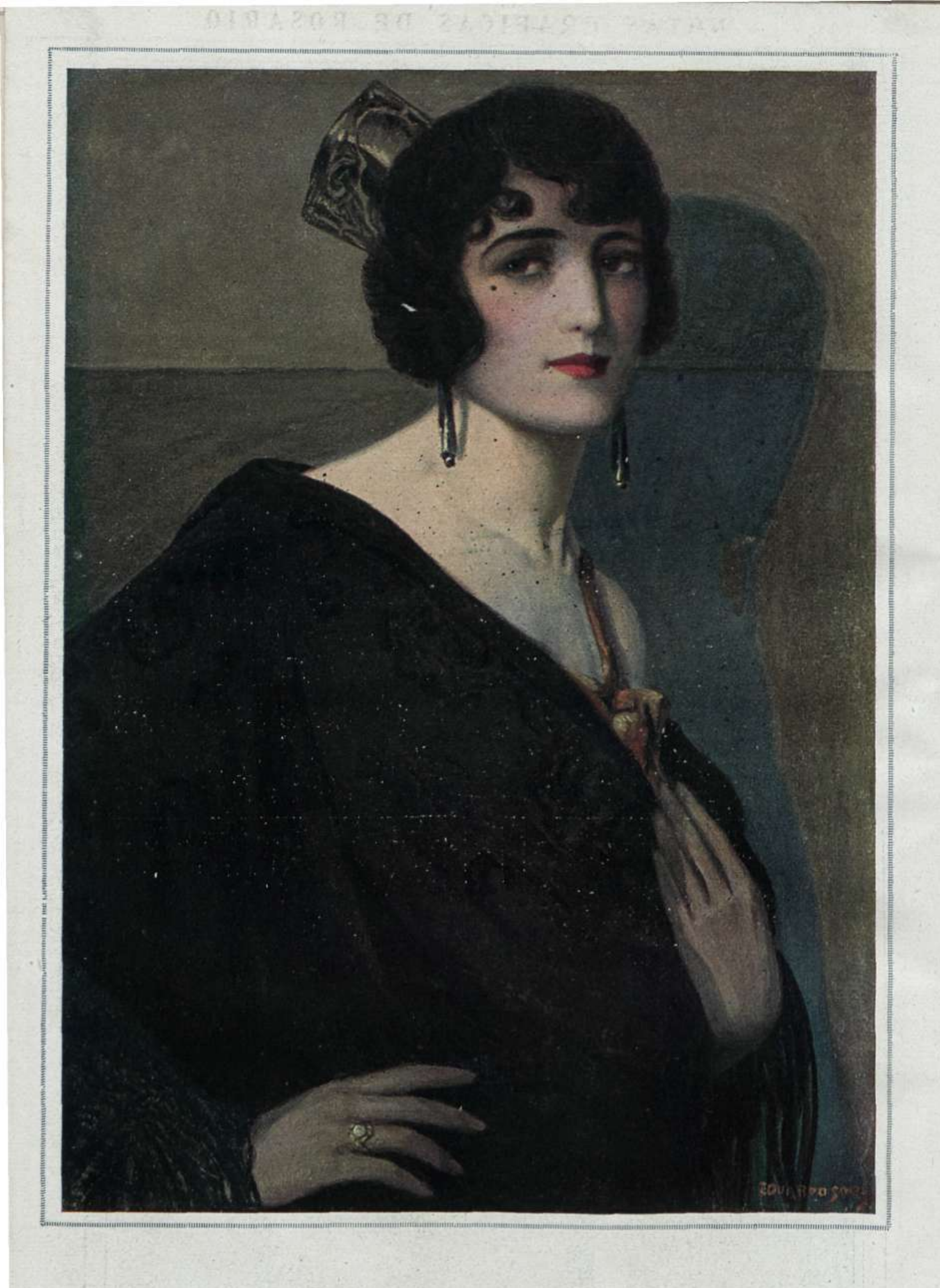
Página Infantil

Concepción Luisa Rosa y Delia Tortosa





Mayde Clementina Lozzia — Alberto Achaval Lastra



C A R M E N

Oleo de EDUARDO SORIA

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



El doctor Indalecio Cappa, delegado del Touring Club Italiano, rodeado de parte de los concurrentes que escucharon su conferencia en el Círculo Italiano, a cuyo acto asistieron caracterizadas familias y las autoridades locales.



El señor José Frías, presidente del directorio local del F. C. C. A., el ingeniero señor A. Capdevila y el intendente, señor Cardarelli, y otros personajes durante la visita a los terrenos donde se construirá una nueva estación.



El doctor Luciano Molinas, candidato a gobernador, leyendo su plataforma.



El doctor Lisandro de la Torre, pronunciando su discurso durante la proclamación de la fórmula gubernativa del partido Demócrata que se verificó en el teatro Colón.



Discurso del candidato demócrata a vicegobernador, señor Fernando Pessan.



Nuevas maestras egresadas el año pasado del 4.º curso B. de la Escuela Nacional de Profesoras N.º 1, las que celebraron una animada reunión en el Palace Hotel para festejar el acontecimiento.



Señorita Angélica M. Rossetti con el señor Luis A. Torres.



Señorita Alcira Argumedo Fraire con el señor Claudio Alonso.



Enlace Palenque - Antelo, celebrado en la residencia de la novia.

Homenaje al Dr. Ricardo Rojas



El ilustre autor de la "Historia de la Literatura Argentina", con su esposa y las doctoras María I. Mendoza de Rodríguez y Amelia Lagorio y las señoritas Lola M. Clara, Serafina C. Ferrari y María Luisa Eiras que, formando la Comisión de homenaje femenino organizado por las alumnas y egresadas de la Facultad de Filosofía, le entregaron en su domicilio particular el álbum y la medalla de oro, con motivo de haber merecido el Primer premio Nacional de Letras.

53.º aniversario de la fundación del Imperio Alemán



Señoritas que tuvieron a su cargo la organización de algunos interesantes números del programa llevado a cabo en la Sociedad Rural para festejar la histórica fecha.



Concurrencia que llenaba la gran pista de la institución durante la velada en que la colectividad alemana y numerosas familias argentinas celebraron el acontecimiento, pronunciándose discursos alusivos y realizándose ejercicios físicos por los socios de la Neuen Deutschen Turnvereins y de la D. T. del Dock Sud.

Inauguración de un Consultorio Odontológico de la Liga Patriótica Argentina





Comisión de damas y familias que fueron invitadas al acto inaugural del Consultorio establecido por la Brigada 44.ª. — Delegados de la Junta [illegible] nueva sala.

El nuevo presidente del Banco de la Nación Argentina



El doctor Rafael Herrera Vegas, exministro de Hacienda, rodeado de los directores de nuestro primer establecimiento bancario, después de haber tomado posesión del elevado cargo. Su designación ha sido recibida con beneplácito en todos los centros similares del país, por ser el elegido una de nuestras figuras financieras de mayor competencia y responsabilidad.

Demostración al ingeniero Federico Alvarez de Toledo



El expresidente del Banco con altos funcionarios y demás empleados, en el significativo y cordial acto en que le ofrecieron una demostración de simpatía con motivo de su renuncia para desempeñar la Legación argentina en París, nombramiento que le fué otorgado recientemente por el Poder Ejecutivo.

Pianista italiano



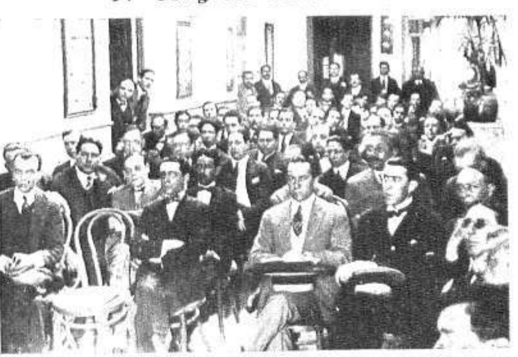
El notable "virtuoso" Marcello Boasso, que ha dado, con excelente éxito, un recital en honor de la Asociación Progenie d'Italia, interpretando a celebrados autores italianos.

Cuantiosa recaudación en la D. de Rentas



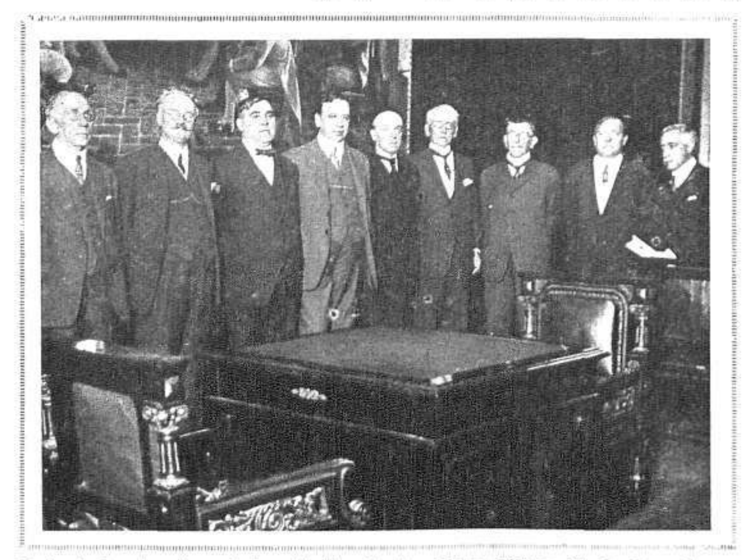
Enorme gentío congregado en la Oficina de Recaudaciones el último día del plazo concedido por la Municipalidad, en que el ingreso ascendió a pesos 1.555.841,50.

IV Congreso Mutualista



Delegados de Correos y Telégrafos en la apertura del Congreso que se celebró en el Dispensario Antituberculoso, con el fin de adoptar importantes resoluciones.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS

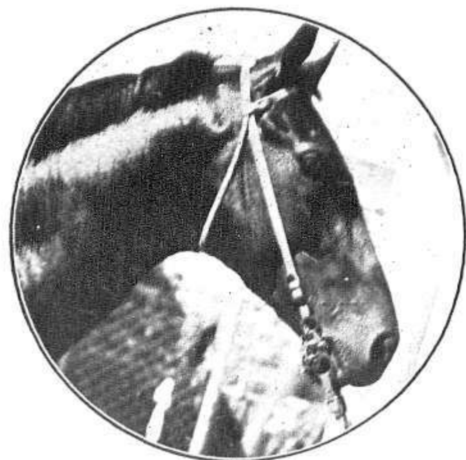


De izquierda a derecha. — Señores Abella y Escobar, Moller del Berg, Claudio Viera, Genaro Gilbert, doctores Emilio Barbaroux, Duvimioso Terra y José A. de Freitas, que fueron elegidos miembros de la Alta Corte Electoral.

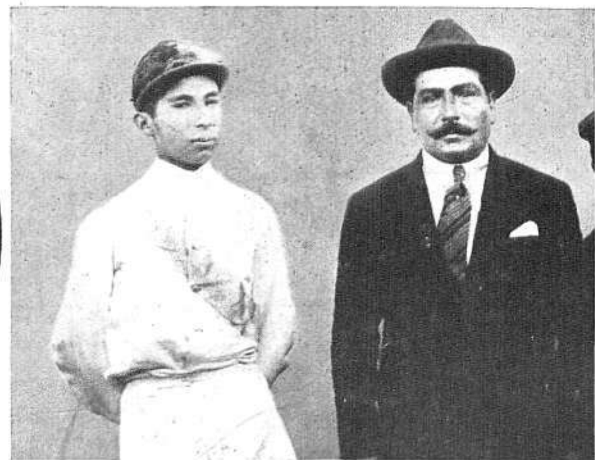


El corredor argentino Cosme Saavedra, ganador del campeonato ciclista de resistencia del Río de la Plata.

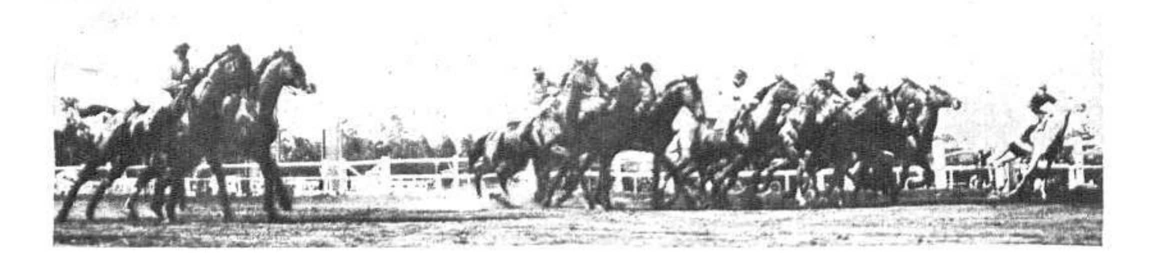
El Premio Benito Villanueva en Maroñas

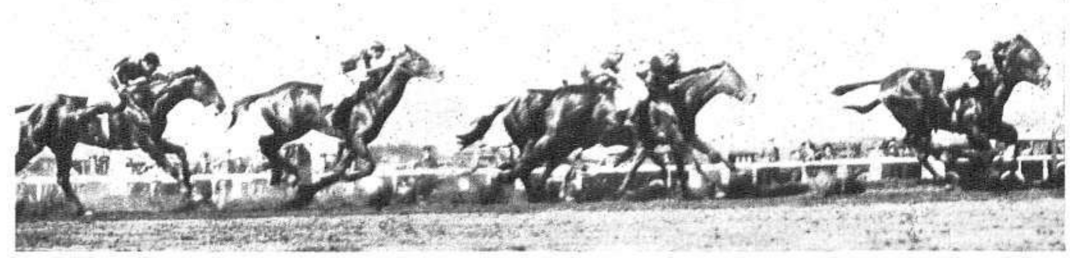


Brown, por Saint Wolf y La Gatita, ganador del importante premio.



Los héroes de la jornada: Naciano Moreno, entraineur del vencedor, y Sebastián Ruiz, que lo condujo brillantemente a la victoria.





Dos aspectos interesantes de la clásica prueba. La largada, en la que se ve a Brown en la parte contraria a los palos y a los competidores al pasar los 2.500 metros, con el ganador en la punta.

MOTOCICLISMO

La gran carrera de las XII horas



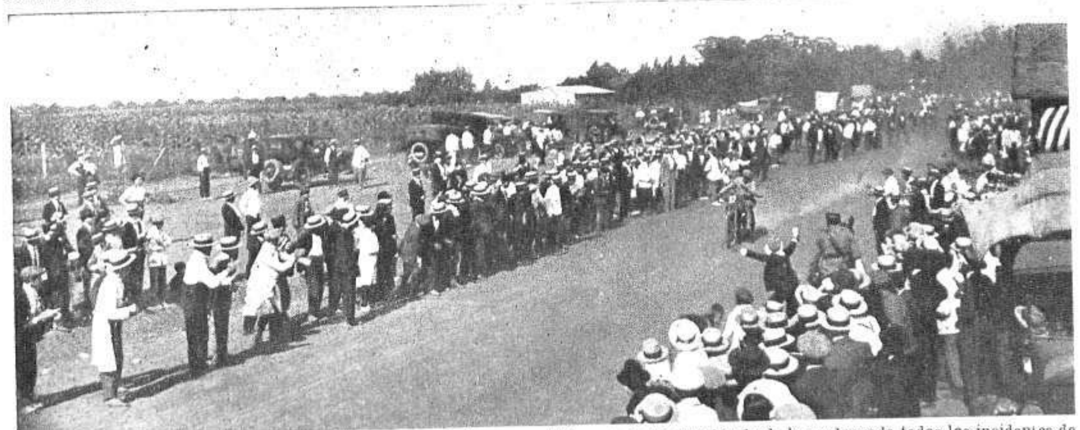
Ernesto Blanco, ganador de la Copa del Club Español, por haberse clasificado primero en la 10.ª vuelta, empleando 25'46'' con un promedio de 94 kilómetros por hora.



Antonio Gaudino, el hábil motociclista vencedor de la extraordinaria prueba batiendo todos los records marcados hasta la fecha, recorriendo 916 kilómetros.



Pedro Perelló y su acompañante, que consiguieron la victoria en la categoría de motosidecars con un recorrido de 806 kilómetros.



Gaudino pasando con su máquina la última vuelta. El inmenso público que había seguido desde la madrugada todos los incidentes de la carrera y que ya descontaba a este corredor como el vencedor, le prodiga a su paso grandes aclamaciones de entusiasmo. La realización de la prueba que tanta espectativa despertó, se vió algo deslucida a causa de la ausencia de los dos famosos corredores españoles Mateo y Naude, pues debido a un accidente el primero abandonó el tomar parte desde el principio, y el segundo sufrió una indisposición cuando llevaba 6 horas.

Llegada de boxeadores extranjeros



Los pugilistas Barrik, francés, peso pesado; los italianos Palmas y Pegazzano, peso pluma y peso „welter"; Gag, Leiga, peso pluma; y el inglés Kid Francis, peso gallo, y sus respectivos „managers", que llegaron a bordo del vapor Alsina y cuyo viaje obedece a propósitos deportivos.

FOTOS DE ARROYO

LA "REVOLUCION"

UN grupo de hombres del pueblo capitaneados por un espíritu audaz y revoltoso e influído por pasiones políticas, logró promover un movimiento sedicioso de cuyas consecuencias, sin duda, no se daban cuenta en su inconsciencia. El acontecimiento tuvo lugar en un apartado pueblo de la pro-

El ya famoso jefe de la "chirinada", Arturo S. López Dozo, fotografiado en la comisaría pocas horas después de su arresto.



Las ironías del Destino. Un "caudillo" que creyó cubrirse de gloria y fama, reducido a la categoría de un simple mortal a quien ponen de plantón por portarse mal. A su lado se halla el sargento de la "revolución" Segundo Montoya.



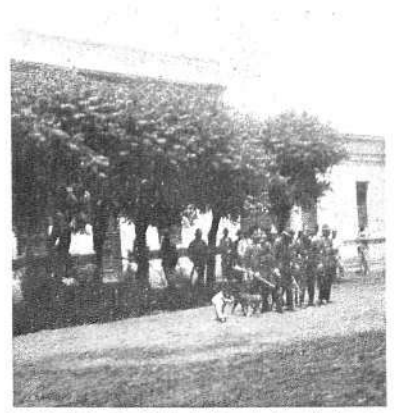
El cadáver del "revolucionario" Rosendo Almada (a) "El Mataco", la primera víctima.



Rancho donde fué detenido el bélico personaje que comandaba el grupo de ciento y pico de "asociados", a todos los cuales logró la policía someter a la obediencia.



Ceferino Díaz (a) "El tigre Cordobés", segundo jefe de la "revolución", gravemente herido.



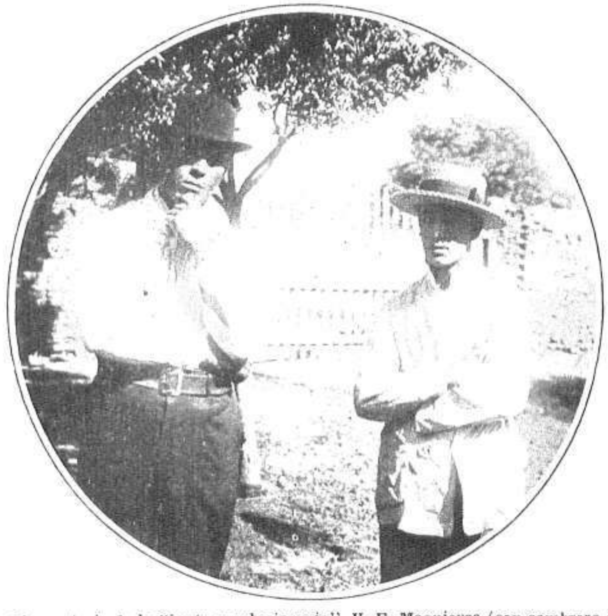
Frente de la comisaría de Canals después de ser "reconquistada".



Fuerzas de Guardia-Cárceles de Córdoba al desembarcar en la estación de Bell Ville, llamadas urgentemente por las autoridades locales para reprimir el fracasado movimiento de protesta.

EN CANALS

vincia de Córdoba y la policía, obrando con eficacia y actividad, reprimió enérgicamente la «chirinada», habiendo que lamentar un muerto y varios heridos. El titulado jefe del movimiento, así como otros cabecillas y numerosos individuos pertenecientes al mismo, fueron hechos prisioneros.



El secretario de la "junta revolucionaria", V. E. Maquieyra (con sombrero de paja), y Britos, vocal de aquélla, con el cual fué a dar a la comisaría de Escalante.



Otro de los cabecillas: Cruz Pereyra, reducido a prisión después de haberse resistido tenazmente.



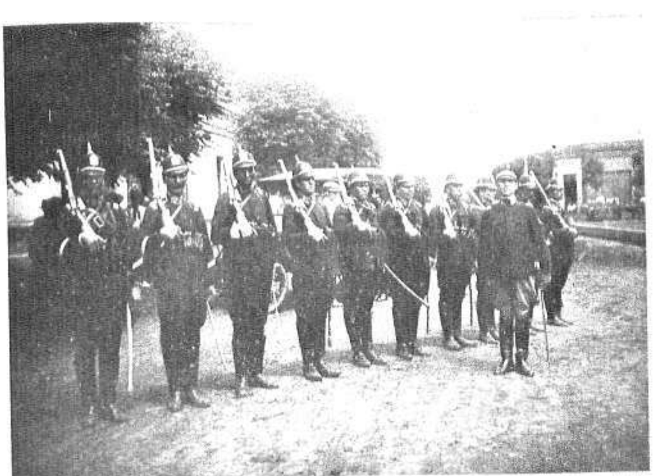
Manuel Bordalonga, otro de los detenidos y lesionados.



Parte de las "fuerzas rebeldes" derrotadas, esperando turno en la comisaría para ser interrogadas por las autoridades.



El doctor Bosch, médico de policía que curó a los heridos.



Los soldados del escuadrón de Córdoba al mando del segundo jefe, señor Elpidio Games, de brillante actuación en los disturbios promovidos en la apacible localidad.



Señor Rafael Campos, jefe político del Departamento de Unión, acompañado del subcomisario Elpidio Games.

Tragedia familiar en una casa de vecindad



La anciana Elena Tenembau de Medvenen, muerta.



El asesino Nachman Rusch al llegar a la comisaría, poco después de cometido el crimen. Su aspecto tranquilo y sus declaraciones demuestran un temperamento desalmado.



María Medvenen, hija de Elena y cuñada de Rusch, herida.

Enfurecido porque su suegra le reprochara, una vez más, que sino trabajaba y producía no volviera a presentarse en la pieza que ocupaba la familia, de nacionalidad rusa y compuesta de nueve personas en la mayor miseria, Nachman Rusch, casado con una de las hijas de aquélla, llamada Sara, se apoderó de un cuchillo de aguda punta y se abalanzó sobre la primera, hiriéndola, logrando ésta huir hasta el patio y gritar en demanda de socorro; y entonces María, otra de sus hijas y cuñada del agresor, se interpuso entre ambos, recibiendo cinco puñaladas, mientras su madre, de nuevo acuchillada tres veces, se desplomaba sobre el pavimento y fallecía casi en el acto. El asesino, al ser detenido sin oponer resistencia por el cabo Vicente García, de la comisaría 9.ª, declaró no estar arrepentido de su crimen, pues tanto su suegra como su cuñada María le tenían cansado y «en la cárcel estaría mejor». La última fué internada en el Hospital de Clínicas con heridas de relativa gravedad. Todos ellos habían llegado al país hace pocos meses en calidad de inmigrantes.



Patio de la casa de vecindad de la calle Juan Jaurés 591, en una de cuyas piezas vive la familia rusa Medvenen. En el fondo fué donde cayó la infeliz mujer y donde fué herida de alguna gravedad su hija María.

Discusión que termina en drama



Agente de policía José A. García, victimario.



Francisco Forno, la víctima.

Una simple contravención cometida por Forno y censurada por García, dió origen a una violenta discusión tras la que este último extrajo su revólver con el propósito, según él, de intimidarlo por su actitud agresiva, pero tan infortunadamente que el tiro disparado lo hirió mortalmente en la región ...

Maleantes heridos



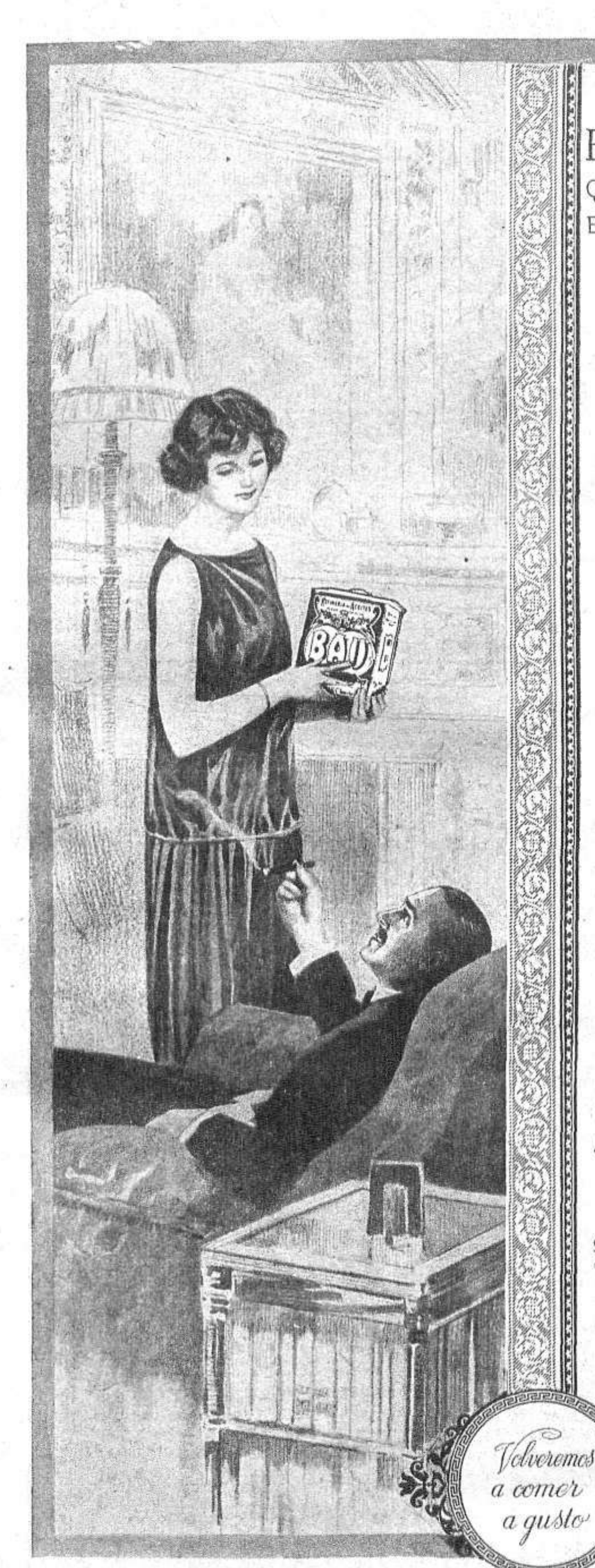
Carmelo Cicarelli.

Herido en una pierna, a estar por su declaración, accidentalmente, pero según la creencia de la policía debe haberlo sido ...



Aníbal Blanco (a) El Pibe Aníbal.

Gravemente herido, cuando se hallaba con su concubina en las calles Sarmiento y Callao, por varios individuos que descendieron de un automóvil.



ESTO ES LO QUE QUIERE EL PÚBLICO:

QUE NO LE DEN UNA COSA POR OTRA DENTRO DE LA LATA.

LA MARCA BAU VENDE MIENTRAS HAY LA MISMA CLASE DE ACEITE Y DEJA DE VENDER CUANDO FALTA. NO DA UNA COSA POR OTRA.

POR ESTO EL PÚBLICO NO QUIERE SABER NADA CON OTRAS MARCAS TAN PRONTO VUELVE A ENCONTRAR ACEITE BAU.

PRECIOS DE
ACEITES PUROS DE OLIVA
EN EUROPA

Cotizaciones en Tarragona "El Comercial" 9-XI-23.

Calidad Bau	26 Ptas. los 15 kilos	
Frutado	22 a 24 Ptas. los 15 kilos	
Corriente ...	20 a 21 " " 15 kilos	
Seco	18 a 19 " " 15 kilos	

10 % MAS CUESTA LA CALIDAD BAU.

CUANDO ME ARRULLÓ TU AMOR

Cuando me arrulló tu amor,
sentí que mi alma era una
suave caricia de luna
titilando en una flor.

Cuando me arrulló tu amor,
mi existencia silenciosa
dormía como una rosa
sin aroma y sin color.

Cuando me arrulló tu amor...
Y al influjo de tu beso
¡surgió este claro embeleso
de rima, de ala, de flor!



Cuando me arrulló tu amor,
yo no se por qué sería,
que del mundo todo fluía
un hálito embriagador.

Cuando me arrulló tu amor,
contemplé por vez primera
el cielo de la quimera
con su luz multicolor.

¡Cuando me arrulló tu amor,
despertaron mis antojos
los espejos de tus ojos
con su mágico esplendor.

II



¡Cuando me arrulló tu amor,
sentí que mi alma era una
grata caricia de luna
sobre una pomposa flor!



CLARISA GAVIOLA DE DIEGO ARBÓ

ADELFAS

La amistad entre hombres es una «entente»; entre hombre y mujer, un tratado de no agresión, y entre mujeres, algo así como la paz armada.

o

Las lágrimas de amor de las mujeres sólo son dolorosas hasta los diez y seis años; después ya únicamente lloran por tradición.

o

Las mujeres van siempre adonde quiera el hombre, con tal de que éste acierte el camino que a ellas les agrada.

o

De la ingenuidad al cinismo no hay más que una sonrisa.

o

Para una mujer, las demás se clasifican en dos grupos: las coquetas y las que no lo parecen.

o

En los dramas de amor, del teatro y de la vida, las mujeres interpretan mejor el papel de cómplices; pero siempre quieren representar el de protagonistas.

o

En las mujeres el silencio es el primer síntoma del amor.

o

La vida debe ser una ecuación de amor con multitud de incógnitas.

Las mujeres se conmueven en el teatro con lo que les indigna en la vida.

o

La mayor parte de las veces, la felicidad de los hombres se debe a la falta de sinceridad de las mujeres.

o

En general, las mujeres no son egoístas. Pero lo son en particular.

o

En las disputas conyugales, cuando la mujer se convence de que no tiene razón, lo menos que pretende es que tampoco la tenga el hombre.

o

Las mujeres sólo tienen un concepto experimental de la vida. En ellas todo es *procedimiento*.

o

Muchas veces los escritores, como las mujeres, pierden su reputación por las citas.

o

La mujer exalta en el hombre la audacia y el valor para monopolizar el usufructo de la timidez, que en ellas es el mejor sistema de acecho.

o

El talento de algunos hombres da la impresión de una corbata mal hecha.

JOSE MARTINEZ JEREZ



NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Da gusto oir a ese señor tocar el clarinete. ¡Qué delicadeza! ¡Qué armonía!

—¡Es tan cierto lo que Vd. dice que dudo haya otro músico con mejor oído!

De San Nicolás

Niñas y niños que recibieron su primera comunión, el día del Santo Patrono de esta ciudad.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E. Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosch, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.


DÖRFEL
Si desea usted agua de colonia de clase superior, acción persistente y perfume delicado y de buen gusto use el
Agua de Colonia Mendel
y hallará en ella un exquisito producto de calidad insuperable.

De San Germán del Sud



Señoritas de Gonzolín y Chanut, que atendieron el kiosco de la "Rueda de la Fortuna" en la kermesse realizada últimamente en esta localidad a beneficio del C. A. San Jerónimo.

Señoritas de Briggen y Repetto a cuyo cargo estuvo otro de los kioscos en la kermesse antedicha.

DAR

Todo hombre que te busca va a pedirte algo: el rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! Y tú osas pensar: ¡qué fastidio!

¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡dar! ¡tú puedes dar!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a El, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: «¡Gracias porque puedo dar! ¡Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!»

«¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!» —enseñó Cristo.

AMADO NERVO.


FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
F.lli Branca, Milano.
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
Por más que castigue
el sol, dos dedos de
FERNET-BRANCA
con soda o agua fresca, siempre
reconforta el ánimo; aplaca la sed,
tonifica el estómago y regulariza
las funciones del aparato digestivo.
Importadores: HOFER & Cía. - Bs. Aires.

De Tapalqué F. C. S.



Autoridades escolares, y familias que concurrieron a la fiesta organizada en la Escuela Rural N.º 3, que dirige la distinguida educacionista señorita Rosa González, celebrando la feliz terminación de los cursos.

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS

Es imposible, puramente imposible juzgar la religión de un pueblo sin tener las creencias de ese pueblo, ni comprender sus misterios, sus sentimientos.

La cruz levantada en un bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oración, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oído desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierta en la primavera de rosas, alumbrados por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, que parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el Ave María Stella, entonado por los marineros, cuando el mar azul refleja el cielo y el crepúsculo tiñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, son a nuestros ojos como las representaciones más verdaderas de Dios, su manifestación más pura; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad centellea en nuestro espíritu; mientras un amor puro, ideal, como soplo divino, se derrama por nuestros arrobados corazones.

Emilio Castelar.

LA VERDADERA HISTORIA DE PAQUITA

Un humorista famoso comparó una vez la foca a un haragán con sobretodo de piel. El chiste merece una sonrisa; pero nada dice acerca de la más que canina sagacidad de la foca y de la lustrosa belleza de sus ojos llenos de expresión. Paquita era muy inteligente, tenía la mirada brillante, el aplomo de un haragán y también el sobretodo de piel. Su propietario declaró un día que, como reclamo para un circo, tenía un valor equivalente a veinte libras esterlinas en anuncios. Mas, para decir toda la verdad, es preciso reconocer que la voz de Paquita no era precisamente la que habría deseado tener ni la más afónica *tonadillera*.

Paquita nació en uno de los reinos escandinavos, en un jardín zoológico. Un día apareció a la orilla de la lagunita de las focas y tuvo que resignarse a sufrir la indiscreta curiosidad de media docena de fotógrafos que le apuntaban con sus máquinas. Durante seis meses atrajo innumerables visitantes al jardín zoológico que fué su cuna, y de pronto, junto con otros animales, desapareció. La desaparición dió mucho trabajo a la policía, que buscó sin éxito a los ladrones; durante varios días los diarios llenaron sus columnas con informaciones, que nada informaban, sobre «El robo de animales en el Zoo».

A las pocas semanas, en uno de los puertos del Mediterráneo, se exhibía, en un circo, una joven foca que todavía parecía asustada de su aventura.

La vida de Paquita no era feliz, pues su dueño la trataba peor que un armenio trata a su caballo. No le pegaba, porque la piel de la foca es de aquellas en que quedan rastros demasiado visibles de los golpes, lo que le habría hecho imposible toda exhibición; pero no le daba bastante de comer, y más de una vez Paquita tuvo que presentarse al público con el estómago vacío. Entonces expresaba su pena y su rabia con gritos extraños, que el público creía que eran gritos perfectamente naturales.

La crisis se produjo una mañana, en un mercado de pescado de los suburbios. Atada a una cuerda que tenía a un extremo la fuerte mano derecha de su propietario y al otro un collar de cuero que le oprimía el cogote, Paquita se dejaba arrastrar, mirando con ojos llenos de gula los montones de pescados de todos tamaños y colores que en el mercado ofrecían en venta los pescadores. Había tantos como para alimentar a todas las focas de las rocas de San Pablo, ese verdadero paraíso de las focas en el Océano Pacífico. Paquita sufría el suplicio de Tántalo...

A la pasada, una vendedora, comprendiendo sin duda los sufrimientos de Paquita, le tiró una sardina que Paquita cogió al vuelo, tragándosela con un solo movimiento de su poderoso gaznate; pero el movimiento fué tan violento, que la cuerda se rompió.

Y en medio de una tempestad de carcajadas de quienes vieron y comprendieron la escena, Paquita se abrió paso por entre la multitud hasta el puesto más cercano, al cual llegó precisamente en el instante en que su dueño, el dueño de Paquita, la buscaba al otro extremo del mercado.



Paquita se irguió y, haciendo un esfuerzo, acercó la cabeza a un canasto lleno de pescados.

Paquita se irguió y, haciendo un esfuerzo, acercó la cabeza a un canasto lleno de pescados, con la sana intención de sacar por lo menos uno; pero procedió con alguna torpeza, y el canasto se vino abajo, arrastrando en su caída al caballete en que estaba. Paquita se asustó; mas no tanto que no atinase a coger con la boca un pescado, que desapareció con vertiginosa rapidez en su gaznate. En ese mismo instante apareció un hombre que estaba señalado por la Providencia

para fijar el destino de Paquita, que después de algunos trámites llegó a ser de su propiedad. Era un inglés que dió por Paquita, a su antiguo dueño que al fin la había encontrado, dinero suficiente para beber a su gusto durante algunos meses.

Un nuevo mundo empezó a alborear para Paquita.

La foca, como ya se dijo, es un animal extraordinariamente adecuado para hacer visibles las huellas de los malos tratamientos; pero asimismo deja ver sin hipócritas disimulos cuando la tratan bien.

Durante tres meses Paquita fué copartícipe de un gran estanque de hierro con otras dos focas mayores que ella, y todos los días su nuevo dueño pasaba largas horas con ellas, les daba buenas cosas de comer, les hablaba cariñosamente, acostumbrándolas a su voz y a sus manos, a todos los detalles de su presencia.

Jugaba curiosos juegos con ellas, y las mimaba para que se estuviesen derechas, primero por dos o tres segundos, después por un minuto o más, todas a un tiempo, y cada vez que le obedecían les daba mayor ración de pescado. Para una foca cautiva no hay sino una cosa que valga en el mundo: el pescado.

Cada vez que Paquita demostraba que reconocía a su dueño recibía un pescado; cada vez que le daba gusto en alguno de sus juegos, recibía un pescado. Así Paquita crecía siempre con la esperanza de recibir un pescado y rara vez sufría algún desengaño.

Paquita era muy lista para aprenderlo todo, y ello le rendía buen provecho, pues, además de sus raciones diarias ordinarias, recibía extraordinarias por otro tanto a lo menos; y los pescados aumentaron cuando pudo sostener en la afilada nariz una bola de marfil que hacía el efecto de un punto sobre una i.

Hasta que llegó un día en que Paquita y sus compañeras fueron metidas en un carro y llevadas al malecón, en donde su dueño les hizo manejar durante dos horas una bomba para sacar agua, con gran contentamiento de los centenares de curiosos que en un momento se reunieron.

Así pasó Paquita ese verano. Jamás recibió un golpe ni una palabra dura que le hiciesen enojarse con su dueño, a quien consideraba como el Divino Realizador del más dulce ideal que puede tener una foca: tragar mucho pescado.

Transcurrieron dos años antes de que Paquita hiciera, desde la pista de un circo, su primera graciosa inclinación a un público amante de las cosas sensacionales. Durante esos dos años viajó con su dueño por casi toda Europa, pero sin ser presentada al público.

Por entonces empezó en el Parlamento una agitada e interesante discusión acerca de la conveniencia de suprimir la presentación de animales «sabios» en teatros y circos. La opinión de Paquita sobre el asunto habría valido la pena de ser conocida; pero Paquita pasaba demasiado preocupada para pensar en ello. Comer bien y nadar eran todas sus preocupaciones. Después de una buena comida y de una agradable zambullida, no pensaba sino en las próximas, y como generalmente nadaba cuando no trabajaba, y comía cuando estaba en la pista, podemos presumir que era tolerablemente feliz.

Sabía que cada vez que arrojaba al aire las pelotas de fuego, tocaba el trombón o daba un beso a su dueño tendría como premio un buen bocado, y en cuanto las salvas de aplausos coronaban sus esfuerzos quedaba en libertad de resollar a su gusto y de irse a la pequeña jaula con ruedas que habría de llevarla al tanque, en donde podía zambullirse y nadar a su gusto hasta la mañana siguiente.

Algunas veces se representaba en el circo una pantomima acuática, en la cual el dueño de Paquita, vestido de oficial de marina, daba sus órdenes y Paquita, obediente, corría a meterse en un tanque de vidrio lleno de agua, con gran alegría y bullicio de la concurrencia.

A los cinco años de edad Paquita parecía una obra maestra de escultura vaciada en bronce, y valía por lo menos la mitad de su peso en billetes de banco. Era capaz de soprepasar a la mayor parte de sus competidores en los espectáculos de variedades, y había sido aplaudida en las principales ciudades del mundo. Su dueño siempre llevaba consigo, cuidándolo mucho, un enorme libro en que había pegado los recortes de diarios que habían hablado de la inmortal Paquita, y todos los años esa joya de los circos y teatros de variedades gozaba de tres, cuatro y hasta seis meses de vacaciones. Es imposible hacer «trabajar» a una foca durante todo el año.

Y en todo ese tiempo Paquita sólo una vez había sentido el deseo de irse al mar, que es el verdadero hogar natural de las focas. Ocurrió la cosa cuando Paquita trabajaba en un puerto de la costa del Pacífico meridional. Allí sintió por primera vez el deseo que naturalmente debe tener toda foca de volver a su elemento natural.

Esa noche su dueño le había dado a Paquita doble porción de pescado por lo bien que se había portado en la función. Una vez en el tanque Paquita, el horizonte de cuya vista estaba cortado por feos edificios de la plazuela en donde se alzaba la carpa del circo, y que respiraba una atmósfera saturada de polvo y malos olores, sintió de pronto la nostalgia atávica del mar y empezó a gritar en forma tal que amenazaba hacer inútiles los esfuerzos de la banda del circo. Algo que se agitaba en su interior había quitado la tranquilidad a Paquita, que sentía las angustias de la cautividad como nunca las había sentido.

La función concluyó y el dueño de Paquita se marchó a su hotel, de manera que los animales que formaban parte de la compañía se hallaban al cuidado de un guardián nocturno muy mal humorado.

Cuando oyó gritar a Paquita, el guardián se acercó al tanque y, lanzando un juramento soez que por suerte Paquita no entendió, dió unos cuantos golpes con su palo en las paredes del tanque. Paquita, prudentemente, se zambulló, y el guardián se alejó en demanda de la taberna más cercana.

En el silencio de la noche llegó más distintamente a los oídos atentos de Paquita el rumor de las cercanas olas, al mismo tiempo que se levantaba una brisa del sur y llevaba a sus narices los acres olores del mar.

Pasó una media hora, y de pronto empezó a asomar por encima del borde del tanque una sombra. La capacidad trepadora de las focas es, en circunstancias normales, escasa, muy escasa; pero movida por un estímulo poderoso, una foca grande, como Paquita, es capaz de verdaderas hazañas en esa materia. La sombra se hacía cada vez más grande, y el guardián nocturno no tenía ni la menor intención de salir de la taberna.

La sombra concluyó por dejarse caer fuera del tanque, y Paquita, chorreando agua, los ojos encandilados y luciendo unos dientes que parecían de tigre, empezó a un galopillo sui géneris en dirección al mar. En medio de la noche era un espectáculo positivamente interesante y curioso el que ofrecía Paquita en su carrera, más veloz de lo que podría imaginarse, en busca de su nativo elemento. No se equivocaba de camino, porque su instinto se lo indicaba en forma que no se prestaba a la menor duda, a pesar de que nunca había estado en ese puerto.

Apenas tropezó con uno que otro noctámbulo que se detenía un momento para mirarla, a la

luz de las estrellas, y seguían, sonriendo maliciosamente, su camino.

En el umbral de una puerta, en la peculiar actitud de los animales que se han quedado fuera de casa, Paquita encontró un gato, que llevaba en la boca un pequeño pescado; pero desdeñó el pescado y siguió adelante. En la esquina de la estación había una zanja muy ancha, capaz de hacer pensar a Paquita en la conveniencia de volverse por donde había venido; pero cuando llega el caso las focas suelen ser muy astutas, y ese obstáculo fué vencido.

Al dar la vuelta por la torre del reloj, dos borrachos quisieron detenerla; pero se defendió enérgicamente, y los dejó todos mojados y con algunos buenos colazos que seguramente los hicieron más prudentes.

Las gentes de los puertos, acostumbradas a toda clase de cosas extrañas, pueden ver sin mucho asombro elefantes, camellos o jirafas por las calles; pero debe reconocerse que ver a una foca a media noche en una calle obscura no es un espectáculo trivial en ningún puerto. A la verdad, Paquita inspiraba miedo, y a esa circunstancia debe atribuirse en parte que pudiera satisfacer sin muchos inconvenientes el deseo de su corazón. Hasta un bulldog, que era el terror del puerto, se asustó y corrió a buscar seguridad al lado de su dueño.

Cuando estaba cerca de la orilla del mar, un marinero trasnochador, o más bien madrugador, porque ya empezaban a brillar los primeros resplandores del alba, corrió a buscar; nadie sabe donde, una cuerda y quiso enlazarla; empeño vano, porque Paquita, estimulada por la cercanía del mar, corrió como jamás ha corrido una foca y se perdió muy pronto de vista.



Paquita siguió al muchacho, llevando el canasto en equilibrio en la nariz.

Ya llegan hasta ella las más distantes gotitas arrojadas por las olas como rocío marino, y sus oídos perciben con toda claridad el rumor del mar al chocar contra las rocas de la costa.

Delirante de alegría, Paquita se acercó al agua, y solamente entonces se dió cuenta de que el mar estaba muy agitado, casi como si hubiese temporal, y que las olas le oponían a la satisfacción de sus deseos una barrera casi insalvable.

Aun con mar mala, es más fácil a una foca echarse al agua que a los hombres echar un bote salvavidas; pero hay excepciones, y esa noche se produjo la excepción. Paquita quedó con el corazón destrozado de dolor, y este relato vió acercarse su fin.

Si se tratase de una historia de animales escrita de acuerdo con los románticos modelos establecidos, ¡qué delicioso fin habría tenido ésta! Habríamos contado cómo Paquita satisfizo sus anhelantes deseos, se echó al mar y empezó a nadar hacia el norte y el sur, hacia el este y el oeste, provocando la curiosidad de los pasajeros de los grandes vapores, pues Paquita habría salido, naturalmente, a la superficie del mar para verlos pasar. Luego habríamos presentado a Paquita dirigiéndose a los mares septentrionales en busca de sus aguas nativas, y habríamos conmovido al lector contando sus emociones...

Pero esta es la triste historia de un oscuro animal que nunca conoció sino la vida artificial de los jardines zoológicos y de los circos, para deleite de muchedumbres desconocidas...

Estaba ya claro cuando Paquita, hambrienta, cansada y sangrando por varias lastimaduras que se había hecho en su empeño de lanzarse al mar, empezó a deshacer el camino andado, huyendo del mar. No sabía bien a donde iba ni a donde deseaba ir: sólo una cosa sabía: que tenía unas ganas espantosas de comer pescado. De pronto, cuando menos lo esperaba, el destino le ofreció la oportunidad de satisfacer su hambre.

Un muchacho estaba abriendo la puerta de un almacén. Paquita desconfió de él, de su pelo colorado y de su escoba; pero sintió olor de pescado, que le pareció delicioso. El optimismo volvió a reinar en su corazón.

El muchacho, sin percatarse de que Paquita se acercaba, se retiró al fondo del almacén y se enredó en una animada conversación con una muchacha que, de rodillas en el suelo, lo limpiaba. Paquita entró. El olor se hacía a cada momento más tentador; pero ¿en dónde estaba el pescado? Paquita resolvió esperar, porque el pescado se presenta siempre cuando se le espera el tiempo necesario. De pronto un canasto, violentamente arrojado por el muchacho, le dió en plena nariz a Paquita... y se quedó allí...

Desde que estaba con su segundo dueño, Paquita no había sufrido jamás ni bofetada, ni golpe, ni latigazo alguno; ni siquiera había sido víctima de malas maneras de parte de nadie. Toda cosa que se le tiraba estaba en el deber de recogerla con la nariz y dejarla allí; eso era parte de su trabajo de todos los días, y el preludio natural de una buena comida. La flexible nariz de Paquita era tan inteligente como la trompa de un elefante. En cuanto recibía algo en ella, hundía la cabeza en el fuerte y gordo pescuezo, y su infalible sentido del equilibrio de las cosas, adquirido a costa de largos y pesados estudios, hacía todo lo demás. Todo eso ocurría en menos de tres segundos.

Paquita se quedó inmóvil, las aletas delanteras bien abiertas, la cabeza echada atrás, la nariz apuntando al techo, y en la punta de la nariz el canasto. El pescado se demoraría en llegar; pero el muchacho le daría, indudablemente, uno. Una vez que el muchacho volviese de su asombro, quitaría el canasto de la nariz de Paquita y, como recompensa, le daría un pescado.

El muchacho se acercó... ¡Cielos! ¿No es acaso un pescado lo que lleva en la mano? Claro que sí.

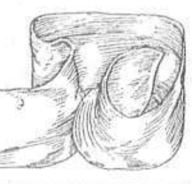
Muy bien, pensó Paquita, que en el circo solía dar tres vueltas a la pista siguiendo a un payaso que le ponía un pescado frente a la nariz.

El muchacho miró un instante a Paquita y luego salió, para ir a avisar a la policía. Paquita lo siguió, como acostumbraba hacer con el payaso, y así, seguido de Paquita, el muchacho llegó a la comisaría. El canasto era pesado, y le hacía doler mucho a Paquita una pequeña herida que se había hecho en la nariz mientras intentaba echarse al mar; pero seguía valientemente adelante, los ojos fijos en el pescado que el muchacho llevaba delante de ella...

Esa fué la gran tragedia de la vida de Paquita: su primero y último intento de ganar una libertad de que debía haber gozado por derecho natural.

¡Y cómo estamos todos expuestos a no ser comprendidos, a ser mal comprendidos! Mientras Paquita seguía al muchacho en camino a la comisaría, una vieja que se dirigía cojeando a su trabajo, contempló un instante el curioso espectáculo y murmuró:

— Verdaderamente, esos del circo tienen ideas muy raras. ¿Qué ganan con llamar de ese modo la atención de la gente?


L. R. BRIGHTWELL




— ¡Mire usted que venir al campo a alimentarse con leche y verduras en conserva!



— ¡Qué tiempo tan seco, don Venancio!
— Callate, muchacho... Porque la vez pasada nos quejamos de lo mismo y cayó un diluvio que lo inundó todo.



LA SALUD DE LOS NIÑOS

"Germinase"



Alimenta a las criaturas preparándole un excelente porvenir físico.

De venta en Farmacias y Casas de alimentación.

LA VENTAJA que ofrece la

Salvitae

como Disolvente del Acido Urico, Antirreumático y Laxante, es que

NO DEBILITA

el organismo, ni afecta el estómago, como sucede con la mayoría de los remedios similares.

En todas las buenas farmacias.

Depositarios: ILLA y Co. - Maipú, 73

*Si no puede Vd. obtener la **Salvitae** en la farmacia donde se surte, le mandaremos un frasco por correo, franco de porte, al recibo de **$ 3.60** m/l.*

Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Juan M. de Pueyrredón"



Sentados, de izquierda a derecha: Ricardo Quesada (celador), José Schapiro, Ostilio Ferro, Oscar López, Pedro A. Dellepiane, Angel Boari, José R. Mileo y Carlos R. Gedro. De pie: Alberto Jáckson, Enrique Glucklich, Emilio Bardi, N. Cánepa, Osvaldo E. Morteo, Alberto Dassis, Jaime Moragues, Jorge Sánchez y Napoleón Iramain.



"La ternura maternal es la más armoniosa de las melodías; la mujer posee, innato, ese sentimiento".

Balzac.

Para que entonemos en torno de nuestros hijos esa armoniosa melodía sin zozobras angustiosas, es preciso verlos sanos, robustos y alegres, condición que sólo la leche de la madre puede asegurar. En la Malta Palermo poseemos la fuente de estas felices consecuencias; unas copas por día, y nuestro seno es inagotable de vida, de salud y de alegrías para nuestros hijitos.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES





CULTIVOS ESPECIALES: EL BANANERO

He aquí otro cultivo poco extendido en nuestro país, y que sin embargo puede constituír una fuente de producción y de recursos valiosos, permanentes e inagotables, especialmente para las zonas del norte, las que, por las características de su ambiente natural, se encuentran en condiciones culturales excelentes para este frutal, y, en cambio, por su posición geográfica respecto a los mercados principales de consumo y la distancia a que se encuentran, presentan condiciones, si no negativas, al menos difíciles, por razón de los fletes enormes, relativamente, que exigen los medios de transporte; de ahí la necesidad de que la agricultura de esas zonas se oriente hacia los cultivos intensivos, de grandes rendimientos o de elevado precio comercial.

Y entre los numerosos cultivos que forman el cuadro de la producción tropical y subtropical de nuestro país, el del bananero es precisamente uno de los más indicados, no solamente por las razones expuestas, sino también porque tiene un mercado interno asegurado por el consumo que de esta fruta se hace en el país, consumo que es satisfecho casi totalmente por la importación; la estadística nos informa que en estos últimos años han sido casi tres millones de cachos de banana que se importaron del Brasil, casi todos, losque representan un valor de más de seis millones de pesos m/n.



La cosecha lista para su transporte en un bananal.

En nuestro país se cultiva el bananero; en la provincia de Jujuy se le dedican cerca de 200 hectáreas; en Formosa, el Chaco y Misiones también se le explota, pero en reducida escala; en las demás provincias de Tucumán, Salta, Corrientes. La Rioja y Catamarca hay algunas plantaciones; pero como trátase de una planta que, además del calor y de la lluvia, que necesita en grandes proporciones, teme las heladas que destruyen su retoños y limitan su producción, se comprende que su cultivo debe extenderse más en zonas donde no hay heladas, o, por lo menos, donde no son continuas y fuertes. Como quiera que sea, tenemos una gran zona, especialmente en Jujuy, Salta y Misiones, apta para que este cultivo se desarrolle sin dificultades, y tenemos un consumo notable, que puede ampliarse más aún, que asegura precios remuneradores a una más elevada producción nacional.

El bananero es una planta herbácea, monocotiledónea o perenne o vivaz, por sus rizomas con que se reproduce; pertenece al género Musa, y de las cultivadas como frutales se conocen tres formas típicas: *Musa sapientium*, de alto tallo que puede llegar hasta 5 ó 6 metros, con frutas más bien pequeñas y comestibles al natural, en estado de perfecta madurez; *Musa paradisíaca*, también de tallo elevado, con cachos enormes, de frutas grandes, más aptas para cocinar, y que en los países tropicales de América llaman «plátano»; y *Musa Cavendishii o Chinensis*, de tallo enano, relativamente, con frutas comestibles al natural y con cachos bien provistos de bananas; esta última especie es la que se cultiva en Jujuy y es también la más explotada en las costas de Africa e islas Canarias.

De estas especies se han propagado numerosas variedades que en el continente americano se conocen con los nombres de «Johnson», «Gross Michel», Guineo», «Ananás», «Ouro», «Prata», «Morado», «Colorado», etcétera.

Esta planta exige tierras fértiles y humíferas, más bien arcillosas, para que retenga bien la humedad, que necesita en grandes cantidades; y en cuanto a su exposición requiere sitios abrigados y defendidos de los fríos y cambios bruscos de temperatura; entre montes y a orillas de los ríos encuentra sus mejores condiciones para una próspera vegetación.

El bananero se reproduce por hijuelos o retoños que nacen al pie de cada planta adulta; deben elegirse los más robustos, de 6 a 8 meses de edad y de un metro de largo, con hojas anchas y ovaladas y tallo grueso, y se plantan en tierra bien trabajada y desmenuzada en hoyos de 60 a 80 centímetros de diámetro y de profundidad, situados a 4 metros de distancia, en cuadrado y efectuando la plantación desde septiembre hasta noviembre.

A los diez meses de la plantación el bananero de la especie Cavendishii empieza a florecer, y a los 4 meses más él cacho está maduro; una vez cosechado éste, se corta la planta al ras del suelo; a su alrededor se habrán desarrollado ya muchos retoños; se eligen y se dejan cuatro, situados a igualdistancia, suprimiéndose los demás; los nuevos retoños a los cuatro meses fructifican a su vez, de modo que se puede, escalonando la producción, obtener hasta tres cosechas por año. La plantación, de este modo, se hace cada año más tupida, hasta que a los 10 o 12 años todo el terreno está cubierto, imposibilitando el cultivo, que debe renovarse en otra parte. La recolección se efectúa cuando los racimos o cachos están aún semiverdes y las frutas bien formadas, y de un color verdeamarillento; se conservan a la sombra, en lugar fresco, y en su transporte se cuidará de no golpearlos.

Los cuidados culturales consisten en las carpidas necesarias para mantener limpio de malezas el suelo y en los riegos frecuentes, según las necesidades de la zona.

Plantando el bananero a cuatro metros de distancia en cuadrado, resultan 625 plantas, que dan cada una un cacho de bananas; pero al año, con los retoños que se forman, y en los sucesivos, el número de plantas se multiplica, de modo que su producción es enorme; cada cacho puede dar de 60 a 120 bananas y hasta 200 en condiciones muy favorables.

La banana es una fruta sumamente alimenticia y tiene múltiples aplicaciones industriales, en forma de fruta seca, harina, azúcar, vino, alcohol, materia tintórea y forrajera por sus tallos.

Es un cultivo que en la zona norte de nuestro país puede constituír un filón de riqueza inapreciable y duradera; es por esto que el Ministerio de Agricultura de la Nación ha resuelto fomentarlo y extenderlo en las provincias y territorios del norte, de una manera eficaz, por medio de sus técnicos destacados, distribuyendo retoños a los agricultores y enseñándoles los mejores procedimientos culturales.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

Diálogo entre insectos



Las Abejas.—¿Dónde están las flores que exhalan este perfume?
Las Mariposas.—Es sencillamente esta joven cuyo aliento está perfumado por usar el Dentol.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

A. ASTRALDI - SARMIENTO, 1042 BUENOS AIRES

PRECIO UNICO
$ 195.—



REGIO JUEGO DORMITORIO, estilo moderno, en color roble norteamericano, con finos espejos y aplicaciones de bronce cinceladas, compuesto de ropero, cómoda toilette con 3 espejos, cama matrimonial con elástico reforzado, mesa de luz con repisa, una percha, un toallero y de regalo un fino reloj de plata 800.

$ 195.—

EMBALAJE Y ACARREO GRATIS. — SOLICITE EL NUEVO CATALOGO ILUSTRADO.

Pears' Jabon
Para el Cutis

Constructores egresados de la Escuela Industrial de la Nación







Señor Manuel S. Box. — Señor Pedro Puig. — Señor Tomás Turvein. — Señor Angel Maglie. — Señor Jacobo Jaimovich. — Señor Aberto M. Pazos.

LA BANDERA

La bandera no es un símbolo sin alma. La bandera vive. La ama el buen soldado, y su amor resume todos los amores. Cifra en ella el cariño a los ausentes o ya muertos padres; a la novia que espera o tal vez olvida, a la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la patria. La ama sin celos en los días de paz, porque siendo ya suya pertenece a todos; mientras más la quieren otros, más se ufana. La ama sin celo en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebata, se la lleva destrozada y no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla y pisotearla. Por eso la defiende como león herido; la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, y si la hiere el plomo y media entre vida o muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada sin dolor de que otro la posea.

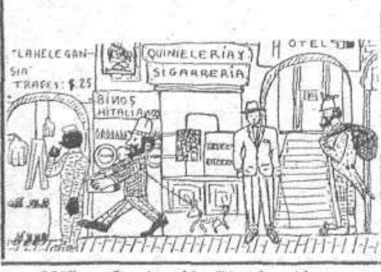
¡Oh, bandera de mi patria, cuán gallarda luces tu hermosura a la cabeza de apretados batallones! ¡Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡Cómo te sigue con rumor de triunfante la muchedumbre, la robusta armonía de trompetas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte, los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos; nuestro ser se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en la «Alma Mater» inmortal. Moléculas, sentimos y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificando, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá. Creemos al subir, en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une a la chispa, y es la llama, se prende a la llama y es la antorcha; la antorcha abrasa el haz de antorchas y es la hoguera. Antes brillaban lejos unos de otros, como astros aventados al cielo en granos de oro los ideales de ánimos distantes; pero llegan, y corren, y se buscan, y se compenetran, y se funden, como las claridades de la noche cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz y armonía.



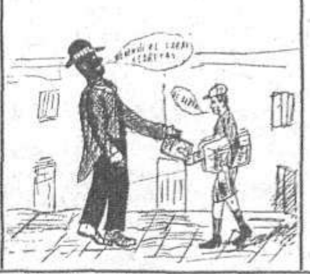
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



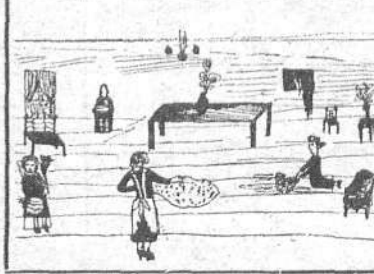
1607 — La Avenida Leandro Alem. ERNESTO RODRÍGUEZ.



1608—El negrito comprando CARAS Y CARETAS. HECTOR F. DEMARCHI.



1609 — En la estancia de mi tío. CLOTILDE GUASCH.



1610 — Esperando visitas. AURORA PÉREZ.



1611 — Una atajada de Colás. ARGENTINO HERNÁNDEZ.



1612 — Preparándose para descargar. M. STEIMBERG.

De los dibujos publicados durante el mes de diciembre han sido premiados los siguientes números: 1565, 1566, 1568, 1569, 1570, 1572, 1575, 1576, 1578, 1581, 1582, 1583, 1585, 1587 y 1588.

DESDE ITALIA

LA POESIA Y LA CIENCIA

COSTUMBRES ANTICUADAS

Ni los años ni la guerra han podido terminar con una curiosa costumbre, característica en las provincias del Norte de Italia: la de los sonetos.

Antes, esta literatura apologética se extendía a los bautismos, nacimientos, enlaces y demás acontecimientos sociales que no habrían revestido la solemnidad requerida si la ciudad no hubiese quedado por unos días empapelada con versos alusivos al acto, impresos en enormes hojas de papel blanco ribeteadas en oro.

Hoy la poesía se ha alejado del matrimonio y hasta de los bautismos.

Hoy limita sus vuelos hacia la celebración de las bodas de plata de los canónigos con la Iglesia, la conquista del ambicionado título de doctor en «utroque» *o en cualquier otra cosa, pero... arrecia cuando se* trata de cantar las habilidades incomparables de los galenos a quienes les ha salido bien el tratamiento de una enfermedad.

El facultativo cuyas habilidades profesionales le han merecido unas cuantas alabanzas poéticas, adquiere de repente un renombre, que le asegura por un tiempito una clientela numerosa.

Digo por un tiempito, porque el pueblo es inconstante, y en cuanto dos o tres enfermos, en lugar de hacer caso a la ciencia y sanar, se permiten el desacato *de marchar para el más allá*, las *miradas* ansiosas de los que andan en busca de salud apuntan hacia nuevos astros, que no faltan nunca en estos horizontes científicos, que son las ciudades donde existe una Universidad, sobre todo Universidad milenaria y de renombre universal.

Un pequeño paréntesis.

Nosotros, en Buenos Aires, no tenemos una idea de lo que son las boticas de la vieja Europa.

Acá conservan siempre sus características de otros tiempos y constituyen el centro de gravitación de un determinado número de facultativos, estrictamente vinculados al farmacéutico por comunidad de intereses.

Así pasan horas y horas a la espera del cliente, y mientras tanto emplean fraternalmente las «tijeras» en beneficio de los colegas, que pertenecen a otro sistema planet... digo farmacéutico.

El boticario sonríe a todos, se derrite en cumplidos, no sabe lo que hacer para llegar, si fuera posible, a adivinar los pensamientos de cada uno de sus distinguidos contertulios, pero los tiene clasificados y, como es natural, sufre de simpatías y antipatías.

Es humano y... comercial también.

La simpatía llega a la ternura con el que receta a la antigua y se limita a las apariencias exteriores, con los que confían más en la obra de la naturaleza que en la de los remedios o que tienen la pésima costumbre de recetar específicos.

Yo frecuento un ambiente farmacéutico y gozo como si presenciara una comedia de las más finas del repertorio clásico.

—Señor... mi mujer se encuentra en cama desde hace un par de días.

—¡Qué me cuenta! ¡Pobrecita! ¿Tiene fiebre?

—Creo que sí... Sí... Tiene mucha... Dolor de cabeza también.

—Bueno, amigo, dele un purgante en seguida. Y *para el dolor de cabeza hay sellitos muy buenos...* Le van a hacer bien. No será nada. En todo caso... véalo a un médico.

—No sabría. *¿El Dr. X viene alguna vez por acá?*

El boticario hace una mueca y procura disimularla, pero no tanto que el cliente no llegue a advertirla.

—¡Cómo no!... Y me extraña no verlo todavía. Ha de tardar muy poco.

—Me dicen que es muy bueno.

—Síii...

Ese «si» es la condena profesional del médico. Ese «sí» con las ies arrastradas, quiere decir: no puedo manifestarte claramente que no sirve para nada, pero lo deberías comprender.

El cliente no necesita mayores detalles.

—¿No podría indicarme uno de confianza?

El boticario, en homenaje a la dignidad profesional, *adquiere una actitud de hombre medio* ofendido y con aire de tolerancia suma hacia quien no sabe lo que se dice, agrega:

—¡Hombre! De confianza son todos... Cómo no va a ser de confianza el doctor X... Indudablemente, el doctor Z... ha tenido siempre excelentes resultados cada vez que ha intervenido... Es un médico joven, pero, pero... ¿Cómo le diré?... Es médico el uno y es médico el otro... Inmejorables los dos, los dos *muy* estudiosos, muy... ¡Le han dedicado más sonetos!... Y eso que apenas empiezan.

—Está bien... Entonces, hágame el favor, *en cuanto* venga el doctor Z. de decirle que pase por casa, ¿quiere?

—Pierda cuidado. Llévese mientras tanto el purgante y los sellitos, así va ganando tiempo... En cuerpo limpio no hace presa ninguna enfermedad.

—¿Cuánto debo?

—Poca cosa... Doce liras...

Una sonrisita, un ademán amistoso, que traducidos en idioma corriente quieren decir:

—¿Dónde va usted a encontrar quien le sirva más barato y mejor?

Queda entendido que en las doce liras el *farmacéutico* se ha cobrado también la consulta hecha en el mostrador. Pero ¡qué diantre! ¿Y la profesión? ¿No se debe pagar una receta *profesional aunque* se limite a una simple indicación sin consecuencias terapéuticas apreciables? ¿Y entonces?

El cliente se va más liviano, confiado en que encontró, gracias a San Antonio, al hombre que salvará a la enferma, y dice en voz alta muy satisfecho:

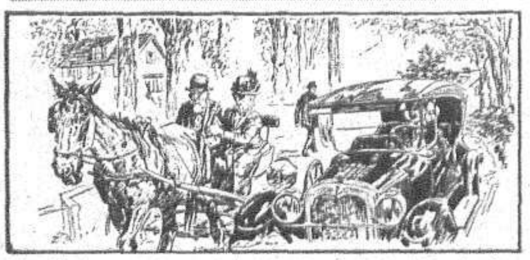
¿Y si me la sana?... Si me cura a mi viejita le voy a hacer pegar los sonetos por toda la ciudad... Aunque me costara un platal. ¡Palabra!

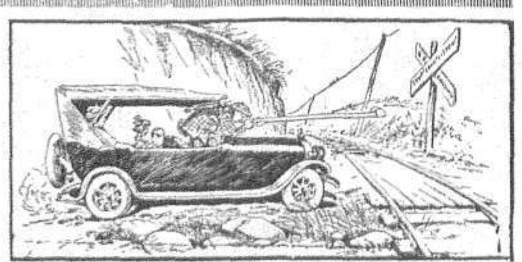
Hace algún tiempo existían poetas pasables, que por lo menos respetaban el metro y la rima y hasta *escribían con sentido común.*

Todavía vive el recuerdo de monseñor Golfieri, cuya facilidad para versificar era realmente asombrosa. Para monseñor Golfieri dictar un soneto elegante, bien hechito, requería el mismo trabajo que escribir una carta cualquiera.

Y todos lo miraban con asombro y veneración, tanto más, cuanto que acostumbraba a no cortarse el pelo nunca, así que la cabellera le llegaba con cierto desorden hasta los hombros.

A cualquier otro la muchachada insolente le habría dirigido frases hirientes, *invitaciones ofensivas para* que se resolviera de una vez a entregar su cabeza al peluquero, pero a monseñor Golfieri. ¡Cuidado!...


—¡No importa, Enriqueta! si te hace daño te indemnizará... Y mientras más te hiera, mayor será lo que obtengas...


Nuevo uso del periscopio.

Después de monseñor Golfieri la gastroenteritis poética se contagió al canónigo Galletti, que también tuvo su época de gloria y por fin ahora pasó al Padre Masotti, que sin embargo se abstiene de cantar alabanzas a los galenos y reserva sus rimas para las bodas de plata de los sacerdotes.

En estos días los edificios de las calles centrales están empapelados con homenajes a la ciencia de un facultativo que salvó a una señora enferma de bronconeumonía bilateral. Así reza la dedicatoria.

No vale la pena de transcribir el ensayo poético por demasiado incoloro y frío.

Lo único notable es el último verso, en el que el poeta hace votos para que las sienes del médico sean rodeadas por coronas de oro.

Y es notable en este sentido, porque se trata de un augurio práctico, pues las coronas de oro son comerciables. Por lo general, el que obsequia con sonetos al afortunado galeno se considera con derecho a no pagar las visitas.

El poeta no debe ignorar la costumbre y con mucho tino hace un llamado al cliente:

— Dele siquiera una corona de oro, pues el laurel ha pasado de moda y se emplea prosaicamente para sazonar asados y pajaritos a lo «spiedo.»

¡Qué profundas modificaciones en las costumbres ocasiona una guerra!...

Un boticario me hizo ver un soneto dedicado en los comienzos de la guerra a un facultativo, que había sido llamado bajo banderas.

Se trataba de un hombre cuya presencia no inspiraba mucho respeto: mal vestido, con barba «mosaica» y enmarañada, de estatura inferior a la normal y facciones no ennoblecidas por el estudio.

Vistió el uniforme de Teniente del Cuerpo de Sanidad, pero la primera vez que se presentó a su jefe no llevaba sable, por considerarlo un instrumento inútil, dada su misión humanitaria.

Y por supuesto tenía razón, pero...

En el ejército ciertas consideraciones son inútiles como el mismo sable para los médicos militares. Hay más. Por orden superior los sables debían ser barnizados de negro, pues era preciso eliminar todo brillo de los uniformes de los soldados por razones que es fácil comprender.

Así que el susodicho señor teniente debía, primero, proveerse de un sable, y segundo, cuidar que el sable estuviera en las condiciones reglamentarias.

Nuestro galeno entró en un cambalache y por unos pocos céntimos adquirió un arma venerable por su antigüedad, pues por lo menos había pertenecido a los guerreros que en el año 1848 empezaron las guerras por la independencia de Italia.

La hizo barnizar del color requerido y muy campante se fué al cuartel en la seguridad de que nadie tendría que objetar palabra.

Los colegas recibieron al extraño personaje con una verdadera ovación y risas interminables, pero al poco rato le hicieron presente que no era el caso de bromear mucho con el coronel, pues no tenía fama de muy manso.

Mientras trataban de convencerle para que fuera a comprar un sable del mismo modelo que los demás, entraba un asistente y entregaba al galeno un sobre bastante voluminoso.

El destinatario lo abrió, sacando a la luz un soneto de aquellos de que he hablado más arriba. Un cliente agradecido había tenido la amabilidad de remitirle copia de la poesía profusamente repartida por todo el pueblo donde el galeno ejercía la profesión.

Voy a hacer lo posible para traducir el documento sin que pierda nada de su belleza:

«Al Insigne Doctor Bartolomé Rovida, médico cirujano, que con arte insuperable arrancó a la muerte a la señora Lisa Pensotti de Lavaña, la familia eternamente agradecida:

SONETO

Con pasos lentos, la mirada fría
en la mano derecha la guadaña,
la muerte inexorable se venía
hacia Lisa Pensotti de Lavaña.
Los hijos rodeaban la camita,
en que yacía muriendo poco a poco,
balbuceando: queda aquí, mamita;
si te vas, el papá se vuelve loco.
He aquí que de repente se presenta,
en el umbral un hombre armado a sable,
y Lisa pone cara de contenta.
¡Era el doctor Bartolomé Rovida,
que con su ciencia, su virtud admirable
a la enferma mujer salva la vida!

El incauto doctor tuvo la imprudencia de hacer leer el soneto a sus colegas, que le armaron un titeo feroz.

— Dinos la verdad... Toda la verdad... ¿Ese es el sable con que asustas a la muerte?... ¡Cómo no!... Esa es el arma con que salvaste a la Lavaña... Entonces es otro asunto... Le diremos al Coronel que, tratándose de un instrumento tan especial, te permita, por vía de excepción, llevarlo a todas partes.

El pobre hombre, en un principio, tomó la cosa a broma, pero mascó bastante amargo cuando vió que su famoso sable seguía siendo el tema obligado de todos y le llovían felicitaciones, súplicas y preguntas respecto a las virtudes intrínsecas del arma que ya se había vuelto popular como su dueño.

No le valió nada la adquisición de un instrumento más moderno y reglamentario. El doctor Bartolomé Rovida quedó clasificado como el hombre del sable de la muerte y, si quiso gozar un poco de tranquilidad, tuvo que hacerse trasladar a otra parte un mes después del acontecimiento.

Hoy les tiene un rencor negro a los sonetos y cuando se le llama para atender a un enfermo, acostumbra pactar de antemano:

— Bien entendido que si llego a sanarlo, no me molestarán ustedes con sonetos y cosas por el estilo. No quiero tampoco agradecimientos por los diarios. Me pagan lo que deben y nada más. Las coronas de laurel las dejo a quien quiera. Yo prefiero aunque sean las austriacas.

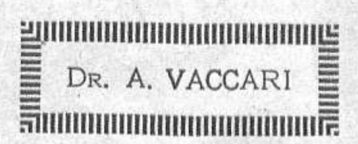
Y me parece que don Bartolomé Rovida tiene sobrada razón.

No hace mucho hubo una asamblea de facultativos para terminar con la costumbre de las alabanzas en versos, considerándola como depriment.

No sé a qué habrá llegado la resolución que tomaron, pero por el momento la costumbre persiste y los dueños de imprenta, que tienen un stock de sonetos para todo servicio, hacen su agosto cada vez que se presenta un agradecido para... agradecer.

Pero me parece que los tiempos nuevos vienen con fuerza y tal vez dentro de un año o dos no se hablará más de estos restos de otrora.

Y por eso he querido hablar de esta costumbre vieja, antes de que desaparezca para siempre, barrida por la antipatía que le profesan los mismos beneficiados.


DR. A. VACCARI


LUNA DE MIEL

El. — ¡No creo que haya nada tan bello como el mar!
Ella (enojándose). — ¡Esta no es manera de hablarle a tu esposa en pleno idilio!

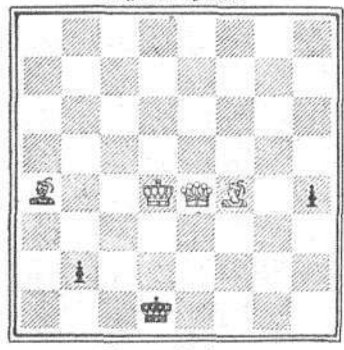

La discípula. — ¡Pero, querido, mi padre va a pensar mal si nos vemos tan a menudo sólo por las lecciones de equitación!
El maestro. — ¡No te apures; ya le mandaré una cuenta bien calculada!...

AJEDREZ

Nota de la Redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Al reanudar esta sección nos proponemos dar una información de carácter mundial, como también contestar por medio de la misma toda consulta que se nos haga, sobre la materia.

PROBLEMA NUMERO 4
(Por el doctor S. Gold)
Negras: 4 piezas



Blancas: 3 piezas
(TOTAL: 7 PIEZAS)

Juegan las blancas y dan jaque mate en dos jugadas.

SOLUCION AL FINAL NUMERO 4, POR HEMRI RINCK (Publicado en el n.° 1301)

	BLANCAS	NEGRAS
1.	P 7 A R	P × P C
2.	P 8 A R=D	P 8 C D=D
3.	D 7 R jaque	R 5 D (4D)
4.	D 7 D jaque	R 4 R
5.	P 4 A D	D 8 T R (5R)
6.	P 4 D jaque	P × P (D×P)
7.	D 7 R jaque y ganan	

(a)

6...	R 5 R
7 D 7 C D jaque (6AD jaque, 5 D jaque) y ganan).	

(b)

4...	R 5 R
5 D 5 A R jaque	R 5 D
6 P 3 A D jaque y ganan	

(c)

4...	R 5 A D
5 D 3 D jaque	R 5 C D
6 P 3 A D jaque y ganan	

(d)

1...	P × P D
2 P 8 A R=D	P 8 D=D
3 D 7 R jaque, 8 R jaque y ganan	

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO DE VIENA, EN 1923

APERTURA: PEON DAMA

	BLANCAS A. Alekhine	NEGRAS Konig
1.	P 4 D	C 3 A R
2.	P 4 A D	P 3 C P
3.	C 3 A D	A 2 C
4.	D 2 A (1)	P 4 D
5.	P × P	C × P
6.	C 3 A	P 3 R
7.	P 4 R	C × C
8.	P × C	A 2 R
9.	A 5 C D jaque	P 3 A (2)
10.	A 3 D	O — O (3)
11.	P 5 R	P 3 T R (4)
12.	P 4 T R	P 4 A D
13.	T 3 T	R 1 T (5)
14.	A × P!	P 4 A (6)
15.	P × P al paso	A × P
16.	A 5 C R	P × P (7)
17.	C 5 R	C 3 A (8)
18.	D 2 R!	P 3 C
19.	A × P	R 2 C
20.	A 6 T jaque (9)	R 1 C
21.	C × C	A × C
22.	D × P jaque	R 1 T
23.	A × T	D × A
24.	D × A D	Abandonan (10)

NOTAS. — (1) El blanco tiene el plan de jugar P4R.

(2) No puede jugar 9... 2 C D, porque entonces: 10 C5R, y 9... A3A sería contestado por 10 A3D, como se jugó, trabando la única esperanza del negro de contraatacar por medio de P4A D.

(3) Si ahora 10... P4AD; 11: A5CD jaque, y si 11... A3A; 12: A×A jaque C×A; 13: D4T, T1A; 14: C5R, D3D; 15: A4A, y gana algo.

Si 11... C3A; 12: D4T, con efecto parecido. Si 11... C2D; 12: C5R, A1A; 13: A4A, con la amenaza de C6A.

(4) Si 11... P3C; 12: P4TR, sería aún más eficaz.

(5) Invitando al sacrificio. 13... P×P era la única esperanza.

(6) Si 14... P×A; 15 D2D.

(7) Era necesario 16... A×C.

(8) Evidentemente, no puede mover su TR.

(9) Este alfil persiste en ofrecerse en 6T.

(10) A viva fuerza; pero ¿qué puede hacer «el pobre Alekhine», si no quieren aceptarle sus generosos sacrificios? «The Observer». (De la «Revista del Club Argentino de Ajedrez).

CORREO

Adolfo Helguera, ciudad. — El «Club Argentino de Ajedrez», Cangallo, 833, publica una interesante revista desde el año 1905, en la que figuran como colaboradores un notable conjunto de aficionados y maestros, entre estos últimos, se pueden citar al actual campeón del mundo, José Raúl Capablanca, doctor Manuel Lasker, Ricardo Teichmann, etc., etc.

Eduardo Varela, Rosario. — El señor Fernando L. Bonazzi, Sarmiento, 1320, tiene el tratado que usted menciona fuera de otras muchas obras de ajedrez en diversos idiomas.

HOJAS DE ROSA

Jamás una persona que esté sujeta al penoso mal de las laboriosas y tardías digestiones podrá ostentar en su tez esa suave, despercudida, fina y sonrosada contextura que hace exclamar a las gentes, tratándose sobre todo de una mujer joven y bonita: ¡Si son hojas de rosa!

Así como las rosas mismas no florecen frescas y lozanas cuando las calcina el sol y la tierra áspera y dura no les proporciona las substancias necesarias para su desarrollo, así la flor humana se marchita y arruga cuando su aparato digestivo no funciona con regularidad y eficacia.

Las damas ocurren generalmente a afeites a base de substancias minerales para ocultar los vicios o imperfecciones de un mal cutis, sucediendo con esto lo que sucedería si un jardinero ignorante quisiera esmaltar los pétalos de las flores naturales con pinturas y colores corrosivos.

Hay, pues, que atacar el mal en la raíz. Hay que modificar el sistema digestivo, que gobierna el sistema circulatorio. La sangre pura forma los tejidos sanos y mórbidos, y la piel, que es la expresión externa de éstos, se suaviza, limpia y aterciopela, debido a la riqueza de esa generosa corriente en la que reside la vida y la salud. Las

PILDORITAS REUTER

que normalizan la digestión y expelen del organismo los productos nocivos, favorecen la asimilación de los alimentos y la formación de los glóbulos rojos, y son hoy tal vez el único agente misterioso de todas esas bellísimas y deslumbrantes contexturas de mujer que nos dejan extáticos por la soberana hermosura de sus semblantes, ante los que las rosas verdaderas se doblegan en un saludo de admiración.

Por esa razón, no hay mujer bella que no haga uso de las Pildoritas Reuter, que con su eficaz y evidente acción coadyuvan a mantener el prestigio de su juventud y su hermosura.

REUTER'S LITTLE PILLS FOR THE LIVER
ESTREÑIMIENTO DISPEPSIA DOLOR DE CABEZA OBESIDAD

El Mejor Alimento para los Niños



En todo el mundo el QUAKER OATS es el alimento principal para los niños. Contiene los 16 elementos indispensables para éstos en estado de crecimiento.

Los niños necesitan siete minerales para sus huesos, para una buena dentadura y para su propio crecimiento. El QUAKER OATS contiene $3\frac{1}{3}$ veces la proporción de alimento mineral que hay en el arroz.

Los niños necesitan elementos de formación del organismo. El QUAKER OATS los suministra en una proporción igual a $2\frac{1}{3}$ veces la que contiene el arroz — dos veces el valor en energía de la carne.

Todos estos elementos son esenciales para crear niños fuertes y sanos — también para los adultos que necesitan vigor y vitalidad.

Tómese QUAKER OATS por lo menos una vez al día.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca





Notas varias



Señor Floro M. Ugarte. Aplaudido autor que obtuvo el primer premio en el Concurso Municipal de Música.



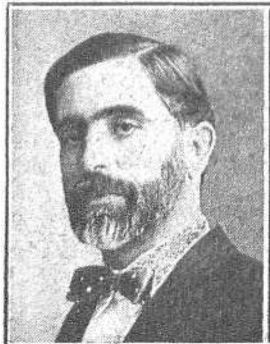
Señor Donato Ponte. Medalla de oro en el Concurso Embajada Argentina en Wáshington. (Ciencias).



Señor Amadeo Abdelnuz, ganador del premio "Caras y Caretas" en el Concurso de tiro de San Pedro.



Señor Hugo A. Haedo, Primer premio "Caras y Carretas" en el Torneo Atlético local, en Adrogué.



Doctor Benito De Miguel, nuevo Intendente Municipal de Junín.



Señor José Ruta, premiado por el Gobierno italiano por sus obras artísticas.



Doctor Mariano Grandoli, nuevo Agente Fiscal en lo Civil y Comercial.



Señor Atilio Palacios, recientemente ascendido a comisario en la Capital.



Núcleo de maestras últimamente egresadas de la Escuela Normal Nacional de esta ciudad.



ARROYO SECO. — Núcleo de señoritas que prestaron su valioso concurso en la velada literaria y musical organizada con todo éxito por las hermanas de la Inmaculada del Colegio San José.

DE LA TRANSPIRACION

POR

LUZ Y SOMBRA

El problema cotidiano de casi todas las mujeres, durante los meses cálidos, es el de la transpiración. Los sacos destiñen y dejan sobre las blusas o la ropa interior unos desagradables círculos azules, verdes y amarillos.

Esas manchas se pueden fácilmente quitar, según vamos a explicar a continuación. Ante todo es preciso dividir en diferentes categorías las diferentes telas para su tratamiento: Tela blanca o de color muy claro y prendas del mismo color, en seda. El jersey blanco se limpia perfectamente, los pongés y las sederías de seda natural, así como los tricots de buena seda artificial también pueden limpiarse sin dificultad. En fin, las blusas o vestidos de lana.

Antes de empezar una limpieza es preciso verificar bien la calidad del tejido y su resistencia, y lo mejor será ensayar con un pequeño trozo del mismo, o con el revés de los puños o del dobladillo. Los forros se quitan antes de la limpieza y se limpian a parte. El sudor intenso roe muchas veces el género y, aun sin que éste haya soportado limpieza alguna, se rompe; en este caso no hay más remedio que poner un nuevo pedazo al género o al forro.

Blusas de tela, vestidos blancos con manchas de color. — Se disuelve el jabón de Marsella sobre el fuego añadiendo unas gotas de agua hasta formar una pasta poco consistente para poder esparcirla sobre el género por medio de una espátula de madera o de un cortaplumas. Se deja calentar la pasta de jabón hasta que hierve y mientras esto se produce, se va esparciendo la pasta misma sobre el género como una superficie bastante espesa. A medida que se cumple la operación se observará la desaparición de la mancha. Luego se enjuaga bien en agua tibia, enjabonándolo.

Seda blanca o de tonos claros. — Se usa el tratamiento con alcohol, siempre que las manchas sean de grasa. Si no se posee el aparato especial que los franceses llaman «chemin de fer» puede servir el hornillo de cocina, colocando las planchas calientes entre el hornillo y la barrera del mismo, de manera que la superficie llana de las planchas quede hacia arriba. Las planchas deberán ser extremamente calientes. El hornillo deberá ser protegido por papeles o telas para que no se ensucie el objeto que se quiere limpiar. Sobre las planchas se coloca un lecho de trapos mojados que producirán abundante vapor. Mientras el vapor sube de las planchas se coloca la prenda, con el revés sobre los trapos húmedos.

Con un poco de nata embebida en alcohol de quemar se hace presión sobre las partes manchadas, luego se mueve la prenda, se vuelve a colocar y presionar con alcohol, se vuelve a remover, etc. Levantando el objeto que se limpia habrá que observar si la mancha de color ha manchado el trapo colocado sobre la plancha y en ese caso habrá que cambiar o cubrir el trapo con otro limpio.

Si el algodón está manchado hay que cambiarlo cada vez, para evitarse volver a manchar el objeto al hacer presión con alcohol. Para las sedas de color claro hay que observar si destiñen, verificando el trapo mojado; en este caso se empleará alcohol mezclado con agua destilada. Si la seda destiñe aun en esta forma, se suspende la operación y se pasa inmediatamente ácido acético mezclado con igual parte de agua, o con amoníaco y agua. Los colores rosa fuerte, gris, y algunos azules de calidad inferior destiñen casi siempre.

Cuando la operación está terminada se coloca la prenda al aire libre sobre una percha bastante cómoda para dejarla secar bien tiesa.

Los géneros de lana manchados de colores de teñir se limpian con el mismo procedimiento. He visto limpiar así unas huellas azules sobre una manga de marroquí de lana gris plata. Para evitar que el alcohol dejase alguna posible huella, la presión con el algodón fué hecha de arriba para abajo de la manga.

Después de todas estas instrucciones, no estará de más una muy simple indicación para limpiar las telas o sedas blancas, aun las más finas.

Bastará lavar la parte manchada en una solución a 1 % de hipoclorito de soda.

También se podría, en lugar de quitar las manchas, quitar la causa de las mismas, o sea el sudor. Para obtener esto se necesita una semana, más o menos, de tratamiento. A la mañana y a la noche durante ocho días, o más veces por día si se desea un resultado más rápido, se hace un buen lavaje de la parte, ya sea el sobaco o los pies u otra parte cualquiera del cuerpo, con agua y jabón. Luego se pasa, sobre la superficie, un algodón mojado en una solución de formalina, en la proporción de una cucharada por 6 cucharadas de agua, se pasa una y dos veces y se deja secar al aire.

Después de ocho días de este tratamiento se observará que el inconveniente ha desaparecido o, por lo menos, ha disminuído en gran parte.

Pero nadie ignora que el sudor es la válvula de seguridad en el cuerpo; y siempre que se produzca regularmente, como función fisiológica, es peligrosa toda acción en contra.

Es precisa esta acción cuando el sudor es tan intenso que produce llagas u otras lesiones; pero entonces importa evitar la enfermedad que origina ese sudor.



PEYRANO. — Interesante reunión motivada por el "te" ofrecido por la señorita Margarita Bojanich en obsequio de Ada Crescentini, en ocasión de su enlace realizado el 31 de diciembre.

LA MUJER

El proverbio persa dijo: «No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa».

Yo te digo: «No la hieras ni con el pensamiento».

Joven o vieja, fea o bella, frívola o pensativa, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el Universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida, la Vida: única doctora que explicará el Misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada por el Ser de los Seres a la mujer.

La mujer es la sola colaboradora efectiva de Dios.

Su carne no es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

El destino encarna en su voluntad, y si el Amor de Dios se parece a algo en este mundo, es, sin duda, semejante al amor de las madres...

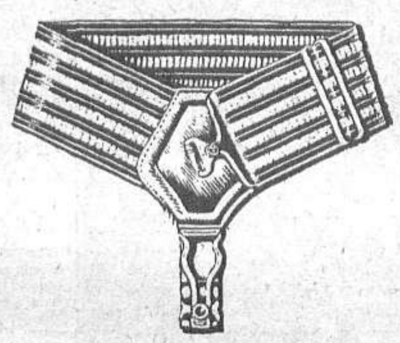
AMADO NERVO.

LIGAS PARIS

de Elastico Ancho

para su confort.

NoHayContactodeMetalconlaPiel.



Estas ligas están hechas de goma viva de 1½ pulgadas de ancho, de largo estiramiento y elasticidad. Se adaptan suavemente a las piernas y son extremadamente cómodas. Larga duración en cada par. Pídalas por su nombre: PARIS de ELASTICO ANCHO.

A. STEIN & COMPANY

Chicago, U.S.A. - New York, U.S.A.



SEÑORITAS:

Aprovechen la oportunidad que les ofrece

LA POUPÉE

CERRITO, 122 - Buenos Aires.

FAJITAS PARA SPORTS

Todo elástico (sin ligas)

Alto 25 cent........... $ 10.—

» 30 » .... » 15.—

En tricot elástico, según alto desde............ $ 20.—

REMITIMOS AL INTERIOR

:: SOLICITE FOLLETOS ::





Conserve su piel fresca y suave usando el

Talco Williams

El delicado perfume que exhalan los botones de las más exquisitas flores lo hallará únicamente en el Talco **WILLIAMS.**

Impóngase el uso diario del Talco **WILLIAMS**, después del baño, después de haber efectuado ejercios al aire, y en todo momento para el tocador.

Su cierre patentado, con tapa de bisagra, ayuda a que sea económico, pues evita desperdicios.

VENTA EN TODAS PARTES

Contra este cupón y $ 0.10 en estampillas, recibirá gratis una muestra. C. C. T. W.

Nombre.................................

Calle y N.º.................................

Ciudad.................................



Agentes: MAYON Limitada.

Avenida de Mayo, 1257.



Grupo de convencionales del Partido Radical Opositor rodeando al doctor Menchaca, cuyo nombre fué proclamado como candidato para las próximas elecciones gubernativas.

Concurrentes al acto de la proclamación de la fórmula Menchaca - Gómez que sostendrá el partido Radical Opositor en las elecciones de febrero.

EL MATRIMONIO Y LA MUERTE DEL REY NOMAN

De todas las leyendas de los Noman, reyes de Hira, una de las más típicas es la del llamado «Abu Cabus». Este, por lo demás, ha sido el más renombrado de aquellos, no tanto por las grandes cosas que hiciera, sino porque su actuación fué en una época muy próxima del Islamismo, y por sus relaciones con muchos poetas que le celebraron.

El Noman de que os hablo dió también nombre a una flor y a una ciudad. En los alrededores de Hira, que era la capital, existía una pradera en donde abundaban las anémonas, flores amadas por el rey, según parece, cual ninguna otra. De ahí que Noman tomara bajo su protección a esa pradera, llamándose entonces a las anémonas «Cha-Kaik enoman», es decir, «Flores de Noman».

El poeta Abu Zobaid refiere que, un día, vió al rey tomando el fresco en su pradera predilecta, a la vez que con una flecha laceraba el rostro de un hombre, daba mil dinares a otro y hacía decapitar a un tercero... Como le preguntase qué significaba eso, le contestó Noman que el primero le había hecho una afrenta cuando él era joven: estaba bebiendo leche y ese individuo dióle un golpe al vaso, derramándole el líquido sobre su pecho. El segundo le había hecho un servicio, y el tercero era un asesino, enviado por un príncipe Gassanida para matarle.

La ciudad, cuya fundación se le atribuye, denominábase Al-Nomania. Situada sobre la margen derecha del Tigris, cerca del sitio en que más tarde se levantó Bagdad. No han quedado rastros de ella hasta nuestros días.

Entre los relatos referentes a este Noman, se halla el de su casamiento con su suegra, Al-Motayaridá, viuda de Noman IV, no obstante ser cristiano. Hay que creer que la disciplina de los cristianos de ese tiempo no se oponía a uniones semejantes, permitiendo hasta la poligamia, pues al morir Abu Cabus dejó muchas esposas.

Al-Motayaridá era mujer muy apasionada, y Noman estaba lejos de ser un bello tipo de hombre. Y como fuese admitido en la intimidad del matrimonio cierto Obay, a quien se conocía con el nombre de «el Munajal», notablemente hermoso y poeta de talento — es decir, que para seducir a las mujeres poseía dos méritos en lugar de uno — lo que debía suceder, sucedió... Al-Motayaridá y Obay se amaron...

Noman, que tenía gran afición a la caza, ausentábase con frecuencia y, como sentencia el proverbio francés: *Qui va a la chasse perd sa place*, él perdió su puesto siendo substituído por el Munajal.

Una esclava, puesta en el secreto, hacía de centinela de los dos amantes, advirtiéndoles el regreso del rey, no bien lo divisaba. De este modo, durante largo tiempo, Noman no tuvo la menor sospecha.

Una mañana partió el rey muy de madrugada y de inmediato se juntaron los amantes, entregándose a su empeño amoroso. Mas esta vez no fueron afortunados.

Bueno es saber que, hasta ha poco, las árabes usaban en los tobillos una especie de brazaletes llamados «jiljal», simples argollas de oro, plata o cobre, que con el andar producían gracioso sonido.

Motayaridá, entre chanza y chanza de amorosa, tuvo la desdichada idea de pasar una de las argollas a la pierna de su amante, atándola con sus largos cabellos a la otra argolla que dejó en uno de sus tobillos. Hete aquí que vuelve Noman de repente, antes de la hora acostumbrada, y como la esclava centinela no estaba en su sitio, los amantes viéronse sorprendidos enlazados en la forma descripta...

Inmediatamente el rey entregó al Munajal en manos de su carcelero, sin que jamás se supiese cuál fué su fin. Algunos dicen que le hicieron ahogar sujetándole una piedra al cuello; otros, que le enterraron vivo... La verdad es que su desaparición ha dado origen a un giro proverbial: «Para cuando vuelva el Munajal...», con lo que se significa: jamás.

En lo que respecta a Motayaridá, cosa curiosa, nunca nadie habló del tratamiento que entonces le diera el marido.

Este rey Noman tuvo su fin trágico. Hélo aquí.

Kesra, rey de Persia, revisando los archivos de la Corte, halló una carta dirigida al rey Anicherwan por Mundir III, remitiéndole una joven traída

por él de una guerra contra los gasanidas. El retrato de la bella prisionera estaba descripto así: «De estatura alta y bien proporcionada; la boca pequeña y fresca blanca la tez, cejas bien marcadas, grandes ojos negros bordeados de largas pestañas; la nariz, aguileña; rosadas mejillas, pulidas y redondas; los cabellos largos y abundosos; hombros carnudos y regordetes los brazos; las muñecas, finas; manos hermosas y dedos afilados; caderas abultadas; las piernas bien formadas, pequeños los pies; voz, agradable; lento el andar. De noble familia, criada en la comodidad y la molicie; se unen en ella el espíritu, la modestia, la ilustración, la sabiduría a la docilidad..., etc».

Kesra, lleno de admiración, como es de suponer, con tal retrato, preguntó a su consejero Zayd si entre los árabes había muchas beldades semejantes. Zayd, que tenía una cuenta con Noman y aguardaba ocasión para vengarse, respondió al punto:

— En casa de vuestro vasallo, Noman, hallaréis entre sus hijas, sus sobrinas y primas una veintena de mujeres igualmente bellas y seductoras.

— Escríbele en nombre mío, pidiéndole que me las envíe — ordenó aquél.

— Desgraciadamente — contestó Zayd — los árabes, por efecto de su orgullo, no gustan aliarse a los persas. Pienso que Noman, usando de supercherías, os enviará otras mujeres y no las de su familia. Confiadme la misión, haciéndome acompañar por un oficial que entienda el árabe. Vuestro vasallo no podrá engañarme.

Aceptó Kesra la propuesta, confiriéndole la misión a Zayd y dándole de compañía uno de sus primeros oficiales que entendía el árabe aunque imperfectamente.

Llegados a Hira y recibidos por Noman, le explicaron el objeto de la visita. Noman, un poco halagado, les dijo:

— ¿Pero el rey no puede hallar lo que le agrada entre las «maha» de Persia?

Aquí, conviene que os explique que el vocablo árabe «maha» es sinónimo de gacela, con el que se expresa en sentido metafórico la belleza femenina.

El oficial persa, no habiendo comprendido este término, volvióse hacia Zayd preguntándole en persa qué quería decir la palabra «maha». Zayd, cazando al vuelo la oportunidad para vengarse, le tradujo que en árabe «maha» quiere decir «vaca», y en seguida dijo a Noman:

—El rey creía honrarte por su alianza. Si hubiese sabido que esto te contrariaba, se hubiera abstenido.

Noman envió una carta a Kesra excusándose de no tener en su familia mujeres semejantes a las que deseaba.

Después de leerla, Kesra preguntó a su mensajero Zayd:

— Pero, sin embargo, ¿tú no me habías asegurado que él poseía una veintena?

— Sí, mas también os advertí que los árabes no gustan dar sus hijas a los persas. Ellas prefieren su vida dura y frugal a la vida de lujo de aquí. Por lo demás, preguntadle al oficial que me acompañó las palabras proferidas por Noman y que yo no me atrevo a repetir...

El rey, dirigiéndose al oficial, le dijo:

— ¿Cuáles son esas palabras?

— Nos dijo: Pero ¿el rey no puede encontrar lo que le agrada entre las *vacas* de Persia?

La cólera reflejóse en el rostro de Kesra, pero se limitó a decir:

— Cuando un vasallo se permite una insolencia así, alguna desgracia puede ocurrirle.

Como estas palabras fueran transmitidas a Noman, éste comprendió que estaba perdido, pero estuvo a la expectativa.

Durante varios meses no recibió ninguna noticia de Kesra, hasta que un día le llevaron la orden de presentarse ante él. Noman, pensando que su última hora había llegado, creyó prudente buscar refugio en el desierto de Arabia, por lo cual abandonó a Hira, conduciendo consigo sus mujeres, sus hijos, su riqueza y sus armas.

A diversas tribus se presentó pidiendo asilo y en todas se lo negaban por miedo a Kesra. Al fin una tribu, la de los Beni Ruaha, a pesar de ser débil y poco numerosa, se ofreció a recibirle.

— Otras veces, tú nos prestaste servicios — le dijeron — y, si es necesario, combatiremos por ti.

— No — les contestó Noman — no sois bastantes ni suficientemente fuertes para sostener una lucha contra Kesra.

Y Noman prosiguió su existencia errante... Al llegar a la tribu de los Benu Chaiban, su jefe Hani lo acogió con este discurso:

— Tú eres mi huésped, y como a tal te defenderé como defendería a mis mujeres y a mis niños... Yo y los míos

combatiremos por ti hasta el último... Pero, ¿de qué serviría ésto? Sucumbiríamos todos. Me parece muy sabio el consejo que voy a darte: Los hombres, cualesquiera que sean, pueden descender de sus situaciones sin que tengan que abochornarse de su estado, excepto un rey reducido a la condición de simple beduino. No se puede huír de la muerte. Ella te alcanzará siempre, y en donde estés. En consecuencia, es preferible morir con dignidad que vivir envilecido y humillado, y esto sin la seguridad de conservar la vida. Ve al encuentro de Kesra, ofrécele presentes y entrégate en sus manos. Si él te perdona, tú seguirás reinando; si él ordena tu muerte, ¿y qué? Mejor es morir que vivir errante en el desierto, caer en la pobreza o morar bajo una protección humillante...

— Tú hablas como un sabio — replicó Noman, pero ¿qué será de mis mujeres y mis hijos?

— Quedarán bajo mi protección. Nadie podrá tocarlos.

— Bien; acepto tu consejo.

Así lo hizo. Tomó varios de sus caballos y los mandó a Kesra con telas preciosas del Yemen, perlas, alhajas y luego escribió pidiendo benevolencia del rey de Persia, anunciándole que iría a presentarse ante él.

Kesra, aceptando los presentes, le hizo manifestar que lo esperaba.

Entonces Noman partió confiando a Hani sus mujeres, sus hijos y mil armaduras completas. Cuando se presentó en el palacio de Kesra, se le hizo pasar por en medio de ocho mil jóvenes mujeres de perfecta belleza, formadas en dos filas, vestidas con ricos y magníficos trajes, y que le decían:

— ¡Míranos y ve si las... vacas de Persia faltan al rey!...

Kesra, que le conservaba rencor, lejos de perdonarle, lo mandó a prisión cargado de cadenas, muriendo en ella. Hay quienes pretenden que Kesra lo hizo aplastar bajo las patas de sus elefantes.

Con la muerte de este Noman concluyó la dinastía de los Lajamitas, en el año 605. Noman Abu Cabus había reinado 22 años.


EL EMIR EMIN ARSLAN



le resultará dondequiera usted lo pase, si lleva consigo su música predilecta.

Un pequeño rincón de su baúl o de su valija, podrá almacenar toda la música que usted desee y que le reproducirá adonde y cuando Vd. quiera la CONCERTOLA DE VIAJE.

$ 85

$ 99.50

$ 130

AMERICA

Concertola

CONCERTOLA VALIJA

OFRECEMOS TRES MODELOS DISTINTOS, CADA CUAL MEJOR.

N.° 110. — **Caja sólida** forrada en tela imitación cuero, motor Suizo perfeccionado. — Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis .... $ **85.—**

N.° 111. — **Hermosa concertola** de viaje, caja en fina madera de roble o terminación caoba, con cajoncito portadiscos, motor Suizo perfeccionado. — Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis .... $ **99.50**

N.° 360. — **Regia concertola** de viaje, con dispositivo especial que permite llevar dentro del aparato 24 discos dobles. — Motor Suizo perfeccionado, de dos cuerdas. — Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis........................ $ **130.—**

N.° 50. — **Victrola de viaje.** Caja en fina madera de roble o caoba. Con 200 púas y embalaje gratis... $ **190.—**

Otros modelos de CONCERTOLAS de mesa y salón y GRAFOFONOS AMERICA, desde $ 35.— hasta $ 1.300 m/n.

SOLICITE GRAN CATALOGO ILUSTRADO N.° 22 ENVIANDO $ 0.20 EN ESTAMPILLAS

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979. — BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales. — No cerramos los Sábados.

DISCOS

Algunas novedades de gran éxito.

Por la orquesta R. FIRPO
Discos «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6203 { **Veni Pebeta.** Tango. / **Que el otro te traiga igual.** Tango.
6230 { **Muchachita.** Tango. / **Midnight Rose.** Fox Trot.

Por la Orquesta Típica y Jazz-Band. F. CANARO
Discos «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6948 { **Chispa.** Shimmy. / **Pico a Pico.** Tango.
6951 { **Marina.** Shimmy con serrucho. / **Tu Plegaria.** Tango.
6958 { **Francesita.** Tango. (Delfino). / **Se acuerdan muchachos.** Tango

Por la popular Orquesta Típica O. FRESEDO
Discos «VICTOR», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

77102 { **Tristeza Gaucha.** Tango. / **Alma mía.** Tango.
77191 { **Perico.** Schotis. / **La Pesadilla.** Tango.

Por la Orquesta PACHO
Disco «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

7411 { **América.** Shimmy con serrucho. / **Viejecita Mía.** Tango.

Por el dúo GARDEL-RAZZANO
Discos «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25 c/u.

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. Solo por C. Gardel. / **Desengaño.** Tango. Solo por C. Gardel.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 102

Nombre y apellido ....

Domicilio. ....

Población. ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 101 han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Abello, Horacio.
Angélino, Raúl.
Abdala, Sofía.
Abud, Felipe.
Arata, J. Amelia.
Alvarado, Rosario.
Alconada, Cristina M.
Alvarez, Pablo.
Ayala, Angélica Victoria.
Berizzo, Antonio F.
Bagnasco, Elida E.
Bravo, Aurelia.
Barrena, Elena Sarah.
Barrena, Laura Esther.
Bosch, Lola Quirno.
Barletta, Benato J.
Bazoffio, Mercedes.
Beveraggi, Marcelo.
Carlos, Francisco.
Catenacio, Félix.
César, Julito.
Costa, Dolores Victoria.
Costa, Domingo.
Cardona, José.
Caro, Raúl.
Comerón, José.
Defendi, Arturo.
Delpino, Idolo.
Etchegaray, Beatriz.
Eguiluz, Toto Moyano.
Esterico, Héctor Manuel.
España, Santiago.
Estévez, Lilia.
Fastorino, Elba Nélida.
Formaré, Raúl Nicolás.
Fesce, José.
Fernández, Juan.
Fuentes, Alberto.
Femenia, María Julia.
Fontana, Horacio Larody
Fernández, Clara Moreno.
Fortuna, Hugo.
Guevara, Adela F.
Gil, Amanda Celia.
Gariboto, Julita.
Gambra, María Terrero.
García, José María.
Gática, Nélida.
Gandolfo, Rosa Angela.
Gentile, Lela.
Iñigo, María T.
Junqueras, Isidro H.
Kneipp, Matías.
Loudet, Esther A.
López, Nélida Elsa.
Loza, Elido M.
Lana, José M.
Lattuca, Miguel.
Lupardo, María Esther
Lompageu, Adolfo.
Mazzo, Domingo.
Medrano, Pedro J.
Mazzei, Libia.
Martín, Martín.
Más, Zulema.
Meneguzzi, Francisco.
Manzone, Rosa Luisa C.
Moninor, Nélida.
Mir. Nélida,
Nadal, Héctor.
Naeru, Guillermo.
Oliva, Alfredo.
Ortiz, Norma Celia.
Ottani, María.
Peralta, Isabel.
Palmas, Carlos A.
Pagano, José.
Petronio, Amanda.
Picoli, Dora. J.
Policano, Raúl Héctor.
Quiroga, Palmirita M.
Ramallo, Pedro.
Rodríguez, Carlos.
Rosso, Pedro.
Rodríguez, Susana.
Robledo, Celeste.
Río, Mariana del.
Refojos, Mercedes L.
Rossi, María Emilia.
Sequeira, Clodomiro C.
Spotuzzio, José. J
Sangronis, Carlos María.
Silva, Alicia B.
Sosa Raquel Diamela.
Steneri, Angélica.
Terrero, Josefina Llambí.
Tejera, Berta Alicia.
Villar, José M.
Zelaya, Ceferinita.
Zimer, Irma Caila.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 28 y 29 del corriente, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


PRODUCTOS
SUPREMA
Es incomparable
la belleza que al cutis confiere el uso constante de los renombrados productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO
De gran adherencia y delicioso perfume.
AGUA COLONIA
De exquisito y persistente aroma.
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. Gral. de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725. - Bs. Aires.
GRATIS
Enviamos muestra del exquisito
Polvo SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE

AUTO-MOTO-AVIACION

CARAS Y CARETAS INAUGURA CON EL PRESENTE NÚMERO SU PÁGINA ESPECIAL DEDICADA A LAS MANIFESTACIONES AUTOMOTRICES, CUYO DESARROLLO MERECE ESTA PREFERENTE ATENCIÓN. DARÁ PERIÓDICAMENTE EN ESTAS COLUMNAS UNA SÍNTESIS DE ESAS ACTIVIDADES, SIN DESCUIDAR AQUELLA PARTE QUE TIENDA A LA MAYOR DIVULGACIÓN DE TAN ÚTILES MEDIOS DE TRANSPORTE.

EN PLENA ACTIVIDAD

La temporada automotriz en nuestro país acaba de iniciarse en toda su intensidad. Las competiciones deportivas, en efecto, tuvieron su primer paso en la interesante carrera anual automovilista del Club de Gimnasia y Esgrima de Rosario, por la «Copa Kade». Después de las XII horas motociclistas, disputada el 20 del corriente, es decir, con un domingo de intervalo, y sobre el mismo circuito de Morón, debe llevarse a cabo la tercera carrera por la «Copa América» que auspicia el Buenos Aires Moto Club desde 1920. En esta prueba, cuya distancia total es de 200 kilómetros, se encontrarán nuestros mejores volantes, dado que el corto recorrido y la participación de algunos automovilistas uruguayos y del interior, torna a la misma una de las que mayor atracción e interés despierta entre los aficionados.

EN ESTA MISMA SEMANA
EL AÑO PASADO

16 de enero de 1923.—En el aeródromo de Palomar descienden cinco aparatos que en el transcurso de quince días realizan el «raid» aéreo más extenso registrado en Sud América, como que cubren el doble trayecto de Buenos Aires a Tierra del Fuego, con escalas intermedias. Recorren así un total de 4.085 kilómetros, volando por espacio de 29 horas, con una velocidad media de 140 kilómetros por hora.

Forman esta expedición aérea, que llegó a realizar estudios y vuelos de observación sobre el estrecho de Magallanes y el cabo de Hornos, el capitán Antonio Parodi (jefe de la flotilla), teniente 1.º Jorge Souvillé, teniente Pedro Castex, y Alfredo Paladino, sargento 1.º Juan Carrizo.

Sábado 20. — Se inicia el «raid» aéreo internacional: San Isidro-Montevideo, Punta del Este-Montevideo, resultando ganador el piloto argentino Julio Marzaglia.

— La Municipalidad presenta un proyecto de ordenanza aumentando las patentes de automóviles, con el pretexto de que con ello se costeará las gastos de los pavimentos. Dicho proyecto fué sancionado.

— Llegan a Comodoro Rivadavia los delegados del Touring Club Argentino, que realizan el «raid» automovilista de Buenos Aires a Punta Arenas (Chile).

Domingo 21. — En el casino de oficiales del aeródromo militar de Palomar, se realiza el acto de despedida del teniente peruano, aviador argentino, Baltasar Montoya.

Miércoles 24. — El Ministerio de la Guerra concede autorización para que el mayor Pedro L. Zanni realice el vuelo alrededor del mundo.

CONOCIMIENTOS UTILES

En caso de apuro

Qué haría usted en el caso de que el acumulador se le descargara estando a 20 kilómetros de una ciudad? — Pedir prestadas las pilas de algún teléfono del vecindario, hacer partir el motor, devolver las pilas y llegar a casa sin parar el motor.

Cómo se destruye un neumático.

La manera más eficaz de destruir un neumático es: 1.º mantenerlo desinflado; 2.º, partir bruscamente, y 3.º, frenar en forma repentina y fuerte. Estas tres reglas son las más recomendables para obtener éxito.

CONSERVACION DEL COCHE

Rechinamientos y crujidos

Los rechinamientos y crujidos tienen por causas, el descuido y falta de lubrificación y son debidos a frotamientos entre superficies no lubrificadas.

Así, cuando una carrocería se ha dejado permanecer floja por mucho tiempo, empieza a rechinar por varios lugares; también las puertas producen ruidos en las bisagras y cerraduras; los elásticos lo producen en su perno de sostenimiento, y en general estos ruidos provienen también por una pequeña falta de ajustaje de alguna tuerca o perno y que a la larga ha degenerado en un fuerte ruido persistente.

Para evitar todos estos inconvenientes se necesita lubrificar bien las partes en dificultad, pero nunca se usará aceite mineral, pues éste corre y absorbe el polvo con mucha facilidad; sino que se debe usar *aceite de linaza con grafito,* el cual se pondrá en los sitios que rechina.

Empleamos el aceite de linaza y no el mineral, porque tiene menos tendencia a correr que éste, y como se vuelve gomoso al poco tiempo, es mucho más eficaz para retener el grafito, en el punto necesario por un tiempo mucho mayor.

Algunas veces será necesario quitar la guarnición que cubra algunas piezas, pero este trabajo es compensado luego por la comodidad que se experimenta al andar.

En general, los sitios que más rechinan son los *guardabarros* y estribos, debido a la oxidación. Cuando esto sucede se quitarán los guardabarros y se le colocará una *guarnición de fieltro* algo grueso o una *tira de cuero* y luego se lubrificará bien, como anteriormente explicamos.



Tipo de carros recogedores de basura adoptados por la Municipalidad de París.

La Intendencia de Buenos Aires ha resuelto llamar en breve a licitación pública para proveer de vehículos automotrices a sus reparticiones de limpieza, transportes de materiales, etc.


Montseny.
CORRIENTES 789
Y
GALERIA GÜEMES
Bs. As.
Un collar de perlas "EVAX", da el sello de distinción que caracteriza a toda señora verdaderamente elegante.
Inalterables y con el parecido más perfecto a las mejores perlas de Oriente.
Con lindo broche, cadenita de seguridad y estuche:
Largo 45 ctms., Nos. 1 3 5 2 Irisée 4 Irisée 6 Irisée
Precio: $ 48 $ 55 $ 65 $ 65 $ 75 $ 85



Grupo formado por las señoritas encargadas de la venta de flores en la kermesse últimamente realizada con fines benéficos.



Un rincón agradable para descanso del animado baile que amenizó la fiesta.



Damas que integran la nueva comisión directiva de la Sociedad Pro Patria.

AUTOMOVILES

DODGE BROTHERS

Las mejoras y refinamientos que se le han hecho a la apariencia y equipo de este elegante coche, lo adaptan más perfectamente que nunca, tanto al servicio de la familia como al de los negocios.

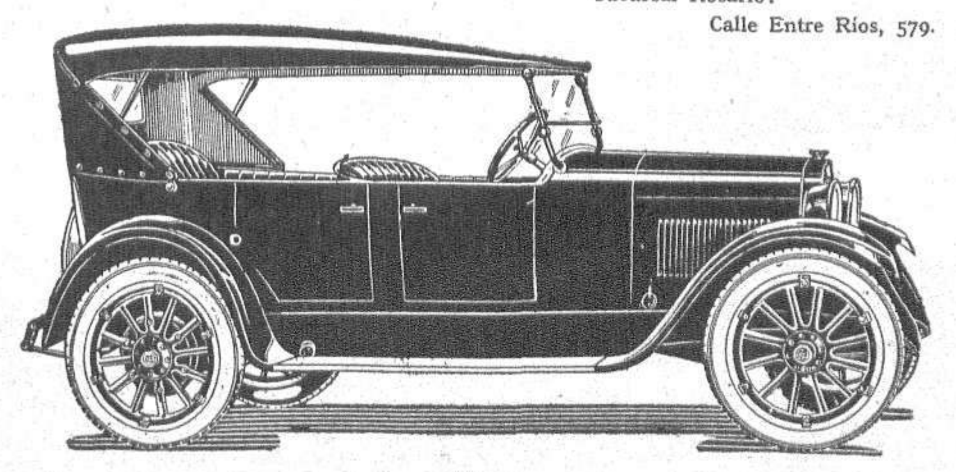
Se le han agregado al par que otros detalles modernos una carrocería más baja, más esbelta y distinguida; una cerradura de la transmisión, un nuevo volante de dirección de mejor agarre y una lámpara posterior combinada con señal de parada.

Acaso lo más importante de todo es el nuevo equipo de muelles que tiene. Le dan al coche un grado tal de flexibilidad, que el cómodo descanso que en él se goza, sólo puede calificarse de maravilloso.

PRECIO:
Completamente equipado, con su quinta goma.... $ **4.800**
(puesto sobre vagón Buenos Aires.)



Sucursal Rosario:
Calle Entre Ríos, 579.



EN LA BREGA

PRIMERA DERROTA DE D. QUIJOTE

Yo ceder; yo entregarme en esta ruda
lucha en que fama gánase o se deja?
Un héroe nunca en la batalla ceja;
nunca, un titán, de la victoria duda.

Devélame la adversidad; sañuda
por alcanzar mi humillación forceja;
y sólo un gesto alcanza, que refleja
de mi desprecio la existencia muda.

En la escuela de grandes luchadores
bebí el afán que a pelear convida.
Me entusiasman mis épicos albores.

Es un triunfo soberbio, en la embestida
primera por la gloria y los honores,
saber hermosearse en la caída.

A. HERNANDEZ CID

EL CUMPLEAÑOS DE ROSITA

La chacra está de fiesta, porque cumple Rosita
veinte años. Es la joven como fruto de huerta
exuberante y tierno — cual vida que palpita
bajo el suave resguardo de mullida cubierta.

Qué bien desarrollada! — dicen las envidiosas
amigas, que no pueden lucir como ella tantos
sólidos atractivos, — aunque hay algunas cosas
que al excederse, dejan de constituír encantos.

La multitud la admira, sin embargo, — que un torso
rico en músculos, siempre satisface a las turbas,
mucho más si en los flancos, en el plinto y el dorso,
la plástica mantiene la audacia de sus curvas.

Por ocultos designios, en esta granja todo
es más grande que en otras: el trigo, la cebada,
el cerdo, que de obeso, vive echado en el lodo
como una bolsa enorme de goma negra, inflada.

Hay que ver los melones «escritos» cómo crecen!
¡Si apenas seis o siete caben en un canasto!
sin mentar los buniatos deformes, que parecen
cabezas de antropoides, tirados en el pasto.

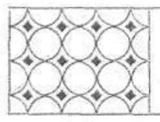
Pero ¡oh fecunda Ceres, cuán precaria es tu influencia!
Rosita, este portento de robustez, adora
a un inocente joven, de mísera apariencia,
con el que ha sido avara la fuerza creadora.

Juntos los dos, resulta la elección discutible,
El desnivel es grande, por más que, como es obvio,
ella no considera su amor un imposible,
sólo porque es pequeña la estatura del novio

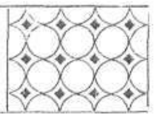
Y en medio del intenso bullicio de la fiesta,
propio de la cultura de estas almas sencillas,
el viejo, que no olvida sus deberes, se apresta
a hacer una prolija selección de semillas.

SANTIAGO MACIEL


PRODUCTOS
CALIDAD
Armour
Para todas sus comidas
... en las que Vd. desee esa fragancia deliciosa que excita el apetito y ese rico sabor que deleita el paladar, use la excelente
Grasa de Vaca
OLEO MARGARINA
Su elaboración es absolutamente higiénica. Su CALIDAD, insuperable. Reemplaza con ventaja al mejor aceite, pues en su uso es mucho más económica y agradable. Probar OLEO MARGARINA en las comidas, equivale a adoptarla para siempre.
EN VENTA EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES
FRIGORÍFICO ARMOUR DE LA PLATA S.A.
Sección Ventas: Ing. HUERGO esq. HUMBERTO 1.º
BUENOS AIRES
ASA ESPECIAL
OLEO MARGA
EXTRA-FINA
PESO NETO 2.180 KLS



JUEGOS OLIMPICOS





Como el agua — dice Píndaro — es el mejor de los elementos, como el oro es el más precioso entre los tesoros de los mortales, como la luz del sol sobrepuja a cualquier otra cosa en brillantez y calor, de igual modo no existe victoria más noble que la de Olimpia».

Bellas palabras con que el gran poeta lírico de las *Odas triunfales*, en honor de los vencedores de los juegos olímpicos, nos describe la importancia que los griegos concedían a las solemnes fiestas que, durante cinco días, hacían de Olimpia la verdadera capital del mundo helénico.

Sabido es el poderoso interés que excitaban estos concursos, la pasión que los antiguos sentían por los ejercicios del cuerpo, la gloria que adquirían los atletas con las victorias de la arena.

Cada cuatro años la época de la fiesta llegaba a fecha fija; en el plenilunio que seguía al solsticio de estío. Generalmente era entre fines de junio y principios de julio. En esta época del año, en el valle profundo del Alfeo, el calor era abrumador, y necesitábase no pocos ánimos para permanecer sentado, el día entero, en el estadio o en el hipódromo, bajo un sol de fuego.

Poco importaba. Desde el día en que los mensajeros sagrados de Zeus recorrían el mundo entero griego, anunciando oficialmente la fecha de la fiesta y proclamando la tregua santa, de todas partes se ponían en viaje para asistir a la solemnidad. Los generales y los hombres de Estado que, a veces, como Temístocles o Filopémenes, encontraban en Olimpia ovaciones entusiastas, los filósofos y los literatos, los Anaxágoras y los Pitágoras, los Sócrates y los Platón, los Gorgias y los Demóstenes, los poetas como Simónides y Píndaro, los videntes como Apolonio de Tiana, en una palabra, cuanto la antigua Grecia contaba de más selecto por la riqueza y el talento, se daba cita en las fiestas olímpicas.

Las ciudades enviaban solemnes embajadas, *teorías* pomposas con brillantes hábitos de púrpura y oro, que rivalizaban entre sí en esplendor y elegancia, y mostraban, con ostentación, en carruajes magníficos, los suntuosos presentes que ofrendaban al dios. Los reyes que hacían correr, los grandes personajes que asistían a la solemnidad no exhibían menos ostentosamente sus riquezas. A Olimpia se iba para ver y para ser visto. Y era la muchedumbre de peregrinos que una curiosidad apasionada atraía a las fiestas. Innumerables artistas en busca de contratos convenientes, los mercaderes e industriales de toda clase, en espera de buenos negocios. Una inmensa feria se formaba con motivo de la fiesta religiosa: las barracas alineábanse en la llanura, las barcas se amontonaban a orilla del río, conduciendo alimentos para las multitudes acampadas al pie del Altis, los caminos se cubrían de inmensos rebaños destinados a los sacrificios, y en la pradera, las tiendas multicolores, las alegres tabernas se elevaban en filas interminables. Y de esta multitud enorme, agrupada en la llanura de Olimpia, exparcíase ensordecedora y prodigiosa animación. Sólo las mujeres estaban excluídas del espectáculo.

El día en que se inauguraba el período santo de las fiestas, desde las primeras horas de la mañana se ofrecían a los dioses homenajes solemnes. Un sacrificio majestuoso se rendía a Zeus y, durante todo el día, las teorías sagradas recorrían el Altis, depositando sus ofrendas en los santuarios consagrados. Entretanto, fuera del recinto hacíanse los últimos preparativos para los juegos. Ante la estatua de Zeus Orkios, o protector de los juramentos, cuantos debían tomar parte en el concurso, atletas, cocheros, profesores, jueces de campo, juraban, en términos solemnes, que se habían sometido a todas las obligaciones prescriptas, y que no tenían que reprocharse ni ligereza ni sacrilegio. Con la mano sobre el altar, prometían portarse lealmente en todas las luchas. Luego clasificábanse los competidores; sacábase, por suerte, las parejas que lucharían juntas, se fijaba a los corredores y a los carros el lugar que ocuparían a su partida. El resto del día se pasaba en animados coloquios. Los atletas, recogidos en solemne espera, aguardaban el día siguiente, que sería de su consagración o derrota. Y en la noche luminosa, a la luz de las estrellas, los infinitos peregrinos adormecíanse aguardando la solemnidad próxima.

En cuanto amanecía, empezaba la fiesta. Mucho antes, un rumor confuso anunciaba el despertarse de la muchedumbre. Grupos compactos de espectadores se apresuraban hacia el estadio para asegurarse los mejores sitios, y, antes que llegara el día, más de cuarenta mil personas cubrían las gradas que circundaban la arena.

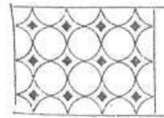
Apenas los primeros rayos del sol descendían sobre la llanura, por encima de los montes de Arcadia, resonaban las fanfarrias y el cortejo oficial entraba en el estadio. Los jueces de campo, vestidos de púrpura, se dirigen a su tribuna; los maestros acompañan a sus discípulos y les dan sus últimos consejos. Los diputados de los Estados, los extranjeros de calidad ocupan los lugares de honor que les han sido reservados. Los contendientes acuden a la llamada y alcanzan el puesto que se les asignó. Empezaban los ejercicios.

Primero la *carrera* simple: consistía en recorrer una vez la longitud del estadio. Luego la carrera doble, la carrera lenta: doce veces la vuelta a la arena.

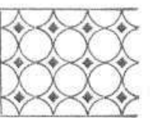
En seguida entraban en juego los luchadores. Era el *combate* mucho más sangriento y brutal que el boxeo inglés: la lucha no cesaba hasta que uno de ambos adversarios se declaraba vencido. Considerábase



INDISCRECION
— ¿De qué lado come usted?
— ¡Del lado de la calle Corrientes!



Javier Núñez de Prado



suprema elegancia vencer sin haber recibido un solo golpe, y aun más, no dar ninguno, pero fatigar tanto al contrario que, extenuado, renunciase a la pelea.

El *pancracio*, combinación de lucha y de pugilato, que exigía la fuerza y la destreza, terminaba los ejercicios del día. Ninguna otra prueba apasionaba más al público, ningún otro triunfo era más deseado por los atletas famosos. Recordemos las proezas de los luchadores célebres de la antigüedad, a cuyos músculos, desarrollados como los del Hércules Farnesio, nada les era imposible. Uno cogía un toro por una pata trasera y tan fuertemente lo sujetaba, que el animal le deja su pezuña en la mano; otro detiene, con un solo brazo, un carro lanzado a toda velocidad. Milón de Crotona se ata una cuerda a la cabeza y la rompe hinchando las venas; Polidamas, como Hércules, encuentra un león y lo vence.

El segundo día, los juegos continuaban en el hipódromo. Carreras de carros, carreras de caballos. Como en nuestros días, poco importaba que el conductor — hoy decimos *jockey* — fuese desmontado, con tal que el caballo alcanzara correctamente la meta. Así «Feidolas», después de haber arrojado a su jinete, siguió la marcha y, a una señal de la trompeta, se detuvo ante la tribuna del jurado. «Feidolas» obtuvo el premio y le fué levantada una estatua en el Altis al caballo que había sabido ganar tan bella victoria.

Terminadas las carreras, se volvía al estadio y empezaba el *pentathlo*. Era una victoria difícil; constituíanla el salto, lanzamiento del disco, del venablo, la carrera y la lucha.

Filnalmente, la *carrera armada*, especie de desfile militar que dos veces recorría el estadio, concluía los juegos. La estatua del Louvre, en París, conocida por el nombre de *gladiador Borghese*, nos representa un vencedor de este ejercicio.

El último día de las fiestas consagrábase a la distribución de las recompensas. Estas eran de una sencillez primitiva: una corona de olivo silvestre y un ramo de palmera, símbolos de la fuerza y de la inmortalidad.

Sin embargo, también acompañaban ventajas materiales a las victorias del estadio. A menudo, los vencedores recibían una renta vitalicia que aseguraba para el porvenir la tranquilidad de su existencia; estaban libres de toda clase de impuestos; tenían un sitio de honor en el teatro. A tales beneficios uníanse la gratitud de sus compatriotas y la gloria eterna que a su nombre otorgaban las modestas coronas olímpicas.

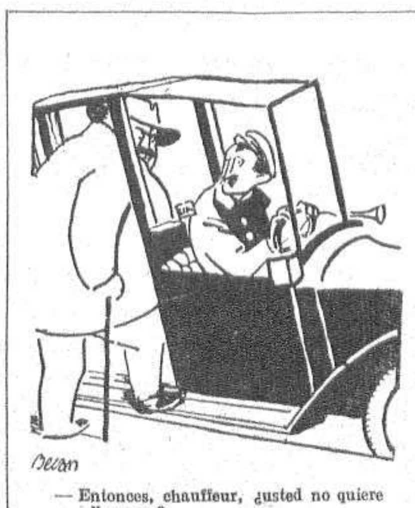
La fiesta había terminado. En los altares del Altis, los triunfadores iban a ofrecer sus sacrificios y sus acciones de gracias. Las procesiones de teorías ofrendaban a los dioses de Olimpia sus últimos homenajes. Luego el banquete solemne reunía en el Prináneo a los vencedores y los más ilustres extranjeros presentados en la fiesta. Añádase, para completar la imagen de estos juegos maravillosos, los espectáculos, las diversiones de todo género que se ofrecían a los peregrinos. En Olimpia, los hombres de Estado resolvían las negociaciones diplomáticas más importantes, y tenían a honor depositar en el Altis la copia de los tratados célebres. En Olimpia, los escritores daban lectura de sus obras, los sabios exponían sus descubrimientos, los pintores sus cuadros. Ninguna gloria era completa sin estar consagrada en las grandes fiestas de Zeus, y en esta exaltación de la fuerza física, la Grecia concedía un lugar a las obras del espíritu.

En fin, antes de abandonar Olimpia, los vencedores hacían levantar su estatua en el recinto sagrado. Conocido es el esplendor que esta costumbre dió a la capital de la Elida. Numerosas estatuas, hechas por los más célebres artistas de la época, acumulábanse bajo los grandes árboles del bosque sagrado del Altis. Hace siglos, de aquel museo incomparable apenas subsisten algunos restos de escultura, algunas cabezas separadas del cuerpo; todo pereció en el desastre del tiempo.

Pero si todo muere, también todo renace. Transcurren los siglos, los milenios, y lo que hubiérase creído desaparecido para siempre surge de modo maravilloso. En nuestra época, hace poco más de cinco lustros, alborea la palabra mágica, preñada de emociones: *Juegos Olímpicos*, para difundirse, poco a poco, con esperanzas de ideal y realizaciones de voluntad. La prensa mundial se encarga de hacer circular la noticia: en Colombes, Francia, a once kilómetros de París, se verificará en julio de 1924 la nueva olimpiada de pruebas internacionales relativas a los diversos géneros de deportes.

El espectáculo promete ser extraordinario. El estadio de Colombes contendrá una gran pista de 200 metros de largo y 82 de ancho. ¡Sesenta mil espectadores podrán tomar asiento en sus tribunas!

Deportes de invierno, iniciados en Chamonix; pruebas de *rugby*, en Colombes; encuentros de *foot-ball*, partidos de *tennis;* pruebas de gimnasia, hipismo, natación, concurso de tiro, de caza mayor y menor, pruebas de remo, de *yachting*, de ciclismo en Vincennes y de boxeo en París, constituirán los principales ejercicios que han de realizar los más famosos deportistas y atletas del mundo. Millares de personas acudirán de todas partes a la capital de Francia, como en lejanas épocas marchaban a Olimpia. Y si hoy los Juegos olímpicos no ofrecen ya la importancia que otrora tenían, tanto desde el punto de vista del arte, de la ciencia, de la política, como del músculo, la fiesta no dejará de ser magnífica. Confiemos, los hombres de buena voluntad, que sea un lazo de unión entre las naciones, que suavice asperezas y contribuya a acercar la hora en que los humanos no sostengan otras luchas que las del espíritu, cultura y destreza físicas.



— Entonces, chauffeur, ¿usted no quiere llevarme?
— ¡Yo, no! El coche...

De Tucumán



Autoridades y parte del público que asistió a la fiesta dada en la Cárcel Penitenciaria al fin de proporcionar a los detenidos algún momento de grata emoción, ofrecida por la orquesta que integran los profesores Wolf, Neiburg, Hack, Simón y Nisguitz.



La señora Carmen Quiroga de Chena, directora de la Escuela Normal, rodeada por las maestras egresadas últimamente de ese establecimiento.

El ingeniero L. Astudillo, director de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, rodeado por los alumnos egresados este año.

Grupo de nuevas maestras egresadas de la Escuela Latinur, rodeando a su director, señor Hordt.

«NOLI ME TANGERE»

Cuando alguien se acercaba
y a la tierna criatura acariciaba,
salíase de *quicio*,
lanzando unos bramidos tan potentes
que hacía retumbar el edificio
y hacía estremecer a los presentes.
Señor, aquello no era un ser amable;
era un timbre ruidoso y formidable
que al más listo ponialo en un brete,
era un timbre de mágico portento
que *solía lanzar en movimiento*
a una «jazz-band» fajada y con chupete.
Tomó fama, la chica, de impalpable
entre toda la gente, de tal guisa
que siempre a una distancia respetable
le conversaba la visita amable,
pagando la atención con su sonrisa.

Conservando la misma extravagancia,
dejó la niña la primera infancia,
y al entrar en la edad de la alegría
en la que sus corcovos todas vuelcan
y se tocan, pellizcan y revuelcan,
no consiguió gozar como quería,
y echando mil venablos,
y abominando de las travesuras,
pasó la edad de todas las diabluras
con un humor de todos los diablos.
En la escuela quedaba sin aliento,
temerosa de hacer un papelón,
pues temblaba pensando en el momento
que podía *tocarle* una lección.
Si alguna travesura cometía
con otra compañera casquivana,
para hacer de campana no servía,
pues temía los *toques* de cámpana.

Pasó la edad feliz de la inocencia,
llegando, esplendorosa,
la primavera de la adolescencia
con sueños dulces de color de rosa.
Y la edad del amor y la poesía,
de la gloria, el encanto y el delirio,
parecióle a la pobre ¡suerte impía!
la edad perturbadora del martirio.
El tocado, que a la mujer le es dado
como marco de su gentil belleza,
no lo quiso ver nunca en su cabeza
por lo que era tan sólo: por *tocado.*
Jamás la lotería
la tentó con su suerte loca y cara,
no porque la fortuna repudiara,
sino porque tenía
mucho miedo que un premio la *tocara.*

A pesar de su genio poco amable
se vió envuelta en amores un buen día;
tuvo un novio, del cual se mantenía
a distancia bastante respetable.
El muchacho la vida se ganaba,
pues era buen pianista,
y sus cosas extrañas aceptaba
con aplomo; no se desconcertaba
porque era concertista.
No le vió nunca dar pruebas palpables
y hasta el roce preciso le faltaba
de gentes distinguidas y tratables,
pues cuando la *rozaban* se exaltaba.
Temiéndole al *contacto,* como un acto
prudente, abandonó más de un paciente,
y también fué prudente,
por miedo a algún *contacto,*
huyendo de los hilos de corriente.

Al fin se vió casada
nuestra heroína con aquel pianista,
y fué muy desgraciada,
como lo fué, también el pobre artista,
pues resultó una esposa
tan rara y cosquillosa
que le truncó la gloria ambicionada,
ya que le dió el tormento
de no poder tocarla ni un momento.
¡Y se llamaba Tecla, la cuitada!

ALBERTO PIDEMUNT

RETRETA

Noche. Bochorno. Las niñas
son mariposas de cera
a quienes queman las alas
las luces de la retreta.

Desfile. Exhibicionismo.
Lo mismo que en las vidrieras
se muestran los maniquíes,
su gracia las chicas muestran.

Los vestidos vaporosos
de rosadas transparencias,
el torneado de los senos
que brindan su encanto apenas.

Algo de imaginación;
y surge la antigua Grecia
con el encanto pagano
de sus deidades inquietas...

Bajo un engaño sereno
de castidad y pureza,
flota el deseo invencible
de las caricias faunescas.

En los ojos, expresivas
se agitan llamas intensas
que, al besar otras pupilas,
producen chispas eléctricas.

Y mientras vagan las almas
sobre la vida suspensas,
el aguijón del instinto
se bate con la prudencia.

EDUARDO M. DE OCAMPO







GRAN CONCURSO

de

BIXIO y CASTIGLIONI

Habiéndose clausurado el 19 del corriente este concurso, el domingo 3 de febrero de 1924 a las 9 horas, se llevará a cabo la apertura de los sobres que contienen las soluciones recibidas. El acto se realizará en nuestro local, Carlos Pellegrini 760, ante el Escribano público Señor Manuel Luis Gutiérrez, pudiendo ser presenciado por las personas que lo deseen.

Con tal motivo, presentaremos en el lujoso hall de nuestro cómodo y amplio edificio

UNA EXPOSICION FOTOGRAFICA

que será una revelación de la capacidad técnica y artística que acredita nuestra casa.

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni



De Santiago del Estero



Banquete ofrecido por el señor Antonio Reyes en homenaje al doctor Juan Angel Golfarini, al que asistieron las más destacadas personalidades.

PAISAJE

El sol se oculta, la tarde acaba, la noche se aproxima, los techos de la ciudad aparecen como un solo techo, los montes se confunden en un solo montón de tinieblas, en las que se hunde y se pierde la gran cinta blanca del río.

Brumas de gasa ascienden lentamente del horizonte al cenit; las lavanderas, con sus líos de ropa a la cabeza, vuelven a sus casas por los caminos hondos; los ruidos se extinguen; las voces se apagan; el último resplandor rosado, que se parece al reflejo del otro mundo sobre el rostro lívido de un moribundo, colora todavía durante algunos minutos, en la cima de su roca, al Ehrenfels, pálido, decrépito y descarnado.

Después la luz se difumina, y entonces parece que la torre de Hatto se agranda de repente y se apodera del paisaje. Su *humo, que era obscuro* mientras alumbraba el día, se enrojece ahora poco a poco a las revelaciones de la fragua, y como el alma de un malvado que se venga, se vuelve luminoso a medida que el cielo obscurece.

Mientra todo este ensueño se desarrollaba a mi alrededor, cuando había dejado mi espíritu vagar no sé por dónde, se abrió súbitamente una ventana, brilló una vela, y oí una voz clara, fresca, pura, la voz de un joven cantando con un aire lento, quejumbroso y triste. — V. HUGO.

ALFA-LAVAL

¡Cooperativas de Tamberos!

Ha llegado a nuestro conocimiento que competidores poco escrupulosos, falseando la verdad en beneficio propio, se encargan de propalar que nosotros no tenemos existencia de desnatadoras

ALFA-LAVAL

Como tal afirmación es incierta en absoluto y carece de fundamento, queremos hacer saber a todos los interesados, que tenemos existencia permanente de desnatadoras ALFA-LAVAL de todos los tamaños.

GOLDKUHL y BROSTROM Lda.

SOC. AN. DE IMPORTACION

Unicos Importadores de las desnatadoras ALFA-LAVAL

Chacabuco, 199. Buenos Aires.

ALFA-LAVAL





Belleza tentadora

Un primor de juventud, un atractivo inimitable lleno de gracia y de perfumes es el rostro de una dama cuando se hermosea y rejuvenece con estos productos:



Crema LECHUGA

J. Beauchamphs

Por sus propiedades tonificantes para la tez, nutre y rejuvenece el cutis, desapareciendo en pocos días los granos, pecas y arrugas. Con esta excelente crema el rostro adquiere un tono blanco azahar de exquisita delicadeza.

Esta crema se expende en envases de loza y vidrio esmerilado.



MARCA REGISTRADA

LA LECHUGA

Exija en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".

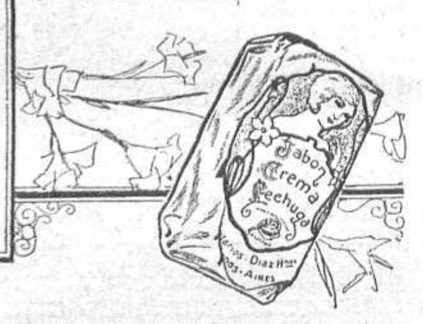
Jabón Crema LECHUGA

Refresca y suaviza el cutis impregnándolo con los delicados perfumes de las flores más preciadas



Precio: $ 0.45 cada uno.

Estos productos se venden en todas las Farmacias, Perfumerías y Tiendas.



Depositarios:

FARMACIA DANESA Y DROGUERIA

DIAZ KELLY

Cabildo, 2171 - U. T. 0321, Belgrano. - Bs. Aires.



Cuatro Productos *Remington* de Alta Calidad

ACEITE REM

Engrasa, limpia y lustra. Es de gran utilidad en el hogar, en la oficina y en el campo. Especial para armas de fuego, máquinas de coser, escribir, bicicletas, etc.

POLVO DISOLVENTE

Para limpiar y quitar los resíduos de pólvora, y metal del interior de los cañones de las armas de fuego, no hay nada que iguale a este Polvo Disolvente REMINGTON.

QUITA HERRUMBRE

Es de gran eficacia para combatir y quitar la herrumbre y corrosión. No daña las superficies metálicas.

GRASA PARA ARMAS

Protege las armas de fuego y superficies metálicas contra la herrumbre y corrosión. Especialmente útil en climas húmedos.

Los productos Remington están en venta en todas las buenas armerías.

REMINGTON ARMS COMPANY, INC.

25, Broadway, New York, E. U. A.

Representantes:

DONNELL & PALMER

Moreno. 532. — Buenos Aires.



CARNET DE UNA NIÑA CASADERA

ESTE principio de año me vuelve perezosa.

¿Será acaso la aurora de una vida nueva o la continuación agriada del celibato?... ¿La temporada de París me resultará más favorable que la de Dinard, la cual ha terminado tan miserablemente?... He cambiado muchas balas... de tennis, sin resultado; he pescado cangrejos y langostinos sin ver caer en mis redes aspirante alguno; he nadado hasta más allá de las radas sin encontrar el náufrago de buena voluntad y la onda amarga no me ha reservado ningún Neptuno... Verdad es que si se pareciese al de van Dongen, prefiero permanecer soltera...

Me había preparado, sin embargo, a la lucha y había llevado municiones: trajes sabiamente estudiados, lo suficientemente escotados como para no desmerecer en la vecindad de las jóvenes viudas, nuestras terribles rivales; lo suficientemente juiciosos al mismo tiempo como para no espantar a nuestras futuras suegras que tienen sobre la virtud de sus nueras en expectativa nociones especialísimas: su indulgencia crece en razón directa de la cifra de la dote; un despropósito no es más que una divertida originalidad cuando se habla del millón, deviene una niñería si se anuncian quinientos mil, se transforma en insolencia a los doscientos mil; y zozobra en la más severa reprobación al mínimum lastimoso de ¡cincuenta mil francos!...

Mamá, por su lado, observa a cada joven con una atención sobreaguda, pero disimulada, y le adjudica, desde que aparece en el horizonte, su pequeña ficha individual: «Jacqueline, ese rubiecito que bailó ayer contigo es dueño de una gran usina de cacerolas de aluminio... Aquél moreno alto, tan distinguido, no tiene un céntimo, etc.». Sobre las cualidades intelectuales, su atención muéstrase más indulgente: «No es un águila, ¿pero qué harías tú con un águila después de todo?» Sería mamá capaz de citarme como ejemplo de cordura las palabras de mi amiga Coleta: «Yo estoy decidida a no casarme sino con un imbécil: en primer lugar es mucho más fácil encontrar uno, y adiestrarlo después». ¡El medio de tener ilusiones y de cultivar la florecilla azul en una época en que las legumbres están tan caras!

—«¿En qué sueñan las niñas?» — me preguntó noches pasadas mi viejo tío, que ha permanecido fiel a las guitarras románticas y me sorprendía completamente sola, sentada en el suelo delante de mi fuego... — ¿En el matrimonio?

— Mi pobre tío — respondí, — no soñamos ya con el matrimonio; pensamos en él, lo cual es menos extemporáneo. Valuamos el traje de terciopelo de Coelio y calculamos los «H.P.» del Príncipe encantado. Tratamos desesperadamente de no vestir santos. ¡Ah, esa pobre Santa Catalina cuyo nombre ha concluído por sernos odioso a fuerza de evocar todas nuestras decepciones, nuestras inquietudes y el horizonte hermoso de la treintena! Tengo unas ganas furiosas de casarme, no para ser libre, puesto que lo soy gracias a los usos recientes, sino para no permanecer siendo ese personaje impreciso, esa «gansa gris» a quien la vida y la educación moderna han advertido de tantas cosas nada alegres y que se encuentra, si me atrevo a emplear esta frase atrevida, cargada con su inútil ciencia.

Entonces, para casarse, es preciso, en la hora actual, resolver tres enormes dificultades: encontrar un marido, encontrar un departamento y reunir la suma indispensable para comprar el pequeño auto, sin el cual ninguna de nosotras concibe la dicha. Una de las dos primeras condiciones decide a veces de las demás; mi amiga Juana, que estaba comprometida desde hacía seis meses sin hallar habitación, rompió su compromiso muy naturalmente el día que se encontró con otro joven, quien, siendo huérfano, poseía una casa bien montada, completamente pronta para recibirla. Las agencias de locación deberían, todas ellas, agregarse una pequeña oficina matrimonial; es increíble hasta qué punto ambos negocios se ayudarían mutuamente...



En revancha, existe un personaje importante en nuestra vida que, a la inversa de toda previsión, perjudica gravemente nuestro establecimiento: quiero hablar de nuestro compañero de baile. Lo presentamos en todas partes, lo hacemos invitar a todos los «ralyes», a todas las matinées y reuniones danzantes. Conoce nuestro paso de shimmy más extraordinario, nos acapara para producirse con ventaja, y jamás, jamás de jamás, se casa con nosotras. Primeramente, no se puede en realidad tomar a lo serio un ser con quien se ha saltado en un pie, sacudiendo hombros y codos durante varias horas cada día; después, estos virtuosos, cuando cesan de revolotear, se casan con la primer niña que se atreve a declarar que detesta el baile, lo cual representa para ellos la felicidad en pantuflas de fieltro, al lado del fuego...

«Mira, me decía ayer mi primo René: has tomado el mal camino, eres banal, te confundes con la multitud; espiritualízate: haz ciencia, letras, sport.» ¡Peush! ¿Sería eficaz todo eso?... El sport nos da a conocer una legión de jóvenes efebos musculosos, quienes se preocupan únicamente de sí mismos, de sus «performances», y que arrojan sobre nosotras, criaturas enclenques, una mirada distraída y desdeñosa. Puedo citar el nombre del héroe de las «copas» internacionales que respondió por despacho a la carta de una casamentera impenitente: «Imposible enrostrar proyecto antes campeonato de primavera.» ¡Ay! al campeonato de primavera sucedió el del mes de agosto, a éste el de la Costa Azur...

Y, desde hace diez meses, la buena señora persigue con sus veleidades conyugales a ese atleta, al cual no falta sino el tiempo material para casarse....

¿Las ciencias? Los cursos de la Sorbona, las notas garabateadas lado a lado, en la intimidad severa de los «anfis»... No estaría esto mal, pero no se encuentra al alcance de todo el mundo!... ¿Las letras? Susana acaba de probarlo: había decidido casarse con «el jóven y ya célebre autor dramático» a fin de tener su sillón en las «generales», y ser fotografiada para los magazines, de pie, una mano sobre el hombro de su marido, sentado delante de una mesa desbordante de manuscritos. Durante un mes devoró todas las obras de su héroe, después se impregnó de lecturas diversas, absorbidas, entremezcladas. Cuando creyó poder subyugar a su autor, se arriesgó a preguntarle cuál era su ideal para la compañera «de sus luchas y sus fiebres».

—«Francamente, señorita — respondióle él, — no estoy firme sino en un punto: ante todo quiero para mí una mujer tontona; después de una jornada de trabajo no hay nada más reposante...»

¿Entonces? Entonces... ¿dónde está la verdad? Permanecer fiel a sí misma, indudablemente, y sonreír a la hora presente...

Un día... mañana... en alguna vuelta del camino, la felicidad pasará cerca de mí... Y si voy a ella, simplemente, sin demasiada prisa, pero sin vana desconfianza... ¿quién sabe?... ¿Se detendrá quizás?



JACQUELINE



Pero los liquidamos de verdad,

A PRECIOS ASOMBROSOS

en relación a su elegancia, alta calidad y perfecta terminación.

Necesitamos espacio para dar mayor amplitud al Departamento de Medida.

B - TRAJE HECHO con uno o dos botones en finos casimires. **REBAJADO** a

$ 38.—

C - TRAJE HECHO, cruzado, en casimires oscuros muy finos. **REBAJADO** a

$ 68.—

A-Elegantísimo TRAJE HECHO con uno o dos botones, especial para personas altas y delgadas. **REBAJADO** a

$ 52.—

TRAJES A MEDIDA

Hermosos y elegantes modelos en finos casimires extranjeros. De $ 135.— REBAJADOS a **$ 110.-**

D - TRAJE HECHO en casimires de elegantes fantasías en colores de moda, modelo especial para fiestas al aire libre. **REBAJADO** a

$ 42.—

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América)

M. ALVAREZ

B. AIRES

B. MITRE ESQ. ESMERALDA

Al hacernos su pedido es indispensable indicarnos *la letra del modelo* que desea y el color preferido, además de las medidas indispensables.

Remitimos gratis, muestras de casimires. Conviene indicarnos color y precio aproximado.

AL INTERIOR

Remitimos gratis nuestro álbum de figurines.

NO TENEMOS SUCURSAL



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

Apenas fué abierta la prisión, Ruth se abalanzó sobre una figura, permaneciendo abrazada a ella durante algunos minutos. Sin cambiar una palabra, emocionados y silenciosos, porque las exclamaciones que ambos proferían eran sonidos incoherentes, Bent y Ruth juntaron sus rostros en la desapacible pieza.

Al cabo, ella consiguió serenarse, pero el papel que de antemano se propusiera desempeñar ante el encarcelado, a quien con toda el alma ansiaba animar, estuvo bien pronto a cargo de éste. Conversaron acerca de su situación y llamaron a Mr. Parker para que les prestara sus consejos profesionales.

En presencia de los dos hombres, ella expuso el deseo de Doyle: tramitar la libertad de Lacy, a lo que el abogado, como si se penetrara de las intenciones del original pesquisante, asintió con un movimiento de cabeza.

— Una idea excelente — dijo: — sobre todo, podremos con tranquilidad interrogar a Lacy, conocer su historia y descubrir las relaciones que existan entre su testimonio y el arresto del señor Bent. En seguida comenzaré las diligencias para el levantamiento de su prisión, pero antes infórmeme usted de cuanto yo necesito saber.

— Tanta complicidad tengo en el asesinato de Lesoeur como en la misteriosa muerte de Jim Amrstrong, lo que equivale a confesarle que ni en el primero ni en el segundo he tenido ni remotamente la más mínima ingerencia. Yo abandoné anoche mi casa para ir a la farmacia del doctor Carey, donde adquirí un tubito de aspirina para aliviar un fuerte dolor de cabeza, regresando pocos minutos después. Ni al ir ni al volver descubrí el cuerpo de Lesoeur. Ahora bien; yo estoy convencido de que de haberse hallado allí el cadáver a la hora en que yo pasé con mi automóvil, lo hubiera visto con toda seguridad. El camino es estrecho y las luces del coche, aunque iban encendidas solamente las laterales, iluminaban lo suficiente para que yo me diera cuenta de aquel obstáculo. Cinco minutos empleé en llegar a casa. El doctor Carey dice que salí de su farmacia a las diez y cuarenta, de manera que, cuando más temprano, el asesinato debió cometerse a las once menos cuarto.

— A no ser — sugirió Mr. Parker con voz aguda — que el cadáver haya sido colocado allí traído desde otro lugar.

— Es posible. Todo es posible — contestó el encarcelado. — La única prueba que se puede esgrimir contra mí es que Lesoeur estuvo ayer noche en mi casa y que luego yo hube de salir a la calle.

— Bien. Sacaremos a Lacy bajo fianza y hablaremos con él — resolvió Mr. Parker.

— ¿Querrá él hablar con usted? — preguntó Bent.

El abogado se limitó a sonreír.

— Acaso piense no ser un testigo deseable después de haber sido encarcelado — pero ya veremos.

Luego, levantándose del asiento, colocó sus brazos sobre los hombros de Bent y agregó:

— Yo no acostumbro a prometer con énfasis de seguridad ni todavía quiero referirme a su excarcelamiento, pero, eso sí, puedo apresurar la marcha del sumario y no creo que el Jurado se atreva a dictar un veredicto de culpabilidad contra usted, de modo que, según mis cálculos, disfrutará usted de libertad dentro de cuarenta y ocho horas.

Y separándose dos pasos de su cliente, dijo con gentil galantería:

— Ahora bese de nuevo a su esposa y permita que yo la acompañe para que procedamos al arreglo de la fianza de Lacy.

Esta vez el abrazo que Bent y Ruth se dieron no les hizo asomar las lágrimas a los ojos. La esperanza brillaba en sus miradas. Se sonrieron con plácida dulzura y la separación no resultó dolorosa.

El abogado y su compañera se acercaron por segunda vez al escritorio de Gerlach.

— ¿Por qué razón — preguntó Mr. Parker — ha encarcelado usted a Lacy como testigo «material?»

— Creo conocer mis derechos y mis deberes — contestó con turbada frialdad el shériff. — Mis cargos contra él están basados en su conducta desordenada. Por lo demás, ya el juez de Southfield, Mr. Thager, que tiene jurisdicción sobre todo el Condado, tomó providencias en el asunto, enviando esta mañana un guarda con orden de que se le entregara el preso. El juez lo considera como un testigo material. No me pregunte usted a mí; pregúntele a Mr. Thager.

— Entonces, si Lacy ha sido conducido a Southfield, ¿por qué Mr. Reverly no corrió igual suerte? — inquirió el abogado.

— Usted sabe la respuesta tan bien como la sé yo. Es potestativo de un juez considerar a una persona testigo material. Cualquiera puede hacer

detener a un presunto criminal. Por mi parte, tendré encarcelado a Mr. Reverly hasta que se reuna el Jurado.

El abogado no le contestó, limitándose a echarle una mirada; y volviéndose a Ruth le propuso:

— Vamos en el acto a Southfield para hablar con el juez acerca de la libertad condicional de Lacy.

Gerlach, de mala gana, le informó así:

— He recibido esta mañana un mensaje telefónico en que se me anunció que el juez Thager había fijado en veinticinco mil dólares la fianza de Lacy y posteriormente otro en que se me avisó que había sido puesto en libertad previo el depósito de dicha suma.

— ¿De quién la consiguió? — preguntó sorprendido Mr. Parker.

— ¿Cómo puedo saberlo yo? — repuso el shériff. — Lo único que sé es que no se puede detener a un testigo desde el momento en que deposita la fianza que le corresponde.

Lo dejaron, despidiéndose ligeramente.

Ruth mostrábase preocupada por el origen del dinero que había servido para obtener la libertad de Lacy, bajo fianza. Luego recordó que tal individuo le ofreciera reiteradamente diez mil dólares por la misteriosa carta dirigida a Jim Armstrong, y llegaba a la conclusión de que, con toda seguridad, eran muchos los intereses que se debatían en todo aquel tremendo enredo

CAPITULO XV

MAS COMPLICACIONES. — UNA ENTREVISTA ENTRE RUTH Y LACY.—GERLACH EL SHERIFF Y SANDERSON EL DETECTIVE HACEN UNA NOCTURNA Y SOSPECHOSA VISITA

El galante abogado Parker la condujo a su oficina.

Antes de marcharse a sus obligaciones, le dijo tomando sus delicadas manos entre las suyas, nudosas y todavía firmes:

— Yo soy un hombre viejo, señora Reverly, y con mis años y mis experiencias a cuestas he llegado a saber que ni las riquezas ni siquiera la buena salud constituyen la felicidad humana. Es, más que nada, la paciencia. Ciertamente; no todas las cosas se nos aparecen desde un principio hasta su fin de un modo claro y agradable, pero todas se van resolviendo. Ahora sus preocupaciones carecen de fundamento. Si su marido Bent fuera delincuente o estuviera complicado en el crimen que le achacan con tanta precipitación, tendríamos motivos suficientes para atribularnos. Pero ambos sabemos de un modo incuestionable que es inocente. Conociendo esto, sabemos y debemos saber que las pruebas de su inocencia acabarán por prevalecer: es sólo cuestión de tiempo, y al tiempo se le vence con paciencia.

Con todo, yo desconozco hasta el presente las pruebas que tanto Gerlach como Sánderson creen poseer contra Bent, aunque abrigo la sospecha de que han de ser muy débiles y muy fáciles de desvanecer. En cuanto al detective Doyle, que trabaja a favor de usted, es un buen hombre y tengo entendido que muy inteligente y perseverante. Así es que no debe usted preocuparse por nada. Tiempo al tiempo, es decir, el tiempo y nosotros contra todos.

— Le doy las gracias por sus buenos consejos, que tanto me animan, y desde luego comparto sus opiniones, Mr. Parker — habló Ruth agradecida. — Unicamente quería sugerirle que si yo, por mi parte, pudiera colaborar en los trabajos aclaratorios...

— Usted deberá permanecer a la expectativa. Lo principal es tener paciencia, ya se lo advertí. No se abandone usted a cavilaciones que le acarreen crisis histéricas. Mañana, cuando de nuevo se entreviste con su marido, vaya hacia él con el ánimo levantado, los ojos brillantes y sonriendo, de manera que se le trasluzca su confianza. Esta actitud es el mejor regalo para el prisionero accidental. Nada de lágrimas y escenas emocionantes.

— Haré lo posible por atenerme a sus consejos. Seré brava y paciente todo lo que mis fuerzas me lo permitan — contestó ella despidiéndose del abogado.

Al salir de la oficina, Dick, su primo, se le acercó muy cordial.

— Querida prima: no existe otra muchacha de mejor temple que tú — exclamó con su juvenil entusiasmo.

— ¡Ah! Eres un buen muchacho — contestó ella efusivamente apretándole agradecida los dedos de su mano derecha. — Tu lealtad y cariño me confortan.

— Bueno; yo soy un joven honrado y nada más, y es muy natural que me muestre tal como soy, sobre todo contigo — explicó Dick con su acostumbrado buen humor.

En efecto; todos sus sentimientos los envolvía en ese sano y agradable desenfado humorístico de las personas cuyo bondadoso corazón no conoce las amarguras ni las malas intenciones.

Mas, a pesar de su exterior frívolo y chancero, las lágrimas lograban humedecer sus ojos, y si alguien, procediendo con imprudencia se lo hubiera advertido en esta ocasión, con toda seguridad lo hubiera derribado de un puñetazo. Impulsivo, pero generoso.

Cambiaron de conversación en seguida porque Dick tenía curiosidad por saber algunas cosas.

— ¿Qué es lo que ocurrió dentro? — preguntó señalando las oficinas del Selectman.

Ella le refirió sus entrevistas con su marido y con John Gerlach, sin omitir detalle.

— Tu amigo Doyle, al menos en esta ocasión, no se mostró lo suficientemente rápido. Lacy fué puesto en libertad bajo fianza sin nuestra intervención, como nos aconsejara él. Alguien, algún incógnito, nos ha llevado la delantera y el pájaro se nos ha escapado.

Dick arrugó el entrecejo. No podía admitir que su ídolo no fuera perfecto.

— Doyle no puede preveerlo todo y muchas veces lo que parecen descuidos son habilidades suyas. Déjalo que investigue y tú verás la inteligencia que sabe desplegar. Lo conozco.

Caminaron en silencio durante un rato en dirección a la casa de ella, ambos ensimismados en sus pensamientos, y cuando de nuevo volvieron sobre el tema del extravagante detective, éste, como por encanto, surgió de entre unos árboles, destacando su figura como a cincuenta yardas del lugar en que fuera encontrado el cadáver de Lesoeur.

Detuviéronse sorprendidos, cortando la conversación en el acto.

Iban en el automóvil chico, que el muchacho hizo parar en seco.

— ¡Eh! — gritó éste: — acérquese.

Doyle, con su aspecto impenetrable y tranquilo, se acercó a la máquina y saludó con uno de sus bruscos gestos.

Ruth, sin poder contenerse, le lanzó a boca de jarro esta noticia:

— Lacy salió libre esta mañana, al parecer por su propia cuenta — dijo con cierto retintín acusador. — Había sido conducido a Southfield bajo la custodia del juez Thager, que lo encarceló; pero, al depositar una fianza de veinticinco mil dólares, hubo de ponerle en libertad.

Al decir estas últimas palabras, la voz de Ruth subió de tono, apremiante y casi ruda.

— ¿Qué perspectivas tiene usted ahora para interrogarlo y seguirlo?

Hacía un calor bochornoso.

Doyle, que caminara por malos y polvorientos caminos, transpiraba por todos sus poros. Se quitó el sombrero flexible y se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo de color, operación que efectuó derecha que revelaba su nerviosidad, explicó:

— Fué el abogado Mr. Parker quien dijo que Lacy nos quedaría naturalmente agradecidos. Yo pensé lo mismo; creo que todos pensamos lo mismo.

— Que lo hayan pensado no lo dudo. Yo no puedo impedir que los demás se entreguen a todas las suposiciones que se les antojen.

— Pero ahora resulta que Lacy ha sido puesto en libertad y que usted ha perdido la ocasión de seguirlo — insistió ella.

— ¿Por qué dice usted eso? ¿No es ello otra de las suposiciones al aire que se forja, tan infundada como la anterior? Una vez más usted me obliga a exponerle mis métodos, parte de mis métodos, y si lo hago es por el interés particular que siento por su marido. Ahora bien; la situación es idéntica a la de esta mañana.



— Pero, ¿usted no estuvo en Southfield para seguir a Lacy desde el momento en que fué puesto en libertad? — le preguntó, extrañada, Ruth al detective Doyle.

— Yo — respondió el original personaje — nunca, o muy raramente, soy la «sombra» de nadie. Eso lo dejo para mis subordinados.

con sumo esmero y sin prisas. Luego volvió a colocarse el sombrero, avanzó otros dos pasos y habló así:

— Señora Reverly; ¿por qué no me concede usted, por lo menos la común inteligencia que se concede a cualquiera? Me creerá usted, bajo mi palabra, si le digo que ya había pensado yo en la posibilidad de que Lacy pagara la fianza por su propia cuenta o por la de un tercero desconocido? Si este asunto hubiera sido de vital importancia... si yo considerara que la libertad de Lacy por cuenta nuestra constituía un detalle de fuerza, ¿piensa usted, siquiera por un momento, que yo, Patrick H. Doyle, me dejaría ganar la delantera, olvidándome de que otros procederían con rapidez?

— Pero la libertad de tal persona la juzgaba usted vital cuando me propuso que hipotecara mi casa para depositar los veinticinco mil dólares exigidos para excarcelarlo — replicó Ruth con viveza. — Recuerde que usted me dijo que nosotros, al lograr sacarlo de la prisión, lograríamos captarnos sus simpatías y entonces nos sería fácil obtener sus informaciones.

— Señora, yo no dije exactamente eso; usted interpreta un poco caprichosamente — replicó el detective: — yo lo que dije es que Lacy conocía muchas cosas que nos interesaban y que sería seguido en cuanto pusiera los pies en la calle.

La señora Reverly, con su trémula mano

Y después de unos segundos en que pareció verificar una recapitulación interior, agregó:

— Lacy ha hecho declaraciones que envuelven a su marido en los acontecimientos que conocemos exteriormente. Luego fué encerrado como testigo material. Naturalmente, nosotros deseábamos que fuera puesto en libertad. Sin embargo, yo dejé pasar algún tiempo antes de sugerirle a usted que convendría depositar la fianza, y yo nunca hago nada sin que me asista la razón; jamás dejo de hacer algo sino hay razones en contra. Es muy probable que le haya ocurrido a usted lo siguiente: si Lacy pudo ofrecer, y con insistencia, diez mil dólares por una carta, es porque existen mucho mayores cantidades a ventilarse en este asunto. ¿Acerté?

Los ojos de Ruth se agrandaron por el asombro al verse sorprendida con tanta perspicacia en sus más íntimos pensares.

— Tengo curiosidad por conocer sus conclusiones — dijo sin disimular su interés.

— Bien; veinticinco mil dólares es una respetable suma de dinero nada fácil de obtener y cuyo desembolso supone circunstancias extraordinarias. Cierto que nosotros deseábamos conseguir la libertad de Lacy, pero no necesariamente a cuenta nuestra, señora Reverly. Si alguien deposita el dinero por él, eso nos confirma en la creencia de que existen quienes tienen muy buenos motivos

para querer que el hombre salga a la vía pública. Esto es indudable. Por otra parte, si hubiéramos actuado con rapidez, habríamos defraudado en este caso el objetivo que perseguíamos, que es el de conocer todos los detalles que rodean este misterio; y el hecho de que alguien arriesgue veinticinco mil dólares prueba la importancia que adquiere la persona de Lacy en este asunto. ¿Está claro?

Como siempre le acontecía cuando hablaba con Doyle, Ruth pasaba rápidamente de las sospechas y dudas a la sorpresa y a la admiración por el original detective. Su dialéctica era, a la vez, desconcertante y lógica.

No obstante, todavía una duda flotaba por su mente.

— Pero usted no estaba en Southfield para seguir a Lacy cuando le pusieron en libertad — objetó.

— Es verdad que yo no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo — convino Doyle, iniciando una mueca con sus labios, que se replegaron sin llegar a la sonrisa. — No; eso me es imposible, señora Reverly. Y nunca o muy rara vez sigo a alguien. Eso lo dejo a cargo de mis subordinados.

— ¿Tiene usted ayudantes aquí?

— Es obvio. El caso me interesa precisamente porque preveo que ofrece grandes dificultades y complicaciones. Sé muy bien que si el caso se resuelve satisfactoriamente con mi exclusiva intervención, no tendré que buscar a nadie para que me pague los gastos que origine. Usted misma pagará. Y será una cuenta muy grande, señora Reverly.

Ella sonrió.

— Será pagada a la presentación de la nota, Mr. Doyle. No habrá dificultades, se lo aseguro.

En estos momentos volvía a dominarla la influencia del original personaje. Los hechos que ella juzgara errores de procedimiento por parte de él, se le aparecían ahora como ejemplos de manifiesta habilidad, y le inspiraba más confianza que nunca.

— Yo desearía que Dick me condujera hasta Southfield a no ser que usted juzgue conveniente retener a su lado algún miembro de la familia que le haga compañía y le inspire confianza — propuso Doyle.

— Mamá te puede servir de compañera, Ruth — contestó Dick dirigiéndose a su prima. — Hubiera ido antes a visitarte a casa, pero estuvo de compras en Southfield. Yo le telefoné mientras hablabas con Bent y me prometió que salía en el acto para verte. No sabía una palabra de los últimos acontecimientos.

Ruth comprendió que Dick deseaba partir con Doyle a fin de hacer algo en su obsequio, aunque sólo fuera en calidad de chófer. Su buena voluntad no se conformaba con permanecer inactivo y a toda costa quería participar en las investigaciones, sobre todo en calidad de ayudante de su amigo y admirado detective.

Con gusto le hubiera retenido a su lado. El optimismo y el buen humor del muchacho le agradaba en extremo, y en aquella ocasión resultaba muy apetecida su compañía; pero, en vista del deseo de ambos, le dió permiso para que condujera en su máquina al original pesquisante.

La llevaron hasta su hogar en pocos minutos, y al descender del asiento tendió la mano a Doyle, que éste estrechó sonriendo un poco, y le dijo con simpático tono de cordialidad y de confianza:

— Usted es muy gentil al no ofenderse por las dudas que me suelen asaltar.

Fué visible la admiración que, como un relámpago, asomó a los perforantes ojos del detective.

— Usted se comporta — le contestó el hombre — mejor que lo que yo esperaría de cualquier esposa.

El motor volvió a funcionar para que Dick y Doyle se alejaran.

Ruth no tuvo necesidad de abrir por sí misma la puerta. Su tía, la madre de Dick, lo hizo por ella, dándole la bienvenida y un abrazo.

Dentro, la sala hallábase llena de amigas, que hacían acto de presencia para condolerse del accidente que detenía a Bent entre cuatro paredes y al mismo tiempo para significar su adhesión y ofrecerse en todo incondicionalmente.

Hay que añadir, por tratarse de mujeres, que también las guiaba el disimulado propósito de satisfacer con algo su creciente curiosidad acerca del suceso, y ello no merecía reproches, ya que, por su condición femenina y además porque en una temporada veraniega no vienen mal, de vez en cuando, algunas noticias y sucesos extraordinarios que rompan la monotonía de la playa y del golf.

Durante aquella mañana, los vecinos, al salir ella de las oficinas del shériff y de su entrevista con Bent, le habían demostrado una inequívoca simpatía con su presencia y con sus miradas. Ahora era la colonia veraniega del pueblo la que deseaba hacer lo mismo en su domicilio.

Ruth agradecía en el alma tales manifestaciones, así las populares como las que provenían de la clase a que pertenecía; le resultaban delicadas y atentas; pero, en su estado de sobreexcitación, tenía que hacerse violencia para corresponder a las numerosas visitas.

Cuando, por fin, desfiló puertas afuera la última de las visitantes, suspiró con evidente satisfacción. Deseaba estar sola y ni siquiera le complacía por completo la presencia de la madre de Dick.

La cena se sucedió bastante triste. No recordaba haberse esforzado tanto por comer. Los bocados se le atosigaban en la garganta y conseguía pasarlos a pequeños sorbos de agua.

Comprendía la necesidad de alimentarse, de no decaer ni física ni moralmente para poder soportar con dignidad y valentía el desarrollo de los acontecimientos.

Parecíale extraño que la señora Lesoeur no hubiera venido a visitarla, recuerdo que le brotó al verse servida por la criada Clara, que reemplazaba a Agnes, la sobrina de aquella afligida mujer.

Sin embargo, a poco que reflexionó, la explicación vino por sí sola. Era muy de presumir que la señora Lesoeur no visitara su casa debido a que Bent se hallaba acusado de haber muerto a François, su marido, y es claro que la viuda considerara indelicado tal visita.

Luego se entristecía más al pensar que iba a recogerse en su lecho mientras que Bent, privado de su cariño y careciendo de las comodidades a que estaba acostumbrado, permanecía solo en una pieza malsana, teniendo que descansar sobre una plancha de hierro mal cubierta con una frazada inservible.

¿No sería una especie de deslealtad disfrutar de sus habitaciones confortables, en aquel tibio calor hogareño, en tanto que su marido padecía todos los inconvenientes de una incomunicación forzada en un mal calabozo?

¿Pero qué podía hacer ella para remediarlo?

Estas angustiosas consideraciones, a que su mente se entregó sin freno, produjeron en su alma mal acallados temores, orillándola a una crisis histérica, tal como le aconteciera la víspera.

(CONTINUARÁ EN EL PROXIMO NÚMERO)

Comentarios

— Herrera Vegas surge nuevamente.
— Debía ser así.
— Naturalmente.
Yo prefiero la gente ya probada
que supo anteriormente
demostrar que era culta y era honrada
— Y yo espero impaciente,
que a Matienzo lo nombren cualquier día
jefe de policía.

* * *

— El estilo de Cirilo
resulta anticuado.
— Es cierto.
¡Qué falta le hace un injerto
de Voronoff a su estilo!

* * *

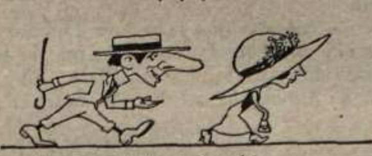


—¿No toma el ómnibus?
— No estoy cansado
de la existencia. Lo observará:
si no ha volcado
ya volcará.
Ese automóvil tan apropiado
para estrellarse, se estrellará.
Si no ha volcado
ya volcará.

** *

Aunque invoca a las musas del Parnaso,
no le hacen ningún caso.
A su casa modesta
el coplero inspirado las invita,
y le dan la callada por respuesta.
No acuden a la cita,
y él suele preguntar con faz adusta:
— ¿Es que el café con leche no les gusta?

* * *



A una escritora seguía
en Mar del Plata un pelele
y con asombro decía:
— ¡Qué raro! Esta chica huele
a faltas de ortografía.

* * *

— No es un Gallo vistoso,
pero es un Gallo fuerte y animoso
— Es un gallo terrible, según veo,
pues se oye hasta en Jujuy su cacareo.
— ¡No es cacareo; es canto!
— Bien; no se enoje usted. No hay para tanto.

* * *

Crítico en quien molesta la petulancia,
lo que dice no tiene mucha importancia,
y resulta un mosquito muy fastidioso,
aunque, según se dice, no es peligroso.
De modo que parece ue hoy es temido,
no por la picadura, por el zumbido.

* * *



Fumando un cigarrillo,
pensaba, así, un caudillo:
— ¡Qué ganas de embromar!
Molina nos arruina.
¿Qué quiere hacer Molina?
¿Nos va a economizar?

* * *

— Todos sostenemos que es un papanatas
que refiere cosas necias y anacrónicas,
y hoy es más terrible, ¡porque da unas latas
radiotelefónicas!

* * *

— Después de escuchar un vals,
me he enterado el otro día
del bochinche de Canals,
por radiotelefonía.
— Ni el gran Milá y Fontanals
tal progreso presentía.

* * *



Cierto individuo que no es un lince
dice, tratando de don Marcelo:
— Siendo solemne como Luis XV
¿por qué se seca con el pañuelo?
Se me figura
que un presidente,
con esta horrible temperatura,
debe estar fresco completamente.
¿Que eso es mentira?
¿Que Su Excelencia
también transpira? Pues, si transpira,
¿de qué le sirve la presidencia?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El último naufragio del capitán O. Jahm, por **el Vizconde de Lascano Tegui.** Los héroes anónimos, por **Daniel Elías.** Cielo de cristal. Milagro de octubre, por **Luis Cané.** Impresión invernal, por **Antonio Zapata García.** Pétalos rotos, por **Carlos C. Sanguinetti.** La muerte de Horacio Bermejo, por **Bernardo Escliar.** El tapado, por **Luis Castelló.** El Caballito, por **Alfredo Bufano.** De la vida inquieta, por **Eduardo Zamacois.** Historia de Carré y de Lerondeau, por **Georges Duhamel.** La confesión del domador, por **José Zahonero.** El deseo de ser hombre, por **Villiers de L'Isle Adam.** Un caso de locura, por **Jaime Dentú.** El tiempo, los relojes y los almanaques, por **Francisco Grandmontagne.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** El caso de los siete enemigos, por **Clarence Kelland.** Hombres célebres: Poe, por **Eduardo del Saz.**